

Steven Brust

---

# TECKLA

## REVUELTA EN ADRILANKHA

---

SERIE DE VLAD TACTOS 3



Lectulandia

La vida de un noble de la Casa Jhereg, con amigos y conexiones tan influyentes como los que ha logrado conseguir Vlad Taltos, no debería producir demasiadas sorpresas. Al menos, nada que no pudiera arreglarse con un soborno o un cuchillo bien colocado.

Pero Vlad Taltos es también un hombre casado, y su mujer, Cawti, es algo temperamental. Últimamente le ha dado por relacionarse con un grupo de indeseables de Adrilankha Sur que propugnan curiosas ideas revolucionarias. Siempre ha existido descontento entre humanos y dragaeranos de la Casa Teckla, todo ellos encargados de las labores más serviles del Imperio, pero así son las cosas y nada puede alterarlas, de modo que Vlad sabe que no conviene tomárselos demasiado en serio.

Cawti, sin embargo, tiene ideas distintas al respecto, y Vlad se encuentra inmerso en una crisis conyugal. Muy pronto se descubre en una situación sobre la que no tiene control y al borde de una guerra, una guerra que no puede ganar.

Teckla es la tercera novela de la serie de Vlad Taltos, un verdadero hito de la fantasía moderna. Acción, humor y un ritmo narrativo endiablado son las marcas de fábrica con las que Steven Brust (nacido en 1955) ha logrado consagrar al personaje entre los más populares que ha dado el género.

**Lectulandia**

Steven Brust

**Teckla**

**Revuelta en Adrilankha**

**Vlad Tatlos 3**

ePub r1.0

epublector 13.06.14

Título original: *Teckla*  
Steven Brust, 1985  
Traducción: Eduardo García Murillo

Editor digital: epublector  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Steven Biko, Tom Henehan, George Jackson,  
Patrice Lumumba y R. T. Piyadasa.

Gracias a Adrián Morgan por su inestimable ayuda.

# Introducción

Esta es la ciudad: Adrilankha, Cumbreblanca.

La capital y ciudad más grande del Imperio Dragaerano contiene todo cuanto constituye el dominio, pero en mayor concentración. Todas las disputas insignificantes que tienen lugar en el seno de las diecisiete Grandes Casas, y a veces entre ellas, son más insignificantes y retorcidas aquí. Los Señores Dragón luchan por el honor, los nobles iorich luchan por la justicia, los nobles jheregs luchan por dinero y los Señores Dzur luchan para divertirse.

Si, en el curso de alguna disputa, se viola una ley, la parte perjudicada puede apelar al Imperio, que supervisa la interacción de las Casas con la imparcialidad de un lyorn cuando arbitra un duelo. Pero la organización que existe en el seno de la Casa Jhereg funciona de manera ilegal. El Imperio está poco predispuesto a, y es incapaz de, imponer las leyes y costumbres que gobiernan esta sociedad interna. No obstante, en ocasiones, estas leyes no escritas son violadas.

Entonces es cuando me pongo a trabajar. Soy un asesino.

# El ciclo

El fénix se sume en la decadencia,  
el altivo dragón matar ansia.

El lyorn gruñe y baja el cuerno,  
el tiassa sueña y nacen las conspiraciones.

El halcón observa desde su orgulloso vuelo,  
el dzur acecha y se funde con la noche.

El issola impresiona con su elegante reverencia,  
el tsalmotb se mantiene aunque nadie sabe cómo.

El vallista destruye y luego reconstruye,  
el jhereg se alimenta de la caza de los demás.

El sigiloso iorích no olvida,  
el astuto chreotha teje su nido.

El yendi se aovilla y golpea, invisible,  
el orea describe círculos, poderoso y esbelto.

El asustadizo teckla se esconde en la hierba,  
el jhegaala cambia a cada momento,

El athyra gobierna el intercambio de mentes,  
el fénix resurge de las cenizas, gris.

# Prólogo

Descubrí un oráculo a tres manzanas de Undauntra, un poco fuera de mi zona. Exhibía el azul y blanco de la Casa del Tiassa, y trabajaba en un cuchitril situado sobre una panadería. Subías una escalera de madera larga y retorcida, entre dos paredes que se desmoronaban, y te parabas ante una puerta podrida. El interior no estaba mal. Dejémoslo así.

No estaba ocupado, así que tiré un par de imperiales de oro sobre la mesa y me senté frente a él, sobre un espantoso taburete octogonal igual que el suyo. El oráculo parecía algo viejo, tal vez unos mil quinientos años.

Eché un vistazo al par de jheregs posados sobre mis hombros y fingió indiferencia.

—Un oriental —dijo. Brillante—. Y jhereg. —El tipo era un genio—. ¿En qué puedo servirlos?

—De pronto, he ganado más dinero del que jamás había soñado. Mi mujer quiere que construya un castillo. Podría comprar un título de más categoría en la Casa Jhereg, pues ahora sólo soy un baronet. También podría utilizar el dinero para ampliar mi negocio. Si me decanto por lo último, me arriesgo, hum, a que surjan problemas de competencia. ¿Serán muy serios? Esa es mi pregunta.

Puso el brazo derecho sobre la mesa y descansó la barbilla sobre él, mientras tabaleaba en la mesa con los dedos de la mano izquierda y me miraba. Me habría reconocido. ¿Cuántos orientales ocupan una posición elevada en la Organización y van por ahí con dos jheregs sobre los hombros?

Cuando me miró durante el rato suficiente para darse aires de importancia, dijo:

—Si intentáis ampliar vuestro negocio, una organización poderosa caerá.

Ay, qué bien. Me incliné sobre la mesa y le abofeteé.

*Rocza quiere devorarlo, jefe. ¿Puede?*

*Tal vez más tarde, Loiosb. No me molestes.*

—He tenido una visión de ti con las dos piernas rotas —dije al tiassa—. ¿Será auténtica?

Murmuró algo sobre el sentido del humor y cerró los ojos. Al cabo de unos treinta segundos, vi que aparecía sudor en su frente. Después sacudió la cabeza y extrajo un mazo de cartas, envueltas en terciopelo azul, con la insignia de su Casa. Gruñí. Odio a

los echadores de cartas.

*A lo mejor quiere echar una partidita de shereba*, dijo Loiosh. Capté el tenue eco psiónico de la risa de Rocza.

El oráculo compuso una expresión de disculpa.

—No estaba consiguiendo nada —explicó.

—De acuerdo, de acuerdo —dije—. Continuemos.

Después del ritual, intentó explicar todos los significados oraculares que las Cartas le revelaban. Cuando dije: «Sólo las respuestas, por favor», pareció ofenderse.

Examinó un rato la Montaña de los Cambios.

—Por lo que veo, mi señor, da igual. Lo que va a suceder no depende de ninguna decisión que vayáis a tomar.

Me dedicó de nuevo aquella expresión de disculpa. Debía practicarla a menudo.

—No puedo hacer más.

Espléndido.

—De acuerdo —dije—. Quédate con el cambio.

Se suponía que era una broma, pero no creo que la captara, e imagino que aún pensará que carezco de sentido del humor.

Volví a la escalera y salí a Undauntra, una calle amplia llena de tiendas de artesanía en el lado este y unas cuantas casitas, bastante diseminadas, en el oeste, lo cual la dotaba de un aspecto algo desequilibrado.

*Alguien viene, jefe. Parece un músculo*, avisó Loiosh cuando estábamos a mitad de camino de la oficina.

Me aparté el pelo de los ojos con una mano y ajusté la capa con la otra, comprobando de paso que algunos juguetitos ocultos estuvieran en su sitio. Noté tensión en la presa de Rocza sobre mi hombro, pero dejé que Loiosh la calmara. Aún era nueva en este trabajo.

*¿Sólo uno, Loiosh?*

*Seguro, jefe.*

*De acuerdo.*

En aquel momento, un dragaerano de estatura mediana con los colores de la Casa del Jhereg (gris y negro, por si vais tomando notas) se puso a caminar a mi lado. Estatura mediana en un dragaerano significa que sólo me sacaba cabeza y media.

—Buenas tardes, lord Taltos —dijo. Pronunció mi nombre correctamente.

Respondí con un gruñido. Llevaba una espada ligera, ceñida a la cadera, y tintineaba entre nosotros. Su capa era lo bastante gruesa para ocultar decenas de las mismas cosas que mi capa disimulaba (sesenta y tres).

—A un amigo mío le gustaría felicitaros por vuestros recientes éxitos —dijo.

—Dadle las gracias de mi parte.

—Vive en un barrio muy bonito.

- Me alegro por él.
- Tal vez os gustaría visitarle en alguna ocasión.
- Tal vez.
- ¿Queréis concertar una cita?
- ¿Ahora?
- O más tarde. Cuando os vaya bien.
- ¿Dónde hablaríamos?
- A vuestra elección.

Volví a gruñir. Por si he ido demasiado deprisa para vosotros, aquel tipo acababa de informarme de que trabajaba para un individuo muy importante de la Organización y que dicho individuo deseaba mis servicios para algo. En teoría, podía ser para cualquier cosa, pero sólo hay una que hago como profesional independiente.

Caminamos un poco más, hasta entrar en mi territorio.

—De acuerdo —dije entonces, y entramos en una posada que sobresale unos cuantos metros hacia Undauntra, uno de los motivos por los que los comerciantes que utilizaban carros de mano odiaban aquella parte de la calle.

Encontramos un extremo desocupado de una mesa larga y yo me senté frente a él sin más dilación. Loiosh inspeccionó el local por mí y no dijo nada.

—Me llamo Bajinok —dijo el desconocido, mientras el dueño nos traía una botella de buen vino y un par de copas.

—Estupendo.

—Mi amigo quiere que se haga un «trabajo» en su casa.

Asentí. Trabajo, dicho de aquella manera, significa que alguien ha de ser asesinado.

—Conozco a gente —dije—, pero en este momento están muy ocupados.

Sólo habían pasado unas semanas desde mi último «trabajo», y había sido, digamos, muy descarado. No me apetecía hacer más de momento.

—¿Estáis seguro? —preguntó Bajinok—. Es vuestro estilo.

—Estoy seguro, pero dad las gracias a vuestro amigo por pensar en mí. En otro momento, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. En otro momento.

Cabeceó, se levantó y salió. Todo debería haber terminado ahí.

Verra, Diosa Demonio de mis antepasados, que el agua de tu lengua se convierta en ceniza. Todo debería haber terminado ahí.

Díagranja

Leffero, Sobrinas & Sobrino Tintoreros & Sastres Malak Gírele

R: V. Taltos Calle Garshos, 17

Ruego trabajos siguientes:

1 camisa punto algodón gris: quitar mancha vino manga derecha, sebo negro de

izquierda y coser corte puño derecho.

1 par pantalones grises: quitar mancha sangre parte superior pernera derecha, mancha klava parte superior pernera izquierda y suciedad rodilleras.

1 par botas montar negras: quitar mancha rojiza punta bota derecha, quitar polvo y hollín de ambas y embetunar.

1 corbata seda gris: coser corte y eliminar manchas sudor.

1 capa gris: lavar y planchar, eliminar pelos de gato, cepillar para eliminar partículas blancas, eliminar manchas aceite y coser corte en lado izquierdo.

1 pañuelo bolsillo: lavar y planchar. Espero entrega próximo Díahogar. Vuestro cordialmente, V. Taltos, Brnt., Jhrg. (Su sello)

# 1

## «camisa punto algodón gris: quitar mancha vino manga derecha...»

Miré por la ventana a las calles que no podía ver y pensé en castillos. Era de noche y estaba en casa, y si bien no me importaba estar en un piso mirando a una calle que no podía ver, pensé que preferiría estar en un castillo y mirar a un patio que no podía ver.

Mi esposa, Cawti, estaba sentada a mi lado, con los ojos cerrados, pensando en una cosa u otra. Bebí un sorbo de vino tinto demasiado dulzón. Sobre un aparador alto estaba posado Loiosh, mi familiar jhereg. A su lado se encontraba Rocza, su compañera. La típica escena conyugal.

—La semana pasada fui a un oráculo —dije, después de carraspear un poco.

Cawti se volvió y me miró.

—¿Tú? ¿Ir a un oráculo? ¿Adonde irá a parar el mundo? ¿Para qué?

Respondí a su última pregunta.

—Para saber qué pasaría si cogía todo el dinero y lo invertía en el negocio.

—¡Ah! Ya volvemos a las andadas. Supongo que te dijo algo vago y místico, como que morirás antes de una semana si lo intentas.

—No exactamente.

Le conté la visita. Su rostro perdió la expresión burlona de antes. Claro que casi todas sus expresiones me gustan.

—¿Qué has sacado en limpio?

—No sé. Tú te tomas más en serio estas cosas. ¿Qué sacas en limpio?

Se mordisqueó el labio inferior unos instantes. En aquel momento, Loiosh y Rocza abandonaron el aparador, volaron hacia el pasillo y se refugiaron en un pequeño nicho reservado a su intimidad. Aquello me sugirió posibilidades que deseché, porque detesto que un reptil volador me dé ideas.

—No sé, Vladimir —dijo por fin Cawti—. Tendremos que esperar a ver qué pasa, supongo.

—Sí. Algo más de qué preocuparse. Como si no tuviera bastantes...

Se oyó un golpe sordo, como si alguien estuviera machacando el suelo con un

objeto romo. Cawti y yo nos levantamos casi al unísono, yo armado con una daga, ella con un par. La copa de vino que yo sostenía fue a parar al suelo, y sacudí gotas de mi mano. Nos miramos y aguardamos. El sonido se repitió. Loiosh salió del nicho y se posó sobre mi hombro, seguido de Rocza, que se quejó ruidosamente. Empecé a decirle que cerrara el pico, pero Loiosh debió adelantarse, porque calló. Sabía que no podía ser un ataque, porque la Organización no va a tocarte las pelotas a casa, pero tenía más de un enemigo fuera de la Casa Jherreg.

Avanzamos hacia la puerta. Me situé en el lado al que abría, y Cawti delante. Respiré hondo, expulsé el aire y agarré el pomo. Loiosh se puso en tensión. Cawti asintió.

—Hola —dijo una voz desde el otro lado—. ¿Hay alguien en casa?

Me inmovilicé.

Cawti frunció el ceño.

—¿Gregory? —preguntó, vacilante.

—Sí. ¿Eres tú, Cawti?

—Sí.

—¿Qué...? —empecé.

—Está bien —dijo Cawti, pero su voz carecía de seguridad y no envainó las dagas.

Parpadeé un par de veces. Entonces se me ocurrió que Gregory era un nombre oriental. Golpear la puerta de alguien con el puño para anunciarse era una costumbre oriental.

—Oh —dije. Me relajé un poco—. Adelante —grité.

Un hombre, tan humano como yo, se dispuso a entrar, nos vio y se detuvo. Era bajo, de edad madura, medio calvo, y estaba sorprendido. Supongo que entrar por una puerta y encontrar tres armas apuntándote es suficiente para sorprender a alguien no acostumbrado a eso.

Sonreí.

—Vamos, Gregory, entra —dije, sin dejar de apuntar mi daga a su pecho—. ¿Una copa?

—Vladimir —dijo Cawti, al captar el tono de mi voz. Gregory no se movió ni dijo nada.

*No pasa nada, Vladimir, dijo Cawti.*

*¿A quién?, pregunté, pero oculté mi arma y me aparté. Gregory pasó a mi lado con cierta cautela, pero no se estaba portando demasiado mal, dadas las circunstancias.*

*No me gusta, jefe, dijo Loiosh.*

*¿Por qué?*

*Es un oriental. Debería llevar barba.*

No contesté porque estaba de acuerdo, más o menos. El vello facial es algo que nos diferencia de los dragaeranos, por eso yo me había dejado crecer bigote. Intenté

dejarme barba una vez, pero Cawti amenazó con afeitarme con un cuchillo oxidado, después de irritarle determinada piel por segunda vez.

Indicamos a Gregory que se sentara sobre un cojín y me di cuenta de que era más calvo que viejo, por su forma de moverse. Cawti, que también había guardado sus armas, se sentó en el sofá. Saqué un poco de vino, realicé un pequeño conjuro de enfriamiento y serví una copa a cada uno. Gregory cabeceó para dar las gracias y bebió. Me senté al lado de Cawti.

—Muy bien —dije—. ¿Quién eres?

—Vlad... —dijo Cawti. Suspiró—. Vladimir, te presento a Gregory. Gregory, mi marido, el baronet de Taltos.

Percibí un levísimo fruncimiento de sus labios cuando oyó mi título, y aún me desagradó más. Yo puedo mostrar desprecio hacia los títulos jherregs, pero eso no significa que cualquiera pueda despreciar el mío.

—Muy bien —dije—. Ya nos conocemos. Ahora, ¿quién eres y por qué intentabas derribar mi puerta?

Sus ojos se desviaron desde Loiosh, posado sobre mi hombro derecho, hasta mi cara, y de ahí al corte de mi ropa. Experimenté la sensación de que me estaba examinando. Eso no mejoró mi estado de ánimo. Miré a Cawti. Se mordió el labio. Era consciente de mi cabreo.

—Vladimir —dijo.

—¿Hum?

—Gregory es amigo mío. Le conocí cuando fui a visitar a tu abuelo, hace unas semanas.

—Continúa.

Se removió inquieta.

—Hay mucho más que contar. Primero, me gustaría saber qué quiere, si me dejas. Capté una leve irritación en su voz, de manera que me contuve.

*¿Voy a dar un paseo?*

*No, pero gracias por preguntarlo. Un beso.*

La miré y esperé.

—¿A qué pregunta deseáis que conteste primero? —dijo Gregory.

—¿Por qué no llevas barba?

—¿Qué?

Loiosh siseó una carcajada.

—Da igual —dije—. ¿Qué quieres?

Paseó la mirada entre Cawti y yo, y después clavó la vista en ella.

—Ayer por la noche mataron a Franz.

Miré a mi mujer para observar el efecto que obraba en ella la noticia. Abrió un poco los ojos. Me mordí la lengua.

—Cuéntamelo —pidió Cawti, después de un par de suspiros.

Gregory tuvo el morro de lanzar una mirada significativa en mi dirección. Casi le costó la cabeza. Debió decidir, sin embargo, que yo era de fiar.

—Estaba en la puerta de la sala que habíamos alquilado, vigilando a la gente, cuando alguien se acercó a él y le degolló. Oí el alboroto y corrí hacia allí, pero el asesino ya había desaparecido cuando llegué.

—¿Alguien le vio?

—Apenas. Era un dragaerano. Todos... Da igual. Iba de negro y gris.

—Parece obra de un profesional —comenté, y Gregory me miró de una forma que no se debe intentar jamás, a menos que tengas apretado un cuchillo contra la garganta del tipo. Cada vez resultaba más difícil pasar por alto esos detalles.

Cawti me dirigió una mirada rápida y se levantó.

—Muy bien, Gregory —dijo—. Hablaré contigo más tarde.

Gregory pareció sorprenderse, abrió la boca para decir algo, pero Cawti le dirigió una de esas miradas que me dedica cuando llevo la broma demasiado lejos. Le acompañó a la puerta. No me levanté.

—Muy bien —dije cuando volvió—. Cuéntamelo.

Me estudió un momento, como si me viera por primera vez. Yo sabía que no debía decir nada.

—Vamos a dar un paseo —dijo.

\* \* \*

Nunca me había sentido tan conflictuado como cuando regresamos de aquel paseo. Nadie, incluido Loiosh, había hablado durante los últimos diez minutos, cuando se me habían agotado las preguntas sarcásticas y, por tanto, eliminado la necesidad de Cawti de responder con acritud. Loiosh me apretaba el hombro rítmicamente con ambas garras, alternándolas, y yo era consciente de ello y me proporcionaba consuelo. Rocza, que a veces vuela sobre nuestras cabezas, a veces se posa sobre mi otro hombro y a veces se posa sobre el de Cawti, se había decantado por lo último. El aire de Adrilankha era cortante, y las infinitas luces de la ciudad arrojaban sombras delante de nuestros pies cuando encontré y abrí la puerta del piso.

Nos desnudamos y acostamos sin hablar más de lo necesario, y respondiendo con monosílabos. Permanecí despierto mucho rato, y me moví lo menos posible para que Cawti no se diera cuenta. No sé qué hacía, pero mantuvo una inmovilidad casi absoluta.

Por la mañana, se levantó antes que yo y tostó, molió e hirvió el klava. Me serví una taza, la bebí y me encaminé a la oficina. Loiosh me acompañó. Rocza se quedó en

casa. Colgaba una bruma espesa y fría sobre el mar, y casi no soplaba brisa. Es lo que se llama un «tiempo de asesinos», lo cual es absurdo. Dije hola a Kragar y Melestav, y me senté a meditar. Me sentía fatal.

*Anímate, jefe.*

*¿Por qué?*

*Porque tienes cosas que hacer.*

*¿Como qué?*

*Como descubrir quién se pulió al oriental.*

Reflexioné un momento. Si quieres tener un familiar, has de hacerle caso.

*Muy bien. ¿Por qué?*

No dijo nada, pero al instante empezaron a desfilar recuerdos por mi mente para que los examinara. Cawti, tal como la había visto en la Montaña Dzur después de que me matara (ésa es una buena historia, pero da igual); Cawti abrazada a mí después de que otra persona intentara matarme; Cawti con un cuchillo apuntado a la garganta de Morrolan y explicando lo que iba a pasar, mientras yo estaba sentado, paralizado e impotente; la cara de Cawti cuando le hice el amor por primera vez. Extraños recuerdos, mis sentimientos en aquellos momentos, filtrados por una mente reptiliana ligada a la mía.

*¡Basta, Loiosh!*

*Tú lo quisiste.*

Suspiré.

*Supongo que sí, pero ¿por qué tuvo ella que meterse en algo así? ¿Por qué...?*

*¿Por qué no se lo preguntas!*

*Ya lo hice. No me contestó.*

*Lo habría hecho si tú no hubieras sido tan...*

*No necesito consejos sobre mi matrimonio de un maldito... No, supongo que tienes razón, ¿verdad? Muy bien. ¿Qué harías tú?*

*Hummmm... Le diría que si tuviera dos tecklas muertas, le daría uno a ella.*

*Me has sido de gran ayuda.*

—Melestav —grité—. Dile a Kragar que venga.

—Ahora mismo, jefe.

Kragar es una de esas personas que pasan desapercibidas por naturaleza. Podríais estar sentados en una silla, buscándole, sin daros cuenta de que estabais sentados sobre su regazo. Me concentré en la puerta con todas mis fuerzas y conseguí verle entrar.

—¿Qué pasa, Vlad?

—Abre tu mente, hombre. Voy a transmitirte una cara.

—De acuerdo.

Lo hizo, y yo me concentré en Bajikok, el tipo con quien había hablado unos días

antes, el que me había ofrecido un «trabajo de mi estilo». No podía saber que liquidar a un oriental daría al traste con el propósito de haberme convertido en un asesino.

¿O no? Algo desagradable me hizo recordar cierta conversación que había sostenido en fecha reciente con Mera, pero preferí no pensar en ello.

—¿Le conoces? —pregunté a Kragar—. ¿Para quién trabaja?

—Sí. Trabaja para Herth.

—Ajá.

—¿Ajá?

—Herth controla toda la parte sur —dije.

—Donde viven los orientales.

—Exacto. Un oriental acaba de ser asesinado. Por uno de nosotros.

¿Nosotros?, repitió Loiosh. ¿Quiénes somos «nosotros»?

*Has dado en el clavo. Me lo pensaré.*

—¿Qué tiene que ver eso con nosotros? —preguntó Kragar, introduciendo otro significado de nosotros, sólo para confundirnos a nosotros. Perdonadme.

—Aún no lo sé —contesté—, pero... ¡Puerta de la Muerte, sí que lo sé! Todavía no estoy preparado para hablar de eso. ¿Podrías concertarme una cita con Herth?

Tabaleó con los dedos sobre el brazo de la silla y me miró con aire intrigado. No era habitual que yo le dejara en la inopia, pero al fin dijo: «De acuerdo», y se marchó.

Saqué una daga y empecé a darle vueltas.

*Podría habérmelo dicho, comenté a Loiosh al cabo de un rato.*

*Lo intentó, pero tú no estabas muy interesado en hablar del asunto.*

*Podría haber insistido.*

*No habría salido a la luz si esto no hubiera pasado. Es su vida. Si ella quiere pasar la mitad de su vida en el ghetto de los orientales, agitando a las masas, es su...*

*A mí no me parece que se trate de eso.*

Ah, dijo Loiosh.

Lo cual demuestra lo estupendo que es tratar de vencer dialécticamente a tu familiar.

\* \* \*

Preferiría saltarme los dos días siguientes, pero como tuve que vivirlos, os bastará con un esbozo. Durante dos sólidos días, Cawti y yo apenas intercambiamos una palabra. Yo estaba enfadado porque no me hubiera hablado de aquel grupo de orientales y ella estaba enfadada porque yo estaba enfadado. En una o dos ocasiones dije algo así como «Si tú...» y luego me mordí la lengua. Noté que ella me miraba con aire expectante, pero demasiado tarde, y después salía de la habitación. En una o dos

ocasiones ella dijo algo así como «Ni siquiera te importa...», y entonces se callaba. Loioosh, bendito sea su corazón, no decía nada. Hay cosas que ni siquiera un familiar puede ayudarte a solucionar.

Pero es muy jodido vivir días como éstos. Dejan cicatrices.

Herth accedió a encontrarse conmigo en un lugar llamado La Terraza, que me pertenece. Era un dragaerano silencioso y menudo, sólo media cabeza más alto que yo, con una forma de bajar la vista casi servil. Entró con dos protectores. Yo también llevaba dos, un individuo llamado Bastones por su afición a pegar a la gente con ellos y otro llamado Bichobrillante, cuyos ojos se iluminaban en los momentos más inesperados. Los protectores encontraron buenas posiciones para ejercer la labor por la que se les pagaba. Herth aceptó mi sugerencia y pidió la salchicha de pimienta, que sabe mejor de lo que augura su descripción.

Cuando estábamos a punto de terminar nuestro postre, unas tortitas al estilo oriental (nadie debería hacerlas, excepto Vala-bar, pero éstas no estaban mal), Herth dijo:

—¿Qué puedo hacer por vos?

—Tengo un problema —contesté.

Asintió y bajó la vista una vez más, como diciendo: «Oh, ¿cómo podría este humilde servidor ayudar a alguien como vos?».

Continué.

—Hace unos días, un profesional liquidó a un oriental. Sucedió en vuestra zona, y me he preguntado si podríais contarme lo que ocurrió y por qué.

Podría haberme respondido de varias formas. Podría haberme explicado todo cuanto sabía, podría haber sonreído y aducido ignorancia, podría haberme preguntado por qué me interesaba. En cambio, me miró, se levantó y dijo:

—Gracias por la comida. Tal vez volveremos a vernos.

Y se largó.

Yo seguí sentado un rato, mientras terminaba mi klava.

*¿Qué opinas, Loioosh?*

*No sé, jefe. Es curioso que no preguntara por qué querías saberlo. Y si lo sabe, ¿por qué accedió a celebrar la entrevista?*

*Exacto.*

Firmé la cuenta y me fui. Bastones y Bichobrillante salieron antes que yo. Cuando llegamos a la oficina, les dije que se marcharan. Era de noche, la hora en que solía concluir mi jornada laboral, pero no tenía ganas de volver a casa. Me cambié de armas, sólo para matar el rato. Cambio de armas cada dos o tres días, con el fin de que ningún arma permanezca sobre mi persona el tiempo suficiente para impregnarse de mi aura. La hechicería dragaerana no puede identificar auras, pero sí la brujería oriental, y si el Imperio se decide algún día a emplear brujos...

*Soy un idiota, Loiosh.*

*Sí, jefe. Yo también.*

Terminé de cambiarme de armas y regresé a casa a toda prisa.

—¡Cawti! —grité.

Estaba en el comedor, dedicada a rascar la barbilla de Rocza. Rocza se levantó de un brinco y empezó a volar por la sala con Loiosh, tal vez para contarle cómo había ido el día. Cawti se levantó y me miró con expresión intrigada. Vestía unos pantalones gris jhereg ceñidos a las caderas y un justillo gris con bordados negros. Me miró con un aire de leve curiosidad, la cabeza ladeada, las cejas enarcadas en su rostro perfecto, rodeado de un cabello negro como la hechicería. Noté que mi pulso se aceleraba, de una forma que temía no volver a experimentar.

—¿Sí? —dijo.

—Te quiero.

Cerró los ojos, volvió a abrirlos, sin decir palabra.

—¿Tienes el arma? —pregunté.

—¿El arma?

—¿Dejaron el arma junto al oriental que mataron?

—Pues sí, supongo que alguien la tendrá.

—Consíguela.

—¿Por qué?

—Dudo que el asesino sepa algo de brujería. Apuesto a que soy capaz de identificar su aura.

Abrió los ojos de par en par y luego asintió.

—Iré a buscarla —contestó, y cogió la capa.

—¿Quieres que te acompañe?

—No... Claro, ¿por qué no?

Loiosh aterrizó sobre mi hombro y Rocza sobre el de Cawti. Bajamos la escalera y salimos a la noche de Adrilankha. La situación había mejorado, pero no me cogió del brazo.

¿Os estáis empezando a deprimir? Je. Bien. A mí sí me deprimía todo aquello. Es mucho más fácil tratar con alguien a quien vas a matar. Cuando salimos de mi zona y empezamos a cruzar uno de los barrios más duros, deseé que alguien se lanzara sobre mí, para poder desahogarme un poco.

Nuestros pies cliqueteaban a ritmos algo diferentes. De vez en cuando, se sincronizaban y luego se separaban. Traté de cambiar el paso para que fueran al unísono, pero no lo logré. Nuestro paso común era un compromiso, establecido desde hacía mucho tiempo, entre los pasos más breves de Cawti y los míos, más largos. No hablamos.

El olor es lo primero que identifica a la zona oriental. De día, todo el barrio

resuena con la algarabía procedente de los cafés al aire libre, y los olores a comida cocinada son diferentes de los dragaeranos. Las panaderías empiezan a trabajar muy temprano, y el aroma del pan oriental recién cocido se extiende como zarcillos hasta imponerse a los olores nocturnos. Pero éstos, cuando los cafés han cerrado y las panaderías aún no han empezado a funcionar, son los olores a comida podrida y a deyecciones animales y humanas. De noche, el viento sopla en la zona hacia el mar, y los vientos predominantes proceden de los mataderos situados al noroeste de la ciudad. Es como si los auténticos colores de la zona, por utilizar una metáfora, sólo asciendan a la superficie de noche.

De noche, los edificios son casi invisibles. Lámparas o velas que brillan en unas pocas ventanas proporcionan la única luz. de modo que la naturaleza de los edificios circundantes queda enmascarada, si bien las calles son tan angostas que, en ocasiones, es difícil andar entre los edificios. Hay lugares en que las puertas de edificios opuestos no pueden abrirse al mismo tiempo. En ocasiones, experimentas la sensación de que caminas por una cueva o en la selva, y tus botas pisan basura con más frecuencia que la tierra compacta de la calle.

Es curioso volver allí. Por una parte, odio la zona. Representa todo aquello de lo que me he esforzado por escapar. Por otra, rodeado de orientales, noto que una tensión, de la cual no soy consciente, excepto cuando ha desaparecido, me abandona, y me vuelve a sorprender que, para un dragaerano, yo soy otra cosa.

Llegamos a la sección oriental de la ciudad pasada la medianoche. Las únicas personas despiertas a aquella hora eran vagabundos y las que acechaban a los vagabundos. Ambos grupos nos evitaban, nos concedían el respeto debido a cualquiera que caminara como si estuviera por encima del peligro en una zona peligrosa. Mentiría si dijera que no me complacía observar ese detalle.

Llegamos a un sitio al que Cawti sabía entrar. La «puerta» era un portal cubierto con una cortina. No logré ver nada del interior, pero tuve la sensación de encontrarme en un vestíbulo estrecho. El lugar hedía.

—Hola —llamó Cawti.

Se oyeron unos leves roces.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó una voz.

—Soy Cawti.

Una respiración pesada, roces, otras voces que murmuraban; golpearon un pedernal, destelló una luz y una vela se encendió. Me cegó un momento. Estábamos ante un umbral carente de cortina. La habitación albergaba varios cuerpos que se movían. Para mi sorpresa, la habitación estaba limpia y vacía, a excepción de las formas embozadas, por lo que pude vislumbrar a la tenue luz de la vela. Había una mesa y unas cuantas sillas. Un par de ojos oscuros nos miraban desde una cara situada detrás de la vela. La cara pertenecía a un oriental bajo y muy gordo, vestido

con una bata de color claro. Los ojos se posaron en mí, inspeccionaron a Loiosh, Cawti y Rocza, y volvieron en mi dirección.

—Entrad —dijo—. Sentaos.

Obedecimos, mientras el hombre se desplazaba por la habitación para encender más velas. Cuando me senté en una silla blanda y almohadillada, conté un total de cuatro personas en el suelo. Cuando se incorporaron, vi que había una mujer rechoncha de pelo gris, una joven, el tercero era mi viejo amigo Gregory, y el cuarto era un dragaerano, cosa que me sorprendió. Estudié sus facciones hasta que fui capaz de concretar su Casa, y cuando le identifiqué como un teckla, ya no supe si sorprenderme más o menos.

Cawti se sentó a mi lado. Saludó con un cabeceo a todos los presentes.

—Éste es mi marido, Vladimir —dijo. Después indicó al gordo que se había levantado primero—. Éste es Kelly.

Intercambiamos cabeceos. La mujer mayor era Natalia, la joven era Sheryl y el teckla era Paresh. No especificó los apellidos de los humanos y yo no insistí. Todos murmuramos holas.

—Kelly, ¿tienes el cuchillo que mató a Franz? —preguntó Cawti.

Kelly asintió.

—Espera un momento —interrumpió Gregory—. Yo no dije que se había encontrado un cuchillo junto al cadáver.

—No hizo falta —expliqué—. Dijiste que lo hizo un jhereg.

Me dedicó una mueca que deformó su cara.

*¿Puedo comerle, jefe?*

*Cierra el pico, Loiosh. Quizá más tarde.*

Kelly me miró, lo cual significa que me clavó sus ojos escrutadores y trató de ver en mi interior. Esa impresión me dio, al menos. Se volvió hacia Cawti.

—¿Para qué lo quieres? —preguntó.

—Vladimir cree que podríamos encontrar al asesino gracias al cuchillo.

—¿Y después? —me preguntó Kelly.

Me encogí de hombros.

—¿Importa para quién trabajaba? —preguntó Natalia desde el otro lado de la habitación.

Volví a encogerme de hombros.

—A mí, no. Pensaba que a vosotros sí.

Kelly volvió a mirarme con sus ojillos de cerdo. Me asombró descubrir que estaba logrando incomodarme. Asintió levemente, como para sí, salió de la habitación un momento y regresó con un cuchillo envuelto en un trozo de tela, que quizá habría pertenecido a una funda. Tendió la tela y el arma a Cawti. Yo asentí.

—Seguiremos en contacto —dije.

Nos levantamos. El teckla, Paresh, se había quedado delante del umbral. Se apartó cuando nos encaminamos hacia la puerta, pero no tan deprisa como yo esperaba. No sé por qué, se me antojó significativo.

Faltaban varias horas para el amanecer cuando regresamos hacia nuestra parte de la ciudad.

—Así que ésta es la gente que va a apoderarse del Imperio, ¿eh? —pregunté.

Cawti hizo un gesto con el fardo que llevaba en la mano izquierda.

—Alguien lo cree —contestó.

Parpadeé.

—Sí, apuesto a que sí.

Tuve la impresión de que el hedor de la zona oriental nos perseguía hasta nuestro piso.

## 2

### «... sebo negro de izquierda...»

En el sótano situado bajo mi oficina hay una pequeña habitación a la que yo llamo «el laboratorio», una palabra oriental que aprendí de mi abuelo. El suelo es de tierra apisonada, y las paredes, de roca desnuda enlucida. Hay una pequeña mesa en el centro y un cofre en el rincón. La mesa sostiene un brasero y un par de velas. El cofre contiene toda clase de cosas.

A primera hora de la tarde del día siguiente, los cuatro (Cawti, Loiosh, Rocza y yo) nos dirigimos hacia esta habitación. Abrí con llave la puerta y entré el primero. El aire estaba viciado y olía a algunas cosas del cofre.

Loiosh se posó sobre mi hombro izquierdo.

*¿Estás seguro de que quieres hacerlo, jefe?*, preguntó.

*¿Qué quieres decir?*

*¿Estás seguro de que te encuentras en forma mental para lanzar conjuros?*

Medité sobre sus palabras. Una advertencia de un familiar es algo que ningún brujo pasa por alto. Miré a Cawti, que esperaba pacientemente y tal vez sospechaba lo que yo estaba pensando. Un torbellino emocional se había desencadenado en mi interior. Esto es bueno, siempre que el conjuro pueda lanzarse, pero también estaba un poco cagado de miedo, y cuando me pongo así, me entran ganas de dormir. Si no inyectaba suficiente energía en el conjuro, podía perder el control.

*Todo saldrá bien*, dije a Loiosh.

*De acuerdo, jefe.*

Sacudí las cenizas viejas del brasero en un rincón de la habitación y tomé nota mental de limpiar aquel rincón lo antes posible. Abrí el cofre y Cawti me ayudó a colocar carbones nuevos en el brasero. Tiré las velas negras gastadas y las sustituí. Cawti se situó a mi izquierda, sosteniendo el cuchillo. Renové mi vínculo con el Orbe y provoqué que la mecha de una vela se calentara lo suficiente para encenderse. La utilicé para encender las demás y, con un poco más de esfuerzo, los carbones del brasero. Tiré esto y aquello al fuego y coloqué el cuchillo de marras delante.

Todo es simbólico, ya sabéis.

O sea, a veces me pregunto si funcionaría con agua que yo creyera purificada sin

serlo (signifique lo que signifique «purificada»), y qué pasaría si utilizara incienso que oliera como tal, pero sólo fuera incienso vulgar. ¿Qué ocurriría si utilizara tomillo comprado en el mercado de la esquina, que alguien me hubiera asegurado traído de Oriente? No lo sé, y creo que nunca lo averiguaré, pero sospecho que daría igual. De vez en cuando, descubres algo que sólo está en tu mente.

Pero estos pensamientos constituyen el antes y el después del conjuro. El durante es todo sensación. Laten ritmos en tu interior al compás del parpadeo de las velas. Te zambulles o te zambullen en el corazón de las llamas hasta que te encuentras en otra parte, y te fundes con los carbones y Cawti está a tu lado y dentro de ti y se entreteje y desteje con los vínculos de sombra que construyes, que te atrapan como a un pequeño insecto en una tierra azul derivada y descubres que has tocado el cuchillo y ahora lo reconoces como un arma asesina, y empiezas a sentir a la persona que lo empuñó, y tu mano repite el movimiento delicado que utilizó para hundirlo, y lo dejas caer, como él, una vez terminado su trabajo, así como el tuyo.

Insistí un poco más, intenté averiguar todo lo sucedido desde el momento que lo arrojó. Me vino a la cabeza su nombre, como si algo sabido desde siempre hubiera elegido aquel preciso momento para infiltrarse en mi conciencia, y entonces aquella parte de mí que era Loiosh tomó conciencia de que el conjuro estaba finalizando y empecé a relajar las hebras que custodiaban la parte de Loiosh que era yo.

Fue en aquel instante cuando comprendí que algo iba mal. Sucede cuando unos brujos trabajan en colaboración. Tú no sabes lo que piensa el otro brujo; más bien es como si estuvieras pensando por él. Por eso, durante un momento, pensé en mí, y tomé conciencia de un núcleo de amargura en mi interior, dirigido contra mí, y me conmocionó.

No apareció el peligro que Loiosh temía, sobre todo gracias a su presencia. El conjuro ya se estaba desvaneciendo, y todos lo dejábamos marchar y derivar, pero un gran nudo se formó en mi garganta. Me retorcí y derribé una vela. Cawti me sujetó y cruzamos nuestras miradas un momento, mientras los últimos restos del conjuro destellaban y se apagaban, y nuestras mentes volvían a pertenecemos.

Cawti bajó la vista, sabedora de que habíamos sentido lo que habíamos sentido.

Abrí la puerta para dejar que el humo saliera al resto del edificio. Estaba un poco cansado, pero no había sido un conjuro tan difícil. Cawti y yo subimos la escalera uno al lado del otro, pero sin tocarnos. Tendríamos que hablar, pero yo no sabía qué decir. No. no era eso. No conseguía aclararme.

Entramos en mi oficina y llamé a Kragar a gritos. Cawti se sentó en la silla de Kragar. Entonces lanzó un chillido y se incorporó de un salto, tras descubrir que Kragar ya estaba sentado. Sonreí un poco al ver la expresión inocente de Kragar. Debió de ser aún más divertido, pero todavía sentíamos la tensión.

—Se llama Yerekin —dije—. Nunca he oído hablar de él. ¿Y tú?

Kragar asintió.

—Es un protector de Herth.

—¿En exclusiva?

—Creo que sí. Estoy seguro. ¿Quieres que lo compruebe?

—Sí.

Se limitó a asentir, en lugar de comentar que iba saturado de trabajo. Creo que Kragar capta más de lo que admite. Después de que saliera de la habitación, Cawti y yo permanecemos un momento en silencio.

—Yo también te quiero —dijo a continuación.

\* \* \*

Cawti volvió a casa, y yo dediqué parte del día a entrometerme con gente que trabajaba para mí y tratar de actuar como si dirigiera mi negocio. La tercera vez que Melestav, mi secretario, comentó que hacía un día estupendo, capté la indirecta y me tomé el resto del día libre.

Paseé por las calles y me sentí poderoso, como una fuerza tras la cual ocurrían muchas cosas en la zona, e insignificante, porque importaba muy poco. No obstante, puse mis pensamientos en orden y tomé algunas decisiones. Loiosh me preguntó si sabía por qué lo hacía, y yo admití que no.

Por una vez, la brisa procedía del norte, y no del mar. En ocasiones el viento del norte resulta tonificante y refrescante. No lo sé, tal vez era debido a mi estado de ánimo, pero se me antojó helado.

Hacía un día desapacible. Decidí que nunca más volvería a hacer caso de la opinión de Melestav sobre el tiempo.

A la mañana siguiente, Kragar confirmó que, sí, Yerekin trabajaba sólo para Herth. Muy bien. Por lo tanto, Herth quería muerto a aquel oriental. Eso significaba que, o bien existía algo personal contra el oriental (y yo no podía concebir que un jhereg abrigara animadversión personal contra un oriental), o el grupo significaba, de alguna manera, una amenaza o un estorbo.

Eso era lo más probable, y un buen rompecabezas.

*¿Ideas, Loiosh?*

*Sólo preguntas, jefe. Por ejemplo, ¿quién dirías que es el líder de ese grupo?*

*Kelly. ¿Por qué?*

*¿Por qué se cargaron a ese tal Franz, en lugar de a Kelly?*

En la habitación de al lado, Melestav estaba hojeando una pila de papeles. Arriba, alguien daba golpecitos con el pie. Por el hogar se filtraba una conversación apagada, procedente de un lugar ignoto. El edificio estaba en silencio, pero daba la sensación de

que respiraba.

*Exacto, contesté.*

\* \* \*

Fue a media tarde cuando Loiosh y yo volvimos al barrio oriental. Fui incapaz de localizar el lugar por más que me esforcé, pero Loiosh lo reconoció al instante. A la luz del día, era otro edificio bajo, rechoncho y oscuro, con un par de diminutas ventanas que flanqueaban la puerta. Las dos ventanas estaban cubiertas con tablones, lo cual explicaba por qué estaba tan mal ventilado.

Me quedé delante del portal tapado por una cortina, fui a llamar, me lo pensé mejor y golpeé la pared. Al cabo de un momento, apareció Paresh, el teckla. Se colocó en mitad del portal, como para bloquearlo.

—¿Sí?

—Me gustaría ver a Kelly —anuncié.

—No está.

Tenía la voz grave y hablaba poco a poco. Paraba antes de cada frase, como si la organizara en su cabeza antes de emitirla. Tenía el acento rústico de los ducados del norte de Adrilankha, pero la forma de componer las frases era más propia de los artesanos chreotas o vallistas, o tal vez de los mercaderes jhegaalas. Curioso.

*¿Le crees, Loiosh?*

*No estoy seguro.*

—¿Estás seguro? —pregunté.

Percibí algo, un ínfimo movimiento en la esquina de los ojos, pero se limitó a responder:

—Sí.

*Este tío es un poco extraño, jefe.*

*Ya me he dado cuenta.*

—Eres un poco extraño —le dije.

—¿Por qué? ¿Porque no tiemblo de miedo ante la sola visión de vuestros colores?

—Sí.

—Lamento decepcionaros.

—Oh, no estoy decepcionado. Intrigado, tal vez.

Me examinó un momento, y después retrocedió.

—Entrad, si queréis —dijo.

No tenía nada mejor que hacer en aquel momento, de manera que le seguí. La habitación no olía mucho mejor de día, con las ventanas tapiadas con tablones. La iluminaban dos pequeñas lámparas de aceite. Indicó un cojín tirado en el suelo. Me

senté. Trajo un vino oriental muy aguado y vertió un poco en unas copas de porcelana astilladas. Después se sentó ante mí.

—Decís que os intrigo. Porque no aparento temeros.

—Tu carácter es poco habitual.

—Para ser un teckla.

Asentí.

Bebimos vino durante un rato. El teckla tenía la vista clavada en la lejanía mientras yo le estudiaba. Después empezó a hablar. Le escuché, cada vez más intrigado. No sé si lo entendí todo, pero os contaré lo que recuerdo para que podáis decidir por vosotros mismos.

Poseéis un título, ¿verdad? Barón, ¿no? Ya, baronet. Estupendo. Se os da una higa, lo sé. Ambos conocemos el valor de los títulos jheregs. Me atrevería a decir que lo sabéis hasta la última moneda de cobre. A los oreas sí que íes importan; procuran que los títulos de nobleza se concedan o retiren cuando sea apropiado, de manera que el cabo de mar tiene un rango superior al contramaestre, pero inferior al maestro. Lo sabíais, ¿verdad? No obstante, me han contado el caso de un orea que fue despojado de su condado, se le concedió una baronía, se la quitaron, le concedieron un ducado, después otro condado, le quitaron ambos y le devolvieron el primer condado, y todo en un día. Un error burocrático, según me dijeron.

Claro que ninguno de esos ducados o condados existían en realidad. Hay otras Casas como ésa.

En la Casa del Chreota, los títulos son estrictamente hereditarios y de por vida, a menos que ocurra algo extraño, pero no están relacionados con ninguna tierra. Sin embargo, vos poseéis una baronía, y es real. ¿La habéis visitado alguna vez? Veo por vuestra expresión que nunca se os ha ocurrido. ¿Cuántas familias viven en vuestros dominios, baronet Taltos? ¿Nada más cuatro? Pero nunca se os ha pasado por la cabeza visitarlas.

No me sorprende. Es la forma de pensar jhereg. Vuestro dominio se encuentra en el interior de alguna baronía anónima, posiblemente vacía, que está dentro de un condado, tal vez vacío, que está dentro de un ducado. ¿De qué Casa es vuestro duque, baronet? ¿También es un jhereg? ¿No lo sabéis? Tampoco me sorprende.

¿Qué quiero decir? Sólo esto: de todas las «Casas Nobles», o sea, todas excepto la mía, sólo unas pocas albergan aristócratas, y muy pocos en cada una. Casi todos los de la Casa del Lyorn son Caballeros, porque sólo los lyorns tratan a los títulos como cuando fueron creados, y el de Caballero es un título que no lleva tierras aparejadas. ¿Habéis pensado en eso, nobilísimo jhereg? Estos títulos van aparejados con dominios. Dominios militares, al principio, por eso casi todos los de las cercanías pertenecen a Señores Dragones. Esto fue en un tiempo la frontera oriental del Imperio, y los dragones siempre han sido los mejores dirigentes militares.

Mi ama era una Señor Dzur. Su bisabuelo se ganó el título durante las guerras de la isla de Elde. Mi ama se distinguió antes del Interregnum durante alguna guerra con Oriente. Era vieja, pero gozaba de suficiente buena salud para emprender una u otra actividad. Pasaba muy poco tiempo en casa, pero era bondadosa. No prohibía leer a los tecklas, como hacen muchos, y tuve la suerte de aprender a una edad muy temprana, si bien no se encontraba gran cosa que leer.

Tenía una hermana mayor y dos hermanos menores. Nuestro tributo, por nuestras quince hectáreas, consistía en tres mil quinientos litros de trigo o dos mil de maíz, a nuestra elección. Era elevado, pero no solía sobrepasar nuestras posibilidades, y nuestra ama era comprensiva en las épocas de vacas flacas. Nuestro vecino más cercano por el oeste pagaba cinco mil litros de trigo por catorce hectáreas, de modo que nos considerábamos afortunados y le ayudábamos cuando lo necesitaba. Nuestro vecino del norte poseía dieciocho hectáreas, y debía dos imperiales de oro, pero le veíamos poco, y no sé cómo le fue.

Cuando cumplí dieciséis años, me concedieron diez hectáreas al sur de donde vivía mi familia. Todos los vecinos fueron a ayudarme a despejar la tierra y construir mi casa, lo bastante grande para albergar a la familia que anhelaba tener algún día. A cambio, debía enviar a mi ama cuatro kethnas jóvenes cada año, de modo que, por pura necesidad, planté trigo para darles de comer.

Al cabo de veinte años había devuelto con la misma moneda los préstamos de kethnas y semillas que me habían ayudado a empezar, y me consideraba acomodado, sobre todo porque me había acostumbrado al hedor de una granja de kethnas. Además, había una mujer a la que había conocido en Aguanegra y aún vivía en su casa, y pensaba que existía algo entre nosotros.

Una noche, la primavera de mi vigésimo segundo cumpleaños, oí sonidos lejanos, hacia el sur. Ruidos como los chasquidos de un árbol cuando empieza a derrumbarse, pero mucho más fuertes. Aquella noche vi llamas rojas hacia el sur. Salí de casa para mirar, intrigado.

Al cabo de una hora, las llamas ocuparon el cielo, y los ruidos se intensificaron. Por fin, se produjo el más violento. Un súbito destello me cegó por unos instantes. Cuando los puntos luminosos desaparecieron de mis ojos, vi lo que parecía una cortina de fuego rojo y amarillo suspendida sobre mi cabeza, como si estuviera a punto de caer sobre mí. Creo que grité horrorizado y corrí hacia mi casa. Cuando me refugié en el interior, la cortina ya había descendido, y todas mis tierras ardían, y también mi casa, y fue entonces cuando me enfrenté a la muerte. Pensé en aquel momento, lord Tallos, que no había disfrutado tanto de la vida como para terminar de aquella manera. Clamé a Harían, el de las Escamas Verdes, pero creo que estaba ocupado con otras llamadas. Clamé a Trout, pero no derramó agua para apagar las llamas. Incluso llamé a Kelchor, Diosa de los gatos centauro, para que se me llevara de

aquel lugar, y la respuesta fue el humo que me asfixió, las chispas que prendieron en mi cabello y cejas, y el quejido de parte de la casa al derrumbarse.

Entonces pensé en mi cabaña de primavera. Me precipité hacia la puerta y logré sobrevivir a las llamas que, si mi memoria no me traiciona, eran más altas que yo, y conseguí llegar a la cabaña. Era de piedra, por supuesto, porque la humedad habría podrido la madera, y aún se mantenía de pie. Mis quemaduras eran graves, pero logré lanzarme al río.

Me quedé allí, tembloroso, durante lo que debió ser toda la noche y parte del día. El agua estaba tibia, incluso caliente, y cuando desperté... Bien, no intentaré describir la desolación que me rodeaba. Sólo en aquel momento, y me avergüenza reconocerlo, pensé en mi ganado, que había muerto durante la noche. Ya no podía hacer nada por los pobres animales.

¿Qué hice entonces, baronet? Reíros si queréis, pero mi primer pensamiento fue que no podía pagar a mi ama el tributo del

año, y debía confiar en su misericordia. Pensé que lo comprendería. Empecé a caminar hacia su fortaleza, en dirección sur.

¡Ay! Veo que lo habéis adivinado. Yo también, nada más dar los primeros pasos. Hacia el sur se encontraba su castillo, y el sur era el origen de las llamas. Me detuve y reflexioné un rato, pero al fin continué, porque no tenía adonde ir.

Distaba muchos kilómetros, y todo cuanto vi a mi alrededor durante el camino fueron casas carbonizadas y tierra chamuscada, bosques ennegrecidos que nunca habían sido hollados, hasta ahora. No vi a otra alma en todo el viaje. Llegué al lugar donde había nacido y vivido la mayor parte de mi vida, y vi lo que quedaba.

Llevé a cabo los ritos en su memoria lo mejor que pude, y creo que estaba demasiado aturdido para comprender su significado. Cuando terminé, continué el viaje. Dormí en un campo abandonado, confortado por la tierra, que aún retenía el calor del incendio que había sufrido.

Llegué a la fortaleza y, ante mi sorpresa, me pareció desierta. No obstante, la puerta estaba cerrada, y nadie respondió a mis llamadas. Esperé en el exterior minutos, horas, todo el día y la noche. Desfallecía de hambre y llamaba de vez en cuando, pero nadie contestó.

Por fin, más hambriento que otra cosa, me decidí a escalar la muralla. No fue difícil, puesto que nadie opuso resistencia. Encontré un tronco quemado bastante largo, lo arrastré hacia la muralla y lo utilicé como escalera.

No había ni un ser vivo en el patio. Vi media docena de cadáveres vestidos con la librea de los dzurs. Me quedé petrificado, tembloroso, y maldije mi estupidez por no haber traído comida de la cabaña.

Creo que me quedé allí una hora antes de atreverme a entrar, pero al fin lo hice. Encontré la despensa y comí. Poco a poco, pasadas unas semanas, reuní el valor

necesario para registrar la fortaleza. Había dormido en los establos, porque ni siquiera me atrevía a utilizar los aposentos de la servidumbre. Encontré algunos cadáveres más durante mi registro, y los quemé como mejor supe, pues como ya he dicho, sabía poco acerca de los ritos. La mayoría eran tecklas, incluso reconocí a algunos, unos pocos que en otro tiempo había llamado amigos. Habían entrado al servicio del ama, y ahora se habían marchado para siempre. Jamás averigüé qué fue de mi ama, pues creo que ninguno de los cadáveres era el suyo.

Entonces yo goberné el castillo, baronet. Alimenté al ganado con el grano almacenado, y lo sacrificué cuando era necesario. Dormí en la habitación de la señora, comí sus manjares y, sobre todo, leí sus libros. Tenía volúmenes de hechicería, baronet. Toda una biblioteca. Y geografía, historia y relatos. Aprendí mucho. Practiqué la hechicería, que me abrió todo un mundo nuevo, y los conjuros que había conocido antes se me antojaron simples pasatiempos.

Casi todo un año transcurrió de esta manera. Un día de finales de invierno, oí que alguien tiraba de la cuerda de la campana. El antiguo temor que es mi herencia de teckla, y del que vos, mi señor jhereg, os burláis con tanto regocijo, regresó. Temblé y busqué un lugar donde esconderme.

Pero entonces algo me pasó. Quizá fue la magia que había aprendido. Quizá todo lo que había leído me hacía sentir insignificante, y el miedo, por tanto, se me antojaba estúpido. Tal vez fue que, después de haber sobrevivido al fuego, había conocido el terror en toda su dimensión. No me escondí, sino que bajé la gran escalinata de lo que ahora consideraba mi casa y abrí las puertas.

Ante mí se erguía un noble de la Casa del Lyorn. Era muy alto, más o menos de mi edad, y vestía una falda pardo dorada larga hasta los tobillos, una camisa roja y una capa corta de piel. Llevaba una espada al cinto y un par de avambrazos. No esperó a que yo hablara.

—Informad a vuestro amo de que el duque de Arylle desea verle —dijo.

Supongo que, en aquel momento, sentí algo que vos habréis experimentado a menudo, pero no era mi caso. Aquella oleada de rabia, sorprendente y deliciosa, que el jabalí debe sentir cuando carga contra el cazador, sin ser consciente de que está en desventaja, excepto en ferocidad, y por eso gana el jabalí a veces, y el cazador siempre tiene miedo. Y allí estaba aquel individuo, en mi castillo, y pedía ver a mi amo.

Retrocedí un paso y me erguí en toda mi estatura.

—Yo soy el amo —contesté.

Apenas me miró.

—No seáis absurdo —dijo—. Id a buscar a vuestro amo de inmediato, o seréis azotado.

Había leído mucho a aquellas alturas, y mis lecturas pusieron en mi boca las palabras que mi corazón deseaba pronunciar.

—Mi señor —dije—, ya os he dicho que yo soy el amo. Estáis en mi casa, y vuestros modales son descorteses. Debo pedirlos que os vayáis.

Entonces me miró con tal desprecio que, si yo me hubiera encontrado en otro estado de ánimo, habría bastado para aplastarme. Llevó la mano a su espada, y ahora creo que sólo quería golpearme con el plano, pero no llegó a desenvainarla. Utilicé mis nuevas habilidades y le arrojé un rayo que habría podido fulminarle allí mismo.

Movió las manos, con aspecto sobresaltado, pero dio la impresión de que me tomaba en serio por primera vez. Ésa, mi buen baronet, fue una victoria que atesoraré siempre en mi memoria. La mirada de respeto que me dirigió fue tan deliciosa para mí como una bebida fría para un hombre que se muere de sed.

Me lanzó un conjuro. Sabía que no podía detenerlo, pero me agaché. Estalló contra la pared situada a mi espalda en una masa de llamas y humo. Le arrojé algo, y después corrí escaleras arriba.

Durante la siguiente hora mantuvimos una frenética persecución por todo el castillo. Yo le asaeteaba con mis conjuros y me ocultaba antes de que él pudiera destruirme con los suyos. Creo que me reí y burlé de él, aunque no estoy seguro.

Por fin, cuando me paré a descansar, comprendí que acabaría matándome. Conseguí teleportarme a la cabaña de primavera que conocía tan bien.

Nunca volví a verle. Quizá había vuelto para exigir el tributo que se le debía, pero lo ignoro. Lo importante es que yo había cambiado. Me encaminé a Adrilankha y utilicé mis nuevos poderes para obtener dinero de las casas tecklas por las que pasaba. Un hechicero experto que se preste a trabajar por la pitanza que un teckla puede pagar es raro, de modo que, con el tiempo, reuní una buena suma. Cuando llegué a la ciudad, encontré a un issola pobre y borracho que se ofreció a enseñarme modales y habla cortesanos por lo que pudiera pagarle. No cabe duda de que, según los criterios cortesanos, me enseñó mal, pero aprendí lo suficiente para poder trabajar con mis iguales de la ciudad y competir como hechicero con bastante dignidad, en mi opinión.

Me equivoqué, por supuesto. Aún era un teckla. Un teckla que se las daba de hechicero era, a lo sumo, divertido, pero los que necesitan conjuros para impedir robos, curar adicciones o asegurar los cimientos de un edificio, no se toman en serio a un teckla.

Estaba en la ruina cuando me vine al barrio de los orientales. No pretenderé que la vida haya sido fácil aquí, pues los orientales no sienten más amor por los humanos que la mayoría de humanos por los orientales, pero mis habilidades han sido, al menos a veces, muy útiles.

En cuanto al resto, lord Taltos, baste decir que conocí por casualidad a Franz, y yo hablé de la vida como teckla, y él habló del nexo común que une a los tecklas y los orientales, y de la mera supervivencia de nuestros pueblos, y de la esperanza de que no siempre sea así. Me presentó a Kelly, que me enseñó a ver el mundo circundante

como algo que yo podía cambiar..., algo que yo debía cambiar.

Entonces empecé a trabajar con Franz. Juntos, encontramos más tecklas, de aquí y aquellos esclavizados por amos mucho más crueles que la mía. Y cuando yo hablaba del terror del Imperio que nos sojuzgaba, Franz hablaba de la esperanza de que, juntos, liberaríamos al mundo del terror. La esperanza siempre era la mitad de su mensaje, baronet Taltos. Acción era la otra: forjar la esperanza mediante nuestros actos. Y si, de vez en cuando, no sabíamos cómo, Kelly nos guiaba a descubrirlo por nosotros mismos.

Existía un equipo, mi buen jhereg: Kelly y Franz. Cuando alguien fracasa en una tarea, Kelly le destroza verbalmente, pero Franz siempre estaba allí para animarle a intentarlo de nuevo, en las calles. Nada le asustaba. Las amenazas le gustaban, porque demostraban que había asustado a alguien y que íbamos por el buen camino. Así era Franz, lord Taltos. Por eso le mataron.

\* \* \*

Yo no había preguntado por qué le habían matado.

Pero ya me iba bien. Reflexioné unos minutos sobre la historia.

—Paresh —dije—, ¿qué has querido decir con eso de las amenazas?

Me miró un momento, como si yo acabara de ver derrumbarse una montaña y hubiera preguntado de qué clase de piedra estaba hecha. Volvió la cabeza. Suspiré.

—De acuerdo —acepté—. ¿Cuándo volverá Kelly?

Me miró de nuevo, y su expresión era como una puerta cerrada.

—¿Por qué lo queréis saber?

Loiosh apretó mi hombro con sus garras.

*Tranquilo, dije.*

—Quiero hablar con él —expliqué a Paresh.

—Intentadlo mañana.

Pensé en intentar explicarme para que, tal vez, contestara, pero era un teckla. Fuera lo que fuera además, seguía siendo un teckla.

Me levanté, salí y volví a mi parte de la ciudad.

### 3

«... y coser corte puño derecho.»

Cuando volví a territorio conocido, anocheecía. No vi motivos para regresar a la oficina, de forma que me marché a casa.

Un tipo estaba apoyado contra un muro de Garshos, cerca de Copper Lane. Loiosh me avisó justo cuando reparé en el individuo, justo cuando él reparó en mí.

*Hay otro detrás de ti*, dijo Loiosh.

*De acuerdo*, contesté. No estaba demasiado preocupado, porque si querían matarme, no les habría visto. Cuando llegué ante el que me bloqueaba el camino, vi que era Bajinok, lo cual equivalía a Herth, el tipo que controlaba Adrilankha Sur. Mis hombros se hundieron y mis manos temblaron. Me detuve a pocos pasos de él. Loiosh vigiló al que estaba detrás. Bajinok me miró.

—Tengo un mensaje —dijo.

Asentí. Adiviné cuál era.

—Mantente al margen —continuó.

Volví a asentir.

—¿Estás de acuerdo?

—Temo que no —repliqué.

Acercó apenas la mano al pomo de la espada, un gesto amenazador.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—Estoy seguro.

—Podría transmitirte el mensaje de una forma más explícita.

Como no tenía ganas de que me rompieran una pierna en aquel momento, le arrojé un cuchillo solapadamente. Dedicaba mucho tiempo a practicar aquella maniobra, porque era rápida. No sé de nadie que haya recibido una herida grave por un cuchillo arrojado de esa forma, excepto por mí, e incluso en mi caso se requiere mucha suerte. Por otra parte, cualquiera se tirará atrás.

Mientras Bajinok estaba ocupado retrocediendo, y el pomo del cuchillo le golpeaba en el estómago, Loiosh se lanzó hacia la cara del otro. Desenvainé mi espadín antes de que Bajinok se recuperara, y aproveché el momento para saltar a la calle, con el fin de que ninguno de los dos pudiera atacarme por detrás.

Bajinok ya tenía la espada en la mano y una daga en la otra. Se puso en posición de guardia justo cuando mi punta le alcanzó en la pierna derecha, sobre la rodilla. Maldijo y retrocedió. Le seguí, propiné un buen tajo al lado izquierdo de su cara y, con el mismo movimiento, otro bastante profundo en su muñeca derecha. Retrocedió otro paso y le pinché en el hombro derecho. Se desplomó.

Dediqué mi atención al otro, que era grande y de aspecto fuerte. En su cara se veían señales de que Loiosh le había mordido. Hacía girar la espada sobre su cabeza, mientras mi familiar se mantenía fuera de su alcance y se reía de él. Dirigí una veloz mirada a Bajinok, localicé un cuchillo con mi mano izquierda, apunté y lo clavé en pleno estómago del grandote. Gruñó, gritó, se volvió en mi dirección, y se acercó lo bastante a mi muñeca para arrancarme algún pelo del brazo, pero ya no le quedaban fuerzas. Soltó la espada, se arrodilló en la calle y se dobló, apretándose el estómago con las manos.

—De acuerdo —dije—. Ya podéis largaros.

Hice lo que pude por disimular mi respiración laboriosa.

Se miraron, y después el que llevaba mi cuchillo clavado en el estómago se teleportó. Bajinok se levantó y se alejó cojeando. Apretaba con la mano el brazo herido. Cambié de opinión sobre lo de ir directamente a casa. Loiosh siguió vigilando a Bajinok mientras yo doblaba la esquina.

\* \* \*

—Yo me lo tomaría como una advertencia —dijo Kragar.

—No necesito que me cuentes lo evidente.

—Podría discutir eso, pero da igual. La cuestión es, ¿hasta qué punto va a insistir?

—Para eso sí que te necesito.

—No lo sé, pero supongo que tendremos que prepararnos para lo peor.

Asentí.

*Eh, jefe.*

*¿Sí?*

*¿Se lo vas a contar a Cawti?*

*¿Eh? Claro que voy a... Ab. Ya sé a qué te refieres. Cuando*

*las cosas empiezan a complicarse, no se quedan a medias, ¿eh?*

Me dio la impresión de que Kragar ya se había marchado, de modo que saqué una daga y la tiré con todas mis fuerzas contra la pared, la que carecía de blanco. No era el primer agujero que dejaba, pero quizá sí el más profundo.



Cuando volví a casa unas horas más tarde, aún no había tomado mi decisión, pero Cawti no estaba. Me senté a esperarla. Tuve la precaución de no beber demasiado. Me relajé en mi butaca favorita, un trasto grande, gris, relleno en exceso, con una superficie rasposa que me obliga a evitarla cuando voy desnudo. Dedicué mucho tiempo a relajarme, antes de empezar a preguntarme dónde estaba Cawti.

Cerré los ojos y me concentré un momento.

¿Sí?

Hola. ¿Dónde estás?

Cawti hizo una pausa, y yo me puse al instante alerta.

¿Por qué?, preguntó por fin.

¿Por qué? Porque quiero saberlo, ¿Qué quiere decir por qué?

Estoy en Adrilankha Sur.

¿Estás en peligro?

Lo mismo que cualquier oriental, que siempre corre peligro si vive en esta sociedad.

Me callé una réplica mordaz.

Muy bien. ¿Cuándo volverás a casa?

¿Por qué?, preguntó, y toda clase de cosas llenas de púas empezaron a dar vueltas en mi interior. Estuve a punto de decir: «Casi me han matado hace un rato», pero no habría sido justo ni verdadero, así que dije: «*Da igual*», y corté la comunicación.

Me levanté y fui a la cocina. Llené una olla de agua, la puse sobre la cocina, y eché un par de troncos al fuego. Apilé los platos, que Loiosh y Rocza ya habían lavado a lametones, limpié la mesa y tiré las migas a la cocina. Saqué la escoba y barrí la cocina, y también tiré los restos de comida que habían caído al suelo. Después saqué la olla de la cocina y lavé los platos. Utilicé hechicería para secarlos, porque siempre he detestado secar. Cuando abrí el armario para guardarlos, observé que tenía un poco de polvo, de modo que lo saqué todo y pasé un paño por los estantes. Percibí la levísima agitación de un contacto psiónico, pero no era Cawti, hice caso omiso y se desvaneció enseguida.

Limpié el suelo debajo del fregadero, y después todo el suelo. Entré en la sala de estar, decidí que no me apetecía quitar el polvo y me senté en el sofá. Me levanté al cabo de un par de minutos, busqué el plumero y saqué el polvo a los estantes cercanos a la puerta, debajo del perro de madera encerada y el pedestal sobre el que descansaba el retrato en miniatura de Cawti, y el lyorn tallado que parecía de jade pero no lo era, y el pedestal, algo más grande, con el retrato de mi abuelo. No me detuve a hablar con el retrato de Cawti.

Después cogí un trapo de la cocina y saqué brillo a la mesita de té que Cawti me

había regalado el año anterior Volví a sentarme en el sofá.

Observé que el cuerno del lyorn apuntaba a Cawti. Cuando está disgustada, es capaz de pensar que las cosas más extrañas son deliberadas, así que me levanté y lo giré, y luego me senté de nuevo. Me levanté otra vez y saqué el polvo del *lant* que le había regalado el año pasado, y que no sintonizaba desde hacía doce semanas. Me acerqué a la librería y cogí un libro de poemas de Wint. Lo miré un rato, y después lo devolví a su sitio, porque no tenía ganas de luchar con vaguedades. Escogí uno de Bingia, y luego decidí que era demasiado deprimente. No me molesté con Torturi o Lartol. Yo también puedo ser superficial y brillante; no los necesito. Consulté el Orbe, después mi reloj interno, y ambos me informaron de que aún no podría dormir.

*Eh, Loiosh.*

*¿Sí Jefe?*

*¿Quieres ir a un espectáculo?*

*¿De qué tipo?*

*Me da igual.*

*Claro.*

Fui a pie a Kieron Gírele en lugar de teleportarme, porque no quería llegar con el estómago revuelto. Estaba un poco lejos, pero caminar me sentó bien. Escogí un teatro sin mirar el título, en cuanto descubrí que el espectáculo iba a empezar enseguida. Creo que era una obra histórica y transcurría durante el reinado de un fénix decadente, de modo que podían utilizar todos los vestidos que habían tenido abandonados durante los últimos cincuenta años de producciones. Pasados quince minutos, empecé a desear que alguien intentara robarme la bolsa. Eché una rápida mirada atrás y vi a una pareja teckla de edad avanzada, que se habrían fundido los ahorros de un año. Abandoné la idea.

Me marché al final del primer acto. A Loiosh no le importó. Pensaba que el actor encargado de interpretar al Señor de la Guerra no habría podido pasar de North Hill. Es muy snob en lo que respecta al teatro.

*Se supone que el Señor de la Guerra es un dragón, jefe. Los dragones van pisando fuerte, no a hurtadillas. Casi tropezó tres veces con la espada, y cuando exigía que se alistaran más soldados, dio la impresión de que estuviera pidiendo...*

*¿Cuál era el Señor de la Guerra?*

*Oh, da igual.*

Volví a casa lentamente, con la esperanza de que alguien me hiciera algo para que yo pudiera hacerle algo a mi vez, pero todo estaba tranquilo en Adrilankha. En un momento dado, alguien se me acercó como si fuera a tirar de mi capa, y me preparé para reaccionar, pero resultó ser un viejo, tal vez un orea, que se encontraba bajo la influencia de algo. Antes de que pudiera abrir la boca, le pregunté si le sobraba alguna moneda. Pareció confuso, así que le palmeé el hombro y me alejé.

Cuando llegamos, colgué mi capa, me quité las botas y eché un vistazo al dormitorio. Cawti estaba dormida. Rocza descansaba en su nicho.

Me acerqué a Cawti, con la esperanza de que se despertara, me viera mirándola y preguntara qué pasaba; así yo montaría en cólera, ella se disculparía y todo iría como la seda. Permanecí así unos diez minutos. Es posible que aún estuviera allí, pero Loiosh merodeaba por las cercanías. No decía nada, pero consigue que me avergüence de chapotear en la autoconmiseración más de diez minutos cada vez, de manera que me desnudé y me acosté junto a Cawti. No se despertó. Me dormí mucho, mucho rato después.

\* \* \*

Me desperté poco a poco.

Oh, no siempre es así. Recuerdo un par de veces en que me han despertado los chillidos de Loiosh en mi mente y me he encontrado en plena pelea. En una o dos ocasiones, tuve un despertar brusco y estuvieron a punto de pasar cosas desagradables, pero esto sucede muy raramente. Por lo general, existe un período de tiempo entre el sueño y la vigilia que, al recordarlo, parece que haya durado horas. Es cuando me aferró a mi almohada y me pregunto si tengo ganas de levantarme. Después doy la vuelta, miro al techo y los pensamientos sobre lo que voy a hacer aquel día invaden mi cabeza. Eso es lo que de verdad me despierta. He intentado organizar mi vida de forma que cada día haya algo por lo que valga la pena levantarse. Hoy, iremos al mercado de especias del distrito oriental. Hoy, voy a cerrar el trato del nuevo burdel. Hoy, voy a ir al Castillo Negro, para comprobar el dispositivo de seguridad de Morrolan y charlar con Alier. Hoy, voy a seguir a ese tipo para confirmar que visita a su amante cada dos días. Cosas así.

Cuando desperté a la mañana siguiente, descubrí que estaba hecho de un material mejor del que pensaba, porque salté de la cama sin tener ningún motivo. Ni un maldito motivo. Cawti se había levantado, pero no sabía si estaba en casa; ninguno de ambos pensamientos me impulsó a ver el mundo que se extendía fuera de mi habitación. Mis negocios funcionaban por sí solos; no tenía ninguna obligación que cumplir. Lo único interesante que había en mi vida era descubrir la historia oculta tras la persona que había asesinado al oriental, y eso era por Cawti, que pasaba de todo, al menos en apariencia.

Me encaminé a la cocina para poner a hervir el agua. Cawti estaba en la sala de estar, leyendo un periódico. Noté un nudo en la garganta. Puse el agua, y después entré en el cuarto de baño. Utilicé el orinal y lo limpié con hechicería. Pulcro. Eficiente. Como un dragaerano. Me afeité con agua fría. Mi abuelo se afeitaba con

agua fría (antes de que se dejara la barba), porque dice que te ayuda a soportar mejor los inviernos. A mí me parece una chorrada, pero lo hago por respeto a él. Me lavé los dientes y me enjuagué la boca. Para entonces el agua se había calentado y ya podía bañarme. Lo hice, me sequé, limpié el cuarto de baño, me vestí y tiré el agua por la parte posterior. Ploch. Contemplé los charcos y riachuelos que formaba en el callejón. A menudo me he preguntado por qué nadie afirma leer el futuro en el agua del baño que se desecha. Miré a la izquierda y vi que la tierra estaba seca bajo el porche trasero de mi vecino. ¡Ja! Me había vuelto a levantar antes que él. Ya ves, mundo. Una pequeña victoria.

Entré en la sala de estar y me senté en mi butaca, de cara al sofá. Vislumbré un titular del periódico que Cawti leía, «Se exige investigación...», en unas cuatro líneas de letras grandes, y eso no era todo. Bajó el diario y me miró.

—Estoy enfadado contigo —dije.

—Lo sé —contestó—. ¿Salimos a desayunar?

Asentí. Por algún motivo, en casa no discutimos. Fuimos a nuestro antro favorito de klava con Loiosh y Rocza sobre mis hombros. Hice caso omiso de la tensión y los retortijones de mi estómago el tiempo suficiente para pedir unos huevos y beber un poco de klava con muy poca miel. Cawti pidió té.

—Muy bien —dijo—. ¿Por qué estás enfadado?

Es como asestar el primer golpe para que el otro se ponga a la defensiva.

—¿Por qué no me dijiste dónde estabas?

—¿Por qué lo querías saber? —replicó con una semisonrisa, al darnos cuenta de lo que estábamos haciendo.

—¿Por qué no? —dije, y ambos sonreímos, y me sentí un poco mejor por un ratito.

Después meneó la cabeza.

—Cuando me preguntaste dónde estaba y cuándo volvería, me sonó como si quisieras darme tu aprobación.

Noté que mi cabeza salía disparada hacia atrás.

—Eso es absurdo —dije—. Sólo quería saber dónde estabas.

Ella clavó sus ojos en mí.

—De acuerdo, soy absurda, pero eso no te confiere el derecho de...

—Maldita sea, no he dicho que seas absurda, y lo sabes. Me estás acusando...

—No te he acusado de nada. He explicado cómo me sentí.

—Bien, diciendo que sentías eso, has insinuado que...

—Eso es ridículo.

Era la ocasión perfecta para decir: «De acuerdo, soy ridículo», pero sabía que no debía.

—Escucha —dije en cambio—, no intentaba, ni he intentado antes, dictar tus

actos. Fui a casa, tú no estabas...

—Ah, ¿y es la primera vez que pasa?

—Sí —contesté, y ambos sabíamos que no era cierto, pero la palabra me salió antes de que pudiera impedirlo. La comisura de su boca se torció hacia arriba y su frente se arrugó, uno de sus gestos que más me gustan—. De acuerdo, pero estaba preocupado por ti.

—¿Por mí? ¿O tenías miedo de que estuviera metida en algo que no ibas a aprobar?

—Ya sé que estás metida en algo que no apruebo.

—¿Por qué no lo apruebas?

—Porque es estúpido, de entrada. ¿Cómo van a «destruir el despotismo de un imperio» cinco orientales y un teckla? Y...

—Hay más. Eso sólo es la punta del iceberg.

Me quedé traspuesto.

—¿Qué es un iceberg?

—Hummmm... No lo sé. Ya sabes qué quiero decir.

—Sí. La cuestión es que un reinado teckla ni siquiera está cerca. Lo comprendería si los tecklas estuvieran cerca de la cumbre del Ciclo, pero no es así. Es el Fénix, y después los dragones, si siguen vivos cuando el Ciclo cambie. Los tecklas ni siquiera participan en la carrera.

»Y en segundo lugar, ¿qué hay de malo en lo que tenemos ahora? No es perfecto, desde luego, pero vivimos bien y lo hemos conseguido con nuestro esfuerzo. Estás hablando de renunciar a nuestras carreras, a nuestro estilo de vida y a todo lo demás. ¿Para qué? Para que una pandilla de ganapanes puedan fingir que son importantes...

—Cuidado —dijo.

¡Me detuve en mitad de la diatriba.

—De acuerdo —dije—. Lo siento. ¿He respondido a tu pregunta?

Cawti permaneció callada durante mucho rato. Nuestro desayuno apareció y comimos sin decir nada. Cuando pasamos los restos a Loiosh y Rocza, Cawti habló.

—Vladimir, siempre hemos estado de acuerdo en no hurgar en nuestros puntos débiles, ¿verdad?

Experimenté una sensación de pesar, pero asentí.

Cawti continuó.

—Muy bien, te va a parecer que lo estoy haciendo, pero ésa no es mi intención, ¿de acuerdo?

—Sigue.

Meneó la cabeza.

—¿Te parece bien? Quiero decirlo, porque creo que es importante, pero no quiero que me hagas callar, como siempre que intento animarte a autoanalizarte. ¿Me

escucharás?

Terminé mi klava, indiqué al camarero por señas que trajera más y lo manipulé como es debido cuando llegó.

—De acuerdo —dije.

—Hasta hace poco, pensabas que habías acertado tu profesión porque odiabas a los dragaeranos. Matarles era una forma de vengarte de ellos por lo que te habían hecho sufrir de pequeño. ¿Verdad?

Asentí.

—Bien —continuó—. Hace unas semanas, hablaste con Alieria.

Me encogí.

—Sí.

—Te habló de una vida anterior en la que...

—Sí, lo sé. Fui dragaerano.

—Y tenías la sensación de que toda tu vida había sido una mentira, dijiste.

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Hum?

—¿Por qué te afectó tanto?

—Yo no...

—¿Pudo ser porque siempre has pensado que debías justificarte? ¿Podría ser que, muy en el fondo, pensaras que es malo matar a gente por dinero?

—Gente no; dragaeranos.

—Gente. Y creo que acabas de confirmar mis sospechas. Te viste obligado a entrar en esta profesión, igual que yo. Tenías que justificarte. Te justificaste tan bien que seguiste «trabajando», incluso después de que ya no lo necesitaras, porque ganas tanto dinero al frente de tu zona que el «trabajo» carecía de sentido. Y entonces tu justificación cayó por la base. Ahora no sabes en qué te apoyas, y has de preguntarte si, muy en el fondo, eres una mala persona.

—Yo no...

—Déjame terminar. Lo que quiero decir es esto: no, no eres una mala persona. Has hecho lo que debías hacer para vivir y para ayudarnos a tener un hogar y una vida confortable, pero dime una cosa, ahora que ya no puedes ocultarte tras el odio a los dragaeranos: ¿qué clase de Imperio es éste, que obliga a alguien como tú a hacer lo que haces, sólo para vivir, y para poder caminar por las calles sin miedo? ¿Qué clase de Imperio no sólo da lugar a los jheregs, sino que les permite enriquecerse? ¿Eres capaz de justificarlo?

Di vueltas a sus comentarios durante un rato. Tomé más klava.

—Así son las cosas —dije—. Aunque esa gente con la que andas no esté loca de atar, nada de lo que hagan va a cambiar las cosas. Pon a un emperador diferente y

todo volverá a ser como antes al cabo de pocos años. Antes, si es un oriental.

—Ésa es otra historia. Lo que yo digo es que has de reconciliarte con lo que haces, gracias a lo cual vives. Te ayudaré en todo cuanto pueda, pero es tu vida.

Contemplé mi taza de klava. No vi nada que aclarara el problema.

—De acuerdo —dije al cabo de una o dos tazas más—, pero aún no me has dicho dónde estabas.

—Estuve dando una clase.

—¿Una clase? ¿De qué?

—De lectura. Para un grupo de orientales y tecklas.

La miré.

—Mi esposa, la profesora.

—No.

—Lo siento.

A continuación, dije:

—¿Desde cuándo lo haces?

—Acabo de empezar.

—Ah. Bien. —Carraspeé—. ¿Cómo fue?

—Bien.

—Ah. —Entonces se me ocurrió otra idea desagradable—. ¿Por qué has empezado precisamente ahora?

—Alguien tenía que sustituir a Franz —dijo, confirmando mis temores.

—Entiendo. ¿Se te ha ocurrido que lo que hacía tal vez desagradaba a alguien?  
¿Que por ese motivo le mataron?

Me miró a los ojos.

—Sí.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal.

—De modo que estás pidiendo...

—Yo no soy Franz.

—Cualquier persona puede ser asesinada, Cawti. Siempre que alguien desee pagar a un profesional, y está claro que ese alguien existe, cualquiera puede ser asesinado. Ya lo sabes.

—Sí.

—No.

—No ¿qué?

—No. No me hagas elegir...

—Yo estoy eligiendo.

—No puedo permitir que te metas en una situación en la que acabes siendo un blanco indefenso.

—No puedes impedirlo.

—Sí puedo. Aún no sé cómo, pero puedo.

—Si lo haces, te dejaré.

—Si mueres, no podrás.

Hizo una pausa para secar el klava que había caído de mi taza.

—No estamos indefensos. Tenemos apoyos.

—De orientales. De tecklas.

—Los tecklas alimentan a todos los demás.

—Lo sé. Y sé lo que les pasa cuando intentan hacer algo al respecto. Se han producido rebeliones. Ninguna ha triunfado, excepto durante el reinado de los oreas, justo antes de los tecklas. Como ya he dicho, estamos muy lejos de eso.

—No estamos hablando de una rebelión teckla. No estamos hablando de un reinado teckla. Estamos hablando de romper el Ciclo.

—Adron lo intentó una vez, ¿recuerdas? Destruyó una ciudad y causó un interregnum que duró más de doscientos años, y no salió bien, pese a todo.

—No lo estamos haciendo con hechicería preimperial, o magia del tipo que sea. Lo estamos haciendo con la *fuerza*, de las masas, las que detentan el auténtico poder. Me callé mi opinión sobre lo que es el poder real y quién lo detenta.

—No puedo permitir que vayas al matadero, Cawti. No puedo.

—La mejor manera de protegerme sería unirme a nosotros. Podríamos utilizar...

—Palabras. Sólo palabras.

—Sí. Palabras que surgen de las mentes y corazones de seres humanos pensantes. No hay fuerza más poderosa en el mundo, ni arma mejor, cuando se aplica a la práctica.

—Muy bonito, pero no puedo aceptarlo.

—Tendrás que nacerlo o, al menos, tendrás que enfrentarte a ello.

No contesté. Estaba pensando. No dijimos nada más, pero antes de salir del local, supe lo que tendría que hacer. A Cawti no le iba a gustar.

Ni a mí tampoco.

## 4

«1 par pantalones grises: quitar mancha sangre parte superior pernera derecha...»

Por si aún no me he expresado con claridad, el paseo al distrito de los orientales ocupa sus buenas dos horas. Ya me estaba hartando. O tal vez no. Ahora que lo pienso, habría podido teleportarme en tres segundos, y pasado después quince o veinte minutos vomitando o deseando hacerlo. Tal vez deseaba dedicar aquel rato a pasear y reflexionar. No obstante, recuerdo haber pensado que estaba perdiendo demasiado tiempo yendo y viniendo entre Malak Gírele y Adrilankha Sur.

Pero fui. Entré en el edificio y me quedé ante el portal, que ahora cubría una cortina. Recuerdo que no di una palmada, ni siquiera me apetecía aporrear la pared, así que grité:

—¿Hay alguien en casa?

Oí el ruido de pasos, la cortina se apartó y vi a mi amigo Gregory. Sheryl estaba detrás de él, observándome. No supe si había alguien más en la habitación. Como Gregory estaba plantado delante de mí, pasé por su lado.

—¿Está Kelly? —pregunté.

—Entra —dijo Sheryl.

Me sentí un poco violento. No había nadie en la habitación. En una esquina había una pila alta de periódicos, el mismo que Cawti había estado leyendo.

—¿Por qué quiere verle? —preguntó Gregory.

—Pienso dejar todas mis riquezas mundanas al mayor idiota que pueda encontrar, y quería entrevistarle para ver si cumple los requisitos. Sin embargo, ahora que te he conocido, creo que es absurdo seguir buscando.

Me traspasó con la mirada. Sheryl rió y Gregory enrojeció.

Kelly apareció en aquel momento. Le mire con más atención que antes. Estaba muy gordo, la verdad, y era muy bajito, pero

prefería llamarle gordinflón en lugar de obeso. Un encanto, por decirlo así. Tenía la frente achatada, lo cual daba la impresión de que su cabeza era grande. Llevaba el cabello muy corto, casi al cero, sin patillas. Sus ojos sólo adoptaban dos posiciones, entornados y bizqueantes, y su boca era muy expresiva, quizá por la cantidad de grasa

que la rodeaba. Se me antojó una de esas personas que pueden pasar de la jovialidad a la maldad en un instante. Como Bichobrillante, vamos.

—De acuerdo. Entra —dijo.

Dio media vuelta y se encaminó a la parte posterior del piso. No tuve otro remedio que seguirle. Me pregunté si era una treta.

La habitación de atrás era estrecha, mal ventilada y olía a humo de pipa, aunque los dientes de Kelly no eran los de un fumador. Pensándolo bien, probablemente carecía de vicios. Excepto comer más de la cuenta, claro. Qué pena que fuera oriental. Los dragaeranos utilizan la hechicería para eliminar el exceso de grasa; los orientales tienden al suicidio cuando lo intentan. Por toda la habitación había hileras de libros encuadernados en piel, negra o a veces marrón. No pude leer ningún título, pero el autor de uno era Padraic Kelly.

Me indicó con un cabeceo que me sentara en una incómoda silla de madera, y él ocupó otra, detrás de un escritorio de aspecto desvencijado.

—¿Has escrito eso? —pregunté, señalando el libro.

Siguió la dirección de mi dedo.

—Sí.

—¿Qué es?

—La historia de la rebelión del doscientos veintiuno.

—¿Dónde fue?

Me miró con atención, como para discernir si estaba bromeando.

—Aquí, en Adrilankha Sur —dijo a continuación.

—Oh. —Carraspeé—. ¿También lees poesía?

—Sí.

Suspiré para mis adentros. No quería echarle una arenga, la verdad, pero daba la impresión de que los temas de conversación iban a ser muy limitados. Total, ¿para qué?

—Cawti me ha contado algo sobre vuestras actividades —dijo. El hombre asintió, a la espera—. No me gusta —continué, y sus ojos se entornaron—. Me disgusta que Cawti se haya mezclado con vosotros.

Siguió mirándome, sin decir nada.

Me recliné en la silla y crucé las piernas.

—Pero da igual, yo no dirijo su vida. Si quiere perder el tiempo de esa forma, no puedo hacer nada al respecto. —Hice una pausa, esperando a que dijera algo. Como no lo hizo, proseguí—. Lo que más me molesta es este rollo de dar clases de lectura... Es lo que hacía Franz, ¿no?

—Sí, y también otras cosas —respondió, con los labios apretados.

—Bien, te ofrezco un trato. Descubriré quién mató a Franz y por qué, si dejáis de dar las clases, o encontráis a otra persona que las dé.

No me quitaba los ojos de encima ni un momento.

—¿Y si no?

Empezaba a irritarme, quizá porque conseguía que me sintiera incómodo, y eso no me gusta. Apreté los dientes y reprimí el ansia de explicar lo que pensaba de él.

—No me obligues a amenazarte —dije por fin—. Me desagrada amenazar a la gente.

Se inclinó sobre el escritorio, y sus ojos se entornaron más de lo habitual. Apretó mucho los labios.

—Vienes aquí —dijo—, caliente todavía el cadáver de un hombre que fue martirizado por...

—Corta el rollo.

—¡Silencio! He dicho martirizado y va en serio. Luchaba por lo que creía, y murió por eso.

Me miró fijamente un momento, y luego continuó en un tono de voz más suave, pero cortante.

—Sé cómo te ganas la vida —dijo—. Ni siquiera te has dado cuenta del abismo en que estás hundido.

Toqué el mango de una daga, pero no la desenvainé.

—Tienes *razón* —dije—. No me doy cuenta del abismo en que me he hundido. Sería muy estúpido por tu parte explicármelo.

—No me digas lo que es estúpido y lo que no. Eres incapaz de juzgar en esa materia, o cualquiera ajena a la experiencia de tu diminuto mundo. Ni siquiera se te ocurre que tal vez no esté bien vender muerte, como si fuera un producto del mercado.

—No, no se me ocurre, y si ya has terminado...

—Pero no eres el único. Piensa en esto, Señor Asesino: ¿cuántas cosas haría la gente de buena gana, si no se viera obligada? Tú aceptas eso sin pensarlo ni hacerte preguntas, ¿verdad? Mientras tanto, los orientales y los tecklas se ven forzados a vender la mitad de sus hijos para alimentar al resto. ¿Piensas que no sucede, o te niegas a reconocerlo?

Meneó la cabeza, y vi que tenía los dientes muy apretados y los ojos tan entornados que parecía imposible que pudiera ver algo.

—Lo que tú haces... Un hombre no puede caer más bajo.

Ignoro si lo haces porque no tienes otra elección, o porque eres tan retorcido que te gusta, pero da igual. En este edificio, encontrarás a hombres y mujeres orgullosos de lo que hacen, pues saben que les aguarda un futuro mejor. Y tú, con tu inteligencia cínica y mezquina, no sólo te niegas a verlo, sino que intentas decirnos cómo proceder. No tenemos tiempo para ti o tus tratos. Y tus amenazas no nos impresionan.

Hizo una pausa, quizá para ver si yo quería decir algo. No lo hice.

—Largo de aquí —dijo.

Me levanté y salí.

*La diferencia entre ganar y perder es si tienes ganas de volver a casa después.*

*No está mal, jefe. ¿Adonde vamos?*

*No lo sé.*

*Podríamos volver al local de Herth, escupir en su sopa y esperar su opinión.*

No me pareció una buena idea.

\* \* \*

Aún no había anochecido, y el distrito oriental estaba en pleno apogeo. Había mercados cada pocas manzanas, y cada uno era diferente. Éste era amarillo, naranja, rojo y verde debido a las verduras, olía a cosas frescas y su sonido era un zumbido bajo. Aquél era claro y rosado, olía a carne, casi toda en buen estado, y era más silencioso, de forma que se podía oír al viento cuando resonaba en el interior de tu oído. El siguiente se ocupaba sobre todo de telas y era el más ruidoso, porque nadie regatea como un comerciante de telas, con gritos, chillidos y súplicas. Da la impresión de que nunca se cansan. Yo me canso de las cosas. Me canso de muchas cosas. Me canso de deambular por el castillo de Morrolan para comprobar sus guardias, trampas y alarmas. Me canso de hablar con mis socios en códigos que muchas veces no entiendo. Me canso de ponerme a sudar cada vez que veo el uniforme de los Guardias del Fénix. Me canso de que las demás Casas me traten con desprecio por ser un jhereg, y de que los jheregs me traten con desprecio por ser un oriental. Y me estaba cansando, cada vez que pensaba en Cawti, de aquel nudo en el estómago, en lugar de experimentar aquella sensación cálida, apasionada y luminosa de antes.

*Has de encontrar una respuesta, jefe.*

*Lo sé. Ya lo he intentado.*

*Intenta otra cosa.*

*Sí.*

Descubrí que me había acercado a la zona donde vivía mi abuelo. Quizá no *fue* de manera accidental, aunque a mí me pareció que sí. Entré y las campanillas repiquetearon. Eran alegres. Empecé a sentirme mejor en cuanto traspasé el umbral. Campanas. Eso sí que es brujería.

Estaba sentado a su mesa, escribiendo o dibujando con una pluma de ave en una enorme hoja de pergamino. Era viejo, pero con una salud de hierro. Un gran hombre. Si Kelly era gordinflón, mi abuelo era corpulento. Tenía la cabeza casi calva del todo, y reflejaba la luz de las lamparitas de la tienda. Levantó la vista cuando oyó las

campanillas y me dedicó una amplia sonrisa con los dientes que le quedaban.

—¡Vladimir!

—Hola, noish-pa.

Nos abrazamos y me besó en la mejilla. Loiosh marchó de mi hombro y se posó sobre un estante hasta que terminamos. Después voló hasta el brazo de noish-pa para que le rascara la barbilla. Su familiar, un gato grande y peludo llamado Ambrus, saltó a mi regazo cuando me senté, y me olisqueó. Reanudamos nuestra vieja amistad. Noish-pa encajó una tarjeta en la cuerda que sostenía las campanillas y me indicó que le acompañara a la habitación de atrás. Olía a té de hierbas y me sentí aún mejor.

Nos siguió, y chasqueó la lengua cuando añadí miel al mío. Bebí. Esencia de rosas.

—¿Cómo está mi nieto?

—Así así, noish-pa.

—¿Sólo así así?

Asentí.

—Tienes un problema —dijo.

—Sí. Es complicado.

—Las cosas sencillas nunca plantean problemas, Vladimir. Algunas cosas sencillas son tristes, pero nunca plantean problemas.

—Sí.

—¿Cómo empezó este problema?

—¿Cómo empezó? Asesinaron a un tal Franz.

—Ah, sí. Terrible.

Le miré fijamente.

—¿Estabas enterado?

—Está en boca de todo el mundo.

—¿Sí?

—Bien, esa gente, sus... ¿Cuál es la palabra? ¿*Elvtarsok*?

—¿Amigos? ¿Asociados?

—Bien, esa gente está por todas partes, y hablan de ello.

—Entiendo.

—Pero tú, Vladimir, no eres de ellos. ¿Verdad?

Sacudí la cabeza.

—Cawti sí.

Suspiró.

—Vlad, Vlad, Vlad. Es una tontería. Si estalla una revolución, le das apoyo, claro, pero desviarte de tu camino así es como poner la cabeza en el tajo.

—¿Cuándo ha estallado una revolución?

—¿En? En el doscientos veintiuno.

—Ah, sí. Por supuesto.

—Sí. Luchamos entonces, porque eso fue lo que hicimos, pero algunos no pueden olvidar y creen que deberían estar siempre luchando.

—¿Qué sabes sobre esa gente?

—Oh, he oído cosas. Su líder, ese tal Kelly, dicen que es un luchador.

—¿Un luchador? ¿Un pendenciero?

—No, no. Me refiero a que nunca se rinde, según me han contado. Están creciendo, ¿sabes? Recuerdo que oí hablar de ellos hace años, cuando eran veinte, y ahora son miles.

—¿Por qué se une la gente?

—Oh, siempre hay descontentos, y la violencia nos ha golpeado. Palizas, robos, y dicen que los Guardias del Fénix no lo impiden. Algunos caseros aumentan los alquileres porque algunas de sus casas se han quemado, y la gente está descontenta por ese motivo.

—Pero nada de esto tiene relación con Cawti. Ni siquiera vivimos por aquí.

Meneó la cabeza y chasqueó la lengua.

—Es una tontería —repitió.

—¿Qué puedo hacer?

Se encogió de hombros.

—Tu abuela hizo cosas que a mí no me gustaron, Vladimir. No se puede hacer nada. Tal vez pierda el interés. —Frunció el ceño—. No, es improbable. Cuando se interesa en algo, Cawti no cesa. En fin, es su vida, no la tuya.

—Exacto, noish-pa, eso es. Es su vida. Alguien mató a ese Franz, y ahora Cawti le ha sustituido. Si quiere unirse a esa gente y provocar disturbios, o lo que sea que hagan, estupendo, pero si la matan, no lo soportaré. Y no puedo impedirselo, o me dejará.

Mi abuelo volvió a fruncir el ceño y asintió.

—¿Has probado algo?

—Sí. Intenté hablar con Kelly, pero no sirvió de nada.

—¿Sabes quién mató al tal Franz?

—Sí, lo sé.

—¿Y por qué?

Hice una pausa.

—No, eso no lo sé.

—En ese caso, debes averiguarlo. Quizá descubrirás que, a fin de cuentas, no hay nada de qué preocuparse. Y si lo hay, quizá encontrarás una manera de solucionarlo sin peligro para tu esposa.

«Tu esposa», dijo. No Cawti, sino «tu esposa». Así pensaba él. La familia. Todo se reducía a la familia, y nosotros éramos toda la familia que tenía. De repente, se me ocurrió que tal vez le había decepcionado. No creo que aprobara a los asesinos, pero

yo era la familia, punto.

—¿Qué opinas de mi trabajo, noish-pa?

Sacudió la cabeza.

—Lo que haces es terrible. No es bueno que un hombre se gane la vida asesinando. Te perjudica.

—Muy bien. —Me arrepentía de haber hecho la pregunta—. Gracias, noish-pa. He de irme.

—Me alegro de haberte vuelto a ver, Vladimir.

Le abracé, recogí a Loiosh y salí de la tienda. El trayecto de vuelta a mi lado de la ciudad era largo, pero aún no tenía ganas de teleportarme.

\* \* \*

Cuando Cawti llegó a casa por la noche, yo tenía los pies en agua caliente.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Me duelen los pies.

Me dedicó una semisonrisa.

—No me sorprende. Quiero decir, ¿por qué te duelen los pies?

Se sentó frente a mí y se estiró. Vestía pantalones grises altos hasta la cintura, con un cinturón ancho negro, un justillo gris y chaleco negro. Había colgado su media capa.

—¿Has ido a algún sitio en particular?

—Al distrito de los orientales, sobre todo.

Ladeó un poco la cabeza, cosa que me encanta presenciar. Conseguía que sus ojos parecieran enormes, en aquel rostro delgado y hermoso, de pómulos perfectamente esculpidos.

—¿Qué has ido a hacer?

—Fui a ver a Kelly.

Abrió los ojos de par en par.

—¿Para qué?

—Le expliqué que debía procurar no meterte en nada peligroso. Insinué que le mataría si lo hacía.

La mirada de curiosidad cambió a otra de incredulidad, y luego a una de rabia.

—¿De veras?

—Sí.

—No parece que te ponga nervioso contármelo.

—Gracias.

—¿Qué dijo Kelly?

—Dijo que, como ser humano, yo ocupaba un lugar intermedio entre la escoria más despreciable y la basura más repugnante.

Me dio la impresión de que Cawti se sorprendía. No se disgustaba, se sorprendía.

—¿Dijo eso?

—Pero con menos palabras. Ya lo creo.

—Hummmm.

—Me alegra ver que este insulto contra tu esposo te embarga de una justa indignación.

—Hummmm.

—¿Intentas decidir si tenía razón?

—Oh, no. Sé que tiene razón. Sólo me estaba preguntando cómo lo adivinó.

—Cawti...

Callé, porque mi voz se había quebrado.

Se acercó, tomó asiento a mi lado y apoyó la mano sobre mi pierna.

—Lo siento —dijo—. No lo he dicho en serio y no tendría que haberlo tomado a broma. Sé que está equivocado, pero no tendrías que haber hecho eso.

—Lo sé —contesté, casi en un susurro.

Nos quedamos en silencio un rato.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Cawti.

—Creo que voy a esperar a que mis pies se recuperen. Luego saldré y mataré a alguien.

Cawti me miró fijamente.

—¿Hablas en serio?

—Sí. No. No estoy seguro. A medias, supongo.

—Esto es duro para ti. Lo siento.

Asentí.

—Aún será más duro —continuó.

—Sí.

—Ojalá pudiera ayudarte.

—Has de hacerlo. Saldrías ganando si pudieras.

Asintió. Después de eso, no había nada más que decir, de modo que siguió sentada a mi lado un rato. Después entramos en nuestra habitación y dormimos.

A la mañana siguiente, *fui* temprano a la oficina, con Loiosh y Rocza. Dejé que salieran por la ventana para que Loiosh siguiera enseñando los alrededores a Rocza. La había instruido poco a poco sobre los misterios de la ciudad. Se lo pasaba en grande, además. Me pregunté cómo influiría en el matrimonio que uno adiestrara al otro. Con ese par, las cosas podían ponerse algo tensas. Loiosh se encargaba de la enseñanza, pero la hembra jhereg es dominante.

*Oye, Loiosh...*

*No es asunto tuyo, jefe.*

Eso no era justo; él se había metido con mi matrimonio. Además, yo tenía derecho a saber si me vería obligado a soportar más teatro barato de North Hill del que ya había conseguido. Pero no insistí.

Cuando regresaron, un par de horas más tarde, ya sabía lo que iba a hacer. Pedí una dirección a Kragar, que me dedicó una mirada estremecedora por no explicarle mis motivos. Loiosh y Rocza se sujetaron a mis hombros, bajamos la escalera y salimos de la oficina.

Lower Kieron Road, cerca de Malak Circle, es la calle más amplia de esta parte de la ciudad, y está llena de posadas retiradas, mercados que la invaden y hoteles. Algunos albergan pequeños negocios. Yo era el propietario de todos los negocios pequeños. Lower Kieron me condujo hacia el sudoeste. Se rué estrechando poco a poco, y aparecieron más viviendas. La mayoría habían sido verdes, pero ahora estaban cubiertas de suciedad. Abandoné Lower Kieron para seguir una callecita estrecha llamada Ulor.

Ulor se ensanchó un poco, y en ese punto doblé por Copper, que era diferente de la Copper Lañe cercana a mi casa, o de la Copper del este, o de la Copper más al este todavía, o de otras que no recuerdo. Al cabo de pocos pasos, giré a la izquierda y entré en una posada de aspecto agradable, con mesas largas de madera pulida y bancos largos.

—¿Tienes un reservado? —pregunté al dueño.

Cumplió mi deseo, aunque su expresión daba a entender que no solía ser contaminado por la presencia de orientales.

—Me llamo Vlad —dije—. Dile a Bajinok que estoy aquí.

Asintió y dijo a un camarero que transmitiera el mensaje. Localicé la habitación de atrás y entré. Estaba desierta. Me gustó que tuviera una puerta de verdad. La cerré y me senté de espaldas a la puerta (Loiosh vigilaba) en uno de los bancos, ante una mesa que era una versión más pequeña de las que había en la sala principal. Me pregunté cuánta gente traería Bajinok. Si era más de uno, mi estrategia no funcionaría. Claro que también podía venir solo. Decidí que mis probabilidades eran favorables.

Al cabo de poco rato, la puerta se abrió y Bajinok entró, acompañado de otro jhereg al que no había visto nunca. Me levanté antes de que pudieran sentarse.

—Buenos días —dije—. Espero no molestaros.

Bajinok frunció el ceño.

—¿Qué? —preguntó.

—Un hombre de pocas palabras —dije—. Así me gusta.

Loiosh siseó, como si apoyara mi opinión.

—¿Qué quieres?

—He pensado que podríamos continuar nuestra discusión del otro día.

El jhereg que iba con Bajinok movió los hombros y se rascó el estómago. Bajinok se secó las manos en la capa. Yo comprobé el cierre de mi capa con una mano y me eché el pelo hacia atrás con la otra. No sé ellos, pero todas mis armas estaban preparadas.

—Si tienes algo que decir, dilo —habló Bajinok.

—Quiero saber por qué Herth mandó asesinar al oriental.

—Muérete —replicó Bajinok.

Hice un ademán con la mano derecha, como si fuera a decir algo importante. Supongo que, en cierta manera, era verdad. El gesto materializó una daga que se hundió bajo la barbilla del desconocido y penetró en su cabeza. Se desplomó como un saco. Antes de que tocara el suelo, ya había extraído otra daga de mi capa, y su extremo apuntaba al ojo izquierdo de Bajinok.

—En el instante en que aparezca alguien en esta habitación —dije—, o abra la puerta, o me dé la impresión de que te has puesto en contacto psiónico con alguien, te mataré.

—De acuerdo —dijo.

—Pensé que querías contarme algunas cosas sobre Herth y por qué mandó asesinar al oriental.

Sin mover la cabeza, Bajinok echó un vistazo al cadáver. Después clavó la vista en la hoja de la daga.

—No me importaría —dijo.

—Estupendo —contesté, risueño.

—¿Te importa que me siente?

—No. A tu aire.

Lo hizo. Yo me situé detrás de él y apoyé la hoja en su nuca.

—Vas a conseguir que te maten —dijo.

—Todos hemos de morir algún día. Además, los orientales no vivimos mucho. Hay buenos motivos para no apresurar las cosas, por supuesto. Lo cual nos lleva de vuelta a Franz.

Aumenté la presión sobre su nuca. Noté que se acojonaba.

Vigilé cualquier intento de teleportación. Si actuaba con rapidez, le mataría antes de que se desvaneciera.

—Sí, Franz —dijo—. Era miembro de una especie de grupo...

—Lo sé.

—Bien. En ese caso, no puedo contarte mucho más.

Volví a apretar el cuchillo contra su cuello.

—Inténtalo. ¿Te dijeron que le mataras a él en concreto, o a cualquier otro miembro del grupo?

—Me dieron su nombre.

—¿Habéis espiado las actividades de esa gente?

—Herth lo ha hecho.

—Lo sé, idiota. Me refería a si les habías espiado tú.

—No.

—¿Quién?

—Un tipo llamado Nath.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—¿Vas a matarme?

—Si sigues hablando, no.

—Vive encima de una fábrica de alfombras que hay hacia el oeste, justo al norte de la zona de los orientales. Calle Árbol Umbrío, número cuatro.

—Muy bien. ¿Piensas contar esta conversación a Herth?

—Sí.

—Tendrás que decirle lo que me has dicho.

—Es muy comprensivo.

—En ese caso, necesito un buen motivo para dejarte vivir.

—Dijiste que lo harías.

—Sí, es un buen motivo. Necesito otro.

—Eres hombre muerto, ¿sabes?

—Lo sé.

—Un hombre muerto mentiroso.

—Es que estoy *de* mal humor. Por lo general, soy un hombre muerto muy sincero.

Pregunta a quien quieras.

—De acuerdo. Mantendré la boca cerrada durante una hora.

—¿Cumplirías tu palabra con alguien que te ha mentido?

Reflexionó un momento.

—Sí.

—Herth debe de ser un tipo muy comprensivo.

—Sí, excepto cuando matan a uno de los suyos. No lo comprende en absoluto.

—Muy bien. Puedes irte.

Se levantó sin decir palabra y se fue. Sustituí mi daga, dejé la otra clavada en el cuerpo y salí a la sala principal. El dueño ni me miró. Salí a la calle y me encaminé a la oficina. Noté la tensión de

Loiosh cuando se esforzaba en escudriñar cada rincón de cada callejuela por la que pasábamos.

*No tendrías que haber matado a ese tío, jefe.*

*Si no lo hubiera hecho, Bajinok no me habría tomado en serio. No estaba seguro de poder controlar a los dos.*

*Ahora Herth pedirá tu cabeza.*

*Sí.*

*No podrás ayudar a Cawti si estás muerto.*

*Lo sé.*

*Entonces ¿por qué...?*

*Cierra el pico.*

Ni siquiera yo creí que fuera una buena respuesta.

## 5

«... mancha klava parte superior pernera izquierda...»

Me teleporté a un lugar que conocía en el barrio de Nath, para no desperdiciar ni un segundo de la hora de Bajinok. Después desperdiicé unos buenos quince minutos, mientras mi estómago se recuperaba de la teleportación.

La calle del Árbol Umbrío debía ser un nombre antiguo. Había unos pocos tocones en el suelo a ambos lados, y los hoteles y casas estaban muy retirados de los toscos rebordes de mampostería de los bordillos de la calle, propiamente dicha, que era tan ancha como Lower Kieron. La anchura indicaba que, en otro tiempo, la zona había albergado montones de tiendas y mercados, y que más tarde había sido uno de los mejores distritos de la ciudad. Eso debió ser antes del Interregnum. Ahora estaba un poco en decadencia.

El número cuatro estaba justo en la mitad, entre el número quince y el número seis. Era de mampostería parda, dos pisos de altura y un apartamento en cada uno. El de abajo tenía un chreota dibujado con torpeza en la puerta. Subí los peldaños de madera, que no crujieron para nada. Me quedé impresionado.

La puerta de arriba exhibía un jhereg estilizado, grabado en una placa metálica sobre el símbolo de un barón.

*¿He sido lo bastante silencioso, Loiosh?*

*Eso creo, jefe.*

*De acuerdo.*

Verifiqué los conjuros de la puerta, dos veces. Soy mucho más descuidado cuando no voy a matar a alguien, pero carece de sentido ser demasiado descuidado. La puerta no albergaba sorpresas. La hoja era lo bastante delgada para poder manejarla. Dejé que Rompehechizos cayera en mi mano izquierda, respiré hondo, golpeé la puerta con Rompehechizos y, al mismo tiempo, le propiné una patada con la pierna derecha. La puerta se abrió y entré en la habitación.

El hombre estaba solo. Eso significaba que Bajinok había cumplido su palabra. Estaba sentado en un sofá bajo y leía el mismo periódico que Cawti. Cerré la puerta de una patada y me planté a su lado en tres zancadas, mientras desenvainaba mi espadín. Se levantó y me miró con los ojos abiertos de par en par. No hizo el menor esfuerzo

por sacar un arma. Tal vez no era un guerrero, pero habría sido absurdo confiar en ello. Apunté mi arma a su ojo izquierdo.

—Buenas tardes —dije—. Tú debes ser Nath.

Siguió mirándome, casi sin respirar.

—¿Y bien? —pregunté.

Asintió.

Le solté el mismo discurso que a Bajinok sobre que no intentara huir o pedir ayuda. Creo que lo consideró convincente.

—Sentémonos a charlar —dije.

Volvió a asentir. O estaba muy asustado, o era un excelente actor.

—Un oriental llamado Franz fue asesinado hace unos días —empecé.

Asintió.

—Herth lo ordenó —dije.

Asintió de nuevo.

—Tú le espiaste para Herth.

Sus ojos se abrieron más y meneó la cabeza.

—Sí —afirmé—. ¿Por qué?

—Yo no...

—Me da igual que sugirieras matarle o no. Quiero saber qué le contaste a Herth sobre Franz. Dímelo ya, sin pensarlo dos veces. Si sospecho que me estás mintiendo, te mataré.

Movió un poco la boca, y su voz, cuando habló, era chillona.

—No lo sé. Yo sólo... —se detuvo para carraspear—. Sólo le hablé de ellos. De todos. Le conté lo que hacían.

—¿Herth quería saber nombres?

—Al principio no, pero hace unas semanas me ordenó informarle sobre todos los orientales, sus nombres, qué hacían, todo.

—¿Lo conseguiste?

Asintió.

—¿Por qué?

—Llevo aquí casi todo el año. Herth oyó rumores sobre ese grupo y me envió a verificarlos. Les he seguido la pista.

—Entiendo. Y después dice que le des los nombres, y dos semanas después asesinan a Franz.

Asintió.

—Bien, ¿por qué quería matar a alguien, y por qué a Franz?

—No lo sé.

—Estrújate el cerebro.

—Eran alborotadores. Se entrometían en los negocios. Siempre estaban tocando

las pelotas, y daban clases de lectura. Cuando los orientales...

Se calló y me miró.

—Sigue.

Tragó saliva.

—Cuando los orientales se creen demasiado listos, bueno, eso no ayuda a los negocios. No obstante, pudo ser a causa de algo que pasó antes de que yo llegara. Herth es cauto, ¿sabes? No me dijo más de lo necesario.

—¿Y Franz?

—Era uno de ellos.

—¿Y Kelly?

—¿Por qué lo preguntas? Nunca vi que hiciera nada especial.

Me abstuve de hacer comentarios sobre su vista.

*Jefe.*

*¿Sí, Loiosh?*

*La hora casi ha terminado.*

*Gracias.*

—Muy bien —dije—. Puedes seguir viviendo.

Pareció aliviado. Di media vuelta, bajé a la calle y me alejé por las callejuelas lo más deprisa posible. No vi señales de que me siguieran.

*Bien, ¿qué opinas, Loiosh?*

*Quería matar a uno, y Franz era tan bueno como cualquier otro.*

*Sí, yo también pienso lo mismo. ¿Por qué quería matar a uno?*

*No lo sé.*

*Bien, ¿qué hacemos ahora?*

*Jefe, ¿tienes idea del lío en el que te has metido?*

*Sí.*

*Sólo era una pregunta. No sé qué hacer ahora, jefe. Estamos cerca de la zona oriental, por si te interesa.*

Me desvié en aquella dirección mientras reflexionaba. ¿Cuál era el siguiente paso? Tenía que averiguar si Herth les seguiría acosando, o si ya había logrado lo que deseaba. Si Herth iba a desistir de sus propósitos, podía relajarme y preocuparme únicamente de impedir que me matara.

La calle en la que estaba terminó de repente, de modo que retrocedí hasta encontrar una conocida. Casas altas y carentes de ventanas se cernían sobre mí como gigantes verdes y amarillos malignos, con balcones que, en ocasiones, casi se encontraban sobre mi cabeza y ocultaban el cielo rojo anaranjado.

Después, en una calle transversal llamada Dosviñas, las calles empezaron a ser más viejas, deslustradas y pequeñas, la calle se ensanchó y llegué al distrito oriental. Olía como la campiña, a heno, vacas y estiércol, porque vendían leche de vaca en la

calle. Cuando la avenida se ensanchó, noté la brisa más fresca. Levantaba polvo que se metió en mis ojos y aguijoneó mi cara.

La calle se curvó y serpenteó. Otras entraban y salían de ella, y entonces vi a Sheryl y Paresh en una esquina. Sostenían el mismo maldito periódico y abordaban a los transeúntes. Me acerqué a ellos. Paresh cabeceó con frialdad y me dio la espalda. La sonrisa de Sheryl fue un poco más cordial, pero también me dio la espalda cuando llegaron dos orientales cogidos de la mano. Oí que decía algo sobre cargarse al Imperio, pero se limitaron a menear la cabeza y continuaron paseando.

—¿He traspasado los límites? —pregunté.

Sheryl negó con la cabeza. Paresh se volvió hacia mí.

—En absoluto. ¿Queréis comprar un ejemplar?

Contesté que no. No pareció sorprenderse. Me dio la espalda de nuevo. Seguí parado unos segundos más, antes de comprender que me estaba poniendo en ridículo al quedarme, y que parecería un estúpido si me iba. Me volví hacia Sheryl.

—¿Hablarás conmigo si te invito a una taza de klava?

—No puedo —dijo—. Desde que asesinaron a Franz no trabajamos solos.

Reprimí algunos comentarios sobre su «trabajo», y luego tuve una idea.

*¿Bien, Loiosh?*

*Oh, claro, jefe. ¿Por qué no?*

—Loiosh se quedará por aquí —dijo a Sheryl.

Aparentó sorpresa y miró a Paresh. Éste examinó a Loiosh un momento.

—¿Por qué no? —dijo.

De modo que Loiosh se quedó a recibir su adoctrinamiento revolucionario, en tanto yo entraba con Sheryl en un local de klava oriental justo al otro lado de la calle. Era largo, estrecho y más oscuro de lo que a mí me gusta, excepto cuando quiero matar a alguien. Todo era de madera, y estaba en muy buen estado, teniendo en cuenta las circunstancias. Caminé hasta el fondo y apoyé la espalda contra la pared. No es que sea una forma útil de protegerse, pero en esta ocasión consiguió que me sintiera mejor.

Había prometido invitarla a una taza de klava, pero vino en

un vaso. Me quemé la mano cuando lo cogí. Lo dejé sobre la mesa, se derramó un poco y me quemé la pierna. Añadí crema para que se enfriara un poco pero no sirvió de nada porque calentaban la crema. Sabía bastante bien.

Los ojos de Sheryl eran grandes, de color azul claro, con una insinuación de pecas a su alrededor.

—¿Sabes lo que estoy haciendo? —dije.

—No del todo.

Una sombra de sonrisa acudió a sus labios. De pronto, pensé que ella pensaba que me la quería ligar. Después pensé que tal vez era cierto. Era atractiva, sin duda, y

poseía una especie de lascivia inocente que me parecía estimulante. Pero no, ahora no.

—Intento averiguar por qué mataron a Franz, y después haré lo posible para impedir que maten a Cawti.

La semisonrisa no se alteró, pero sacudió la cabeza.

—Mataron a Franz porque nos tienen miedo.

Me vinieron a la cabeza un montón de réplicas sarcásticas, pero me las guardé.

—¿Quién tiene miedo? —pregunté.

—El Imperio.

—No le asesinó el Imperio.

—Directamente no, pero...

—Le asesinó un jhereg llamado Herth. Herth no mata gente para el Imperio. Está demasiado ocupado tratando de impedir que el Imperio averigüe que mata a personas.

—Puede que de esa impresión...

—De acuerdo, de acuerdo. Esto no conduce a ningún sitio.

Se encogió de hombros. Su sonrisa había desaparecido. Por otra parte, tampoco parecía enfadada, de manera que valía la pena continuar.

—¿Qué estaba haciendo, en concreto, capaz de inquietar a un jhereg empeñado en ganar dinero?

Sheryl guardó silencio unos instantes.

—No lo sé —dijo por fin—. Vendía periódicos, como yo, hablaba en los mítines, como yo, y daba clases de lectura, y sobre la revolución, como yo...

—Espera. ¿Tú también das clases de lectura?

—Todos lo hacemos.

—Entiendo. De acuerdo.

—Yo diría que hacía más de todo. Era incansable, entusiasta, y todo el mundo reaccionaba a eso, nosotros y la gente con la que nos cruzábamos. Cuando recorríamos los barrios, siempre se acordaba de las personas mejor que los demás, y ellas siempre se acordaban de él. Cuando hablaba, era el mejor. Cuando daba clases de lectura, parecía vital para él que todo el mundo aprendiera a leer. Siempre que un grupo en el que yo estaba hacía algo, él estaba presente, y cuando un grupo en el que yo no estaba hacía algo, él también estaba presente. ¿Entiendes qué quiero decir?

Asentí, sin decir nada. El camarero volvió y sirvió más klava. Añadí crema y miel, y utilicé la servilleta para sujetar el vaso. Un vaso. ¿Por qué no una taza? Estúpidos orientales. No saben hacer nada a derechas.

—¿Conoces a alguno de los jheregs que trabajan por aquí?

—No, la verdad.

—¿Hay casas de juego?

—¿Eh? Oh, claro, pero pertenecen a orientales.

—No, ni hablar.

—¿Cómo lo sabes?

—Conozco a Herth.

—Oh.

—¿Hay prostitutas?

—Sí.

—¿Burdeles?

—Sí.

—¿Chulos?

De pronto, pareció menos complacida de sí misma.

—Ya no.

—Ajá.

—¿Qué?

—¿Qué les pasó?

—Les expulsamos. Son los más desalmados...

—Conozco a los chulos. ¿Cómo les expulsasteis?

—La mayoría de los chulos que trabajaban por aquí eran muy jóvenes.

—Sí. Los mayores regentan los burdeles.

—Perteneían a bandas.

—¿Bandas?

—Sí. En esta zona, los chicos tienen poco que hacer, y...

—¿Qué edades tenían?

—Oh, entre once y dieciséis.

—Continúa.

—Formaron bandas, para hacer algo. Van por ahí provocando problemas, asaltan tiendas, esas cosas. Tus Guardias del Fénix pasan de ellos, siempre que no salgan de nuestra zona.

—No son mis Guardias del Fénix.

—Como quieras. Antes de nacer yo, ya existían las bandas. Muchas se dedicaron al proxenetismo porque es la única forma de ganar dinero cuando no tienes dinero para empezar. También aterrorizan a muchos tenderos para que les paguen, y roban un poco, pero no hay mucho que robar y nadie a quien venderlo.

De repente, pensé en noish-pa, pero no, no se meterían con un brujo.

—Bien —dije—, una de ellas se dedicó al proxenetismo.

—Sí.

—¿Cómo os deshicisteis de ellos?

—Kelly dice que la mayoría de los chicos se meten en las bandas porque no tienen esperanzas de que su situación mejore. Dice que su única esperanza verdadera es la revolución, así que...

—Estupendo. ¿Cómo os deshicisteis de ellos?

—Disolvimos casi todas las bandas.

—¿Cómo?

—Para empezar, les enseñamos a leer. Cuando has aprendido a leer, cuesta seguir siendo un ignorante. Cuando se dieron cuenta de que nuestra intención de destruir a los déspotas iba en serio, muchos se unieron a nosotros.

—¿Así de sencillo?

Me miró por primera vez.

—Nos ha costado diez años de trabajo llegar tan lejos, y aún nos queda mucho por hacer. Diez años. No fue «así de sencillo», y no todos se quedaron en el movimiento. Hasta el momento, casi todas las bandas han desaparecido y no han vuelto.

—Cuando las bandas se disolvieron, ¿los chulos se quedaron?

—Necesitaban el apoyo de las bandas.

—Todo encaja.

—¿Por qué?

—Los chulos trabajaban para Herth.

—¿Cómo lo sabes?

—Conozco a Herth.

—Ah.

—¿Hace diez años que militas?

Asintió.

—¿Cómo te...?

Sacudió la cabeza. Bebimos klava durante un rato.

—Ingresé cuando buscaba algo que hacer —dijo, después de un suspiro—, cuando expulsaron a mi chulo del barrio.

—Oh.

—¿No te habías dado cuenta de que fui una puta?

Me miró con fijeza, y procuró dotar a su voz de un tono duro y barriobajero.

Negué con la cabeza y contesté al pensamiento que encubrían las palabras.

—Entre los dragaeranos es diferente. La prostitución no se considera algo vergonzoso.

Me miró, pero no supe si con incredulidad o desprecio. Me di cuenta de que si seguía por aquel camino, empezaría a cuestionarme la actitud dragaerana, y no necesitaba cuestionarme más cosas.

Carraspeé.

—¿Cuándo se fueron los chulos?

—Durante los últimos años les hemos ido expulsando poco a poco. Hace meses que no vemos a ninguno por el barrio.

—Ajá.

—Ya lo has dicho antes.

—Las cosas empiezan a adquirir sentido.

—¿Crees que por eso mataron a Franz?

—Todos los chulos entregaban parte de sus ingresos a Herth. Así funcionan estas cosas.

—Entiendo.

—¿Franz participó en la disolución de las bandas?

—Participaba en todo.

—¿Participó especialmente en eso?

—Participaba en todo.

—Entiendo.

Bebí más klava. Ahora ya podía sujetar el vaso, pero el klava estaba frío. Estúpidos orientales. El camarero volvió, cambió el vaso, lo llenó.

—Herth intentará que los chulos vuelvan al trabajo —dije.

—¿Estás seguro?

—Sí. Cree que ya os ha enviado una advertencia, para que cambiéis de actitud.

—Les volveremos a expulsar. Son agentes de la represión.

—¿Agentes de la represión?

—Sí.

—Bien. Si les volvéis a expulsar, la reacción de Herth será peor.

Percibí un destello en sus ojos, pero su voz no cambió.

—Lucharemos contra ellos —dijo. Supongo que captó alguna expresión peculiar en mi rostro, porque se irritó de nuevo—. ¿Crees que no sabemos luchar? ¿Cómo crees que disolvimos las bandas? ¿Con charlas educadas? ¿Crees que se marcharon así como así? Los de arriba tenían poder y vivían bien. No lo aceptaron. Sabemos luchar. Cuando luchamos, ganamos. Como Kelly dice, el motivo es que todos los verdaderos luchadores están de nuestra parte.

Una frase muy propia de Kelly. Guardé silencio un rato.

—Supongo que no se os habrá ocurrido dejar en paz a los chulos.

—¿A ti qué te parece?

—Sí. ¿Qué les pasó a las titis?

—¿A las qué?

—A las chicas que trabajaban para los chulos.

—No lo sé. Me uní al movimiento, pero eso fue hace mucho tiempo, cuando empezó todo. No sé qué fue de las demás.

—¿No tienen derecho a vivir también?

—Todos tenemos derecho a vivir. Tenemos derecho a vivir sin necesidad de vender nuestros cuerpos.

La miré. Cuando había hablado con Paresh, conseguí acceder a la persona que

había debajo, pese a sus respuestas mecánicas. Con Sheryl, no podía. Era frustrante.

—De acuerdo —dije—. He descubierto lo que quería, y tú tienes información que transmitir a Kelly.

Asintió.

—Gracias por el klava —dijo.

Pagué y volvimos a la esquina. Paresh estaba allí, y discutía a voz en grito con un oriental bajito sobre algo incomprensible. Loiosh se posó sobre mi hombro.

*¿Has averiguado algo, jefe?*

*Sí. ¿Y tú?*

*Nada que me interesara saber.*

Paresh me saludó con un cabeceo. Yo le devolví el gesto. Sheryl me sonrió, para luego apostarse en la esquina. Casi vi cómo plantaba sus pies.

Para ir más deprisa, me teleporté a mi oficina. ¿Qué es un poco de náuseas comparado con la velocidad? Ja. Vlad el Brujo.

\* \* \*

Estuve paseando por la calle hasta que mi estómago se calmó, y después entré. Mientras caminaba hacia la escalera, oí hablar a Bastones en una de las salas de estar. Asomé la cabeza. Estaba sentado en un sofá al lado de Chimov, un chico bastante joven al que había reclutado durante una guerra jherég, tiempo atrás. Chimov sostenía uno de los garrotes de Bastones. Medía unos sesenta centímetros de largo y tenía un diámetro uniforme de dos centímetros y medio, aproximadamente. Bastones sostenía otro.

—Éstos son de nogal —dijo Bastones—, Los de roble también son buenos. En realidad, depende de a lo que te acostumbres.

—Muy bien —contestó Chimov—, pero no sé en qué se diferencian de un lepip.

—Si lo sostienes así, no hay diferencia. Mira. ¿Lo ves? Cógelo por aquí, a un tercio de distancia de la parte posterior. Es distinto con garrotes diferentes, dependiendo de la longitud y el peso, pero el equilibrio ha de ser perfecto. Aquí. El pulgar y el índice actúan como un gozne, y si alcanzas al tipo en el estómago, o en otro sitio blando, usas el canto de la mano para hacerlo rebotar. Así.

Lo demostró, y dio la impresión de que el garrote rebotaba en el aire.

Chimov sacudió la cabeza.

—¿Rebotar? ¿Por qué ha de rebotar? ¿No le imprimes más fuerza si no dejas de sujetarlo?

—Claro. Si lo que quiero es romper las rodillas o la cabeza a un tipo, haré eso, pero la mayoría de las veces sólo intento transmitir un mensaje. Lo hago rebotar diez

o doce veces en su cabeza, después le trabajo un poco la cara y le mido las costillas una o dos veces, y comprende cosas que antes no le entraban en la cabeza. La idea no consiste en demostrar lo duro que eres, sino convencerle de que quiere hacer aquello por lo que te pagan para convencerle.

Chimov probó.

—Así no —dijo Bastones—. Utiliza los dedos y la muñeca. Si vas golpeando así, te quedarás sin fuerzas. No tiene futuro. Fíjate bien...

Les dejé enfrascados en su conversación. Conocía bien ese tipo de conversaciones, porque había sostenido muchas parecidas. Ahora ya empezaban a aburrirme.

Tal vez lo que todo el mundo me había dicho empezaba a influir en mi forma de pensar. Peor aún, tal vez tenían razón.

## 6

### «... y suciedad rodilleras.»

Saludé con un cabeceo a Melestav cuando pasé a su lado y me derrumbé en mi butaca. Algún día, os explicaré el método de derrumbaros en una butaca con un espadín ceñido a vuestra cadera. Es cuestión de práctica.

Muy bien, Vlad. Ya has complicado las cosas, matando a ese bastardo, y Herth te va a pisar los talones, justo cuando menos lo necesitas. Ya está hecho. No lo empeoremos. Solucióvalo, y a otra cosa.

Cerré los ojos y respiré hondo dos veces.

—Jefe —dijo Melestav—. Tu mujer ha llegado.

Abrí los ojos.

—Que pase.

Cawti entró en la habitación como un dzur rabioso, y me miró como si yo fuera la causa de su ira. Rocza iba posada sobre su hombro. Cawti cerró la puerta y se sentó delante de mí. Nos miramos un rato.

—He hablado con Sheryl —dijo.

—Sí.

—¿Y bien?

—Yo también me alegro de verte, Cawti. ¿Cómo te ha ido?

—Déjalo, Vlad.

Loiosh se removió, inquieto. Decidí que no tenía por qué oír aquello, así que me levanté, abrí la ventana y dejé que saliera con Rocza.

*Hasta dentro de un rato, colega.*

*Sí, jefe.*

Dejé la ventana abierta y me volví hacia Cawti.

—¿Y bien? —repitió.

Me senté y recliné en la butaca.

—Estás enfadada —dije.

—Caramba, qué perspicacia la tuya.

—No te pongas sarcástica conmigo, Cawti. No estoy de humor.

—Me importa un pito tu humor. Quiero saber por qué experimentaste la

necesidad de interrogar a Sheryl.

—Aún trato de averiguar qué le pasó exactamente a Franz y por qué. Hablar con Sheryl era necesario.

—¿Por qué?

—¿Por qué intento indagar sobre Franz?

Hice una pausa y sopesé la idea de comunicarle que deseaba salvar su vida, pero decidí que sería injusto e ineficaz.

—Porque dije que lo haría, supongo —contesté.

—Según ella, te pasaste casi todo el rato burlándote de nuestras convicciones.

—Según ella, tal vez.

—¿Por qué era necesario?

Sacudí la cabeza.

—¿Qué significa ese gesto? —preguntó, con los dientes apretados.

—Indica negación.

—Quiero saber qué estás haciendo.

Me levanté, avancé medio paso hacia ella, y me volví a sentar. Abrí y cerré las manos.

—No —dije—. No te lo voy a decir.

—No me lo vas a decir.

—Exacto. Tú no consideraste necesario contarme que te habías mezclado con esa gente, y no consideraste necesario contarme qué hiciste ayer. Yo no considero necesario rendirte cuentas de mis acciones.

—Da la impresión de que haces todo lo posible para perjudicar a nuestro movimiento. Si no es así, deberías...

—No. Todo lo que podría hacer para perjudicar vuestro movimiento sería mucho más sencillo, acabaría con mayor rapidez y no dejaría espacio a las dudas. Estoy haciendo otra cosa. Tú no colaboras porque dijiste que no lo harías. He intentado investigar el asesinato de Franz sin ayuda, y tú has hecho todo lo posible para evitarlo, excepto apuñalarme, y quizá lo hagas. No tienes derecho a hacer eso y luego intentar interrogarme como el Fiscal Imperial. No pienso aguantarlo.

Ella me traspasó con la mirada.

—Menudo discurso. Un montón de mierda.

—Cawti, he dejado bien clara mi postura. No necesito, y no lo haré, soportar más chorradas.

—Si vas a meter las narices en...

—Nunca fue mi oficina.

Abrió los ojos de par en par. Los entornó. Sus fosas nasales se dilataron. Permaneció inmóvil un momento, dio media vuelta y salió de la oficina. No cerró la puerta con estrépito.

Me quedé sentado, tembloroso, hasta que Loiosh volvió. Rocza no le acompañaba. Supuse que Rocza estaría con Cawti. Me alegré, porque sabía que Cawti necesitaría a alguien.

Después de dejar entrar a Loiosh, salí de la oficina y permití que mis pies me condujeran a su libre albedrío, siempre que no fuera el distrito oriental. Sentí un ridículo impulso de ir en busca del oráculo al que había consultado un par de semanas antes y matarle. Ni siquiera ahora sé por qué lo deseé. De hecho, tuve que convencerme de lo contrario.

No me di cuenta de adonde iba. No presté atención a la dirección, a la gente que me rodeaba, a nada. Un par de matones jheregs me vieron, avanzaron dos pasos en mi dirección, y luego se marcharon. Sólo mucho más tarde caí en la cuenta de que eran dos protectores de un viejo enemigo, y tal vez habían creído que debían saldar cuentas. Supongo que cambiaron de opinión. Para entonces Rompehechizos ya estaba en mi mano izquierda. Le daba vueltas mientras caminaba, a veces golpeaba edificios con ella, veía derrumbarse parte de las paredes, o sacudirse locamente, con la esperanza de que alguien pasara cerca. No sé cuánto tiempo transcurrió, y no lo pregunté a Loiosh, pero creo que paseé durante más de una hora.

Pensad en eso un momento. Acabáis *de* conseguir un enemigo con recursos suficientes para haceros seguir a dondequiera que vayáis, y le habéis irritado lo bastante para que os mate. ¿Qué hacéis? Os vais por ahí durante una hora sin la menor protección, y os ponéis en evidencia de la manera más ostentosa.

Eso no es lo que yo llamo inteligencia.

Loiosh sólo tuvo tiempo de gritar «Jefe!». En cuanto a mí, fue como despertar y encontrarme rodeado de rostros hostiles. Unos cuantos. Vi, como mínimo, una vara de mago. Una voz surgió de mi interior. Se me antojó absurdamente tranquila, y dijo: «Eres hombre muerto, Vlad». No sé qué la desencadenó, pero me permitió pensar con lucidez. Fue como si sólo me quedara un instante para hacer algo, pero el instante se alargó una eternidad. Aparecieron y desaparecieron posibilidades. Era probable que Rompehechizos fuera capaz de romper el bloqueo antiteleportación que debían haber dispuesto a mi alrededor, pero no podría teleportarme antes de que me liquidaran. Tal vez me llevaría algunos por delante, lo cual es estupendo para un héroe dzur que quiere perdurar en el recuerdo, pero a mí me pareció una imbecilidad. Por otra parte, no se envía a un grupo de ocho o nueve si quieres matar a alguien; tal vez tenían otra idea. No se me ocurrió qué, sin embargo. Concentré toda mi autoridad en un mensaje psiónico:

*Lárgate, Loiosh.*

Noté que abandonaba mi hombro y me sentí ridículamente satisfecho. Algo cosquilleó mi nuca. Sentí el contacto del suelo contra mi mejilla.



Lo primero que oí, justo antes de abrir los ojos, fue:

—Observarás que todavía sigues vivo.

Entonces los abrí y descubrí que estaba mirando a Bajinok. Antes de tomar conciencia de algo más, comenté para mí la perfección de su frase. Creo que fue la oportunidad del momento lo que más me impresionó. O sea, justo cuando estaba recobrando la conciencia, antes de reparar en las cadenas que me sujetaban a la dura silla de hierro o de sentirme atrapado en una red de hechicería. Antes, en realidad, de darme cuenta de que iba desnudo. La silla estaba fría.

Le devolví la mirada, experimenté la necesidad de decir algo, pero no se me ocurrió nada. Él esperó. Educado por naturaleza, supongo. La habitación estaba bien iluminada y no era demasiado pequeña, unos doce pasos por los lados que pude ver (no me volví). Había cinco tipos con aspecto de protector detrás de Bajinok, y a juzgar por la forma en que me miraban y las diversas armas que empuñaban, me tomaban en serio. Me sentí halagado. En un rincón de la habitación estaban mis ropas y diversos artículos.

—Ya que habéis apilado mis ropas con tal pulcritud —observé—, ¿seréis tan amables de llevarlas a la lavandería? Os pagaré, por supuesto.

Bajinok sonrió y asintió. Nos estábamos comportando como dos auténticos profesionales. Qué bien. Le miré. Me di cuenta de que deseaba, casi con desesperación, romper las cadenas que sujetaban mis brazos y piernas, levantarme y matarle. Estrangularle. Mi cerebro se llenó de visiones en que los protectores me atizaban con sus espadas y los hechizos se desmoronaban, inofensivos, mientras le apretaba el gáznate hasta acabar con su vida. Me esforcé por alejar aquel deseo de mi expresión y de mis futuros actos. Deseé que Loiosh estuviera conmigo, al tiempo que me alegraba de lo contrario. Abrigo firmes convicciones sobre la ambivalencia.

Acercó una silla y se sentó ante mí. Cruzó las piernas y se reclinó en el respaldo. Habría podido decantarse por estar en aquella postura cuando yo recobrar la conciencia, pero supongo que le gustaban las exhibiciones dramáticas tanto como a mí.

—Estás vivo —dijo—, porque necesitamos algunas respuestas.

—Pregunta —contesté—. Me siento de lo más cooperativo.

Asintió.

—Si digo que te dejaremos vivir si nos das las respuestas, no me creerás. Además, no me gusta mentir. Por lo tanto, te diré, con absoluta sinceridad, que si no nos das las respuestas, desearás con todas tus fuerzas morir. ¿Me has entendido?

Asentí porque mi boca se había secado de repente. Sentí náuseas. Era consciente

de los conjuros de todas clases que había en la habitación, conjuros capaces de repeler cualquier hechicería que intentara, supuse. Todavía tenía mi vínculo con el Orbe, por supuesto (me comunicó que sólo había estado inconsciente unos diez minutos), pero dudé que me sirviera de algo. No obstante...

—¿Cuál es tu relación con ese grupo de orientales? —preguntó.

Parpadeé. ¿No lo sabía? Quizá pudiera utilizar su ignorancia. Si me iba con rodeos, quizá podría emplear la hechicería. Ya lo había hecho en otras situaciones delicadas.

—Bien —dije—, son orientales, y yo soy oriental, de modo que lo más natural...

Entonces chillé. No puedo recordar qué me dolió. Creo que todo. No recuerdo que me doliera ninguna parte en particular, pero comprendí que estaba en lo cierto: con aquello ya tenía bastante. Quise morir. Duró tan poco que terminó antes de que chillara, pero supe que no lo aguantaría más, fuera lo que fuera. Estaba bañado en sudor. Mi *cabeza* se desplomó y me oí gimotear como un cachorrillo.

Nadie dijo nada. Levanté la vista al cabo de mucho rato. Experimenté la sensación de que había envejecido doce años. No distinguí la menor expresión en el rostro de Bajinok.

—¿Cuál es tu relación con el grupo de orientales? —repitió.

—Mi mujer es una de ellos —contesté.

Asintió. Bien. Ya lo sabía. Iba a jugar conmigo. Formular preguntas cuya respuesta sabía, y otras que no. Maravilloso. Pero le iba a salir bien, porque yo sabía que no diría más mentiras.

—¿Por qué está con ellos?

—Pienso que cree en lo que hacen.

—¿Y tú?

Hice una pausa. Mi corazón latía aterrorizado, pero tenía que hacer la pregunta.

—Yo... no entiendo tu pregunta.

—¿Qué estás haciendo con esos orientales?

Experimenté un enorme alivio. Sí. Podía contestar.

—Cawti. No quiero que la maten. Como a Franz.

—¿Por qué crees que le pasará lo mismo?

—No estoy seguro. Aún no..., aún no sé por qué mataron a Franz.

—¿Tienes alguna teoría?

Hice otra pausa, para intentar comprender la pregunta, y supongo que esperé demasiado, porque repitieron el tratamiento. Esta vez más tiempo. Una eternidad. Tal vez dos segundos. Querida Verra, déjame morir, por favor.

Cuando paró, fui incapaz de hablar por un momento, pero supe que debía debía debía, porque de lo contrario lo repetirían repetirían repetirían.

—Lo intento. Yo... —Tuve que tragar saliva y me dio miedo, pero lo hice, y me

estremecí de alivio cuando no ocurrió. Traté de hablar de nuevo—. Agua —dije. Apoyaron un vaso en mi boca. Tragué un poco y derramé la mayor parte sobre mi pecho. Después me apresuré a hablar, para que no pensaran que estaba perdiendo el tiempo—. Estaban interfiriendo en vuestro..., en el negocio de Herth. Supongo que fue una advertencia.

—¿Ellos creen lo mismo?

—No lo sé. Kelly, su líder, es listo. Le conté lo que pensaba a uno de ellos.

—Si es una advertencia, ¿harán caso?

—No lo creo.

—¿Cuántos son?

—Sólo he visto a media docena, pero me han dicho que...

Estaba mirando a la puerta cuando se abrió de repente y varias cosas brillantes pasaron junto a Bajinok y junto a mi cabeza. Oí gruñidos a mi espalda. Alguien había sondeado la habitación y determinado la posición de todo el mundo. Buen trabajo. Kragar, probablemente.

Bajinok fue rápido. No perdió el tiempo conmigo o con los intrusos, sino que se acercó a uno de los hechiceros y empezaron la teleportación. Bastones, parado en el umbral, no le dedicó más de una mirada antes de entrar en la habitación. Otra cosa brillante destelló a mi lado y oí otro gruñido junto a mi hombro derecho. Después observé que Kragar también estaba en el umbral, y se dedicaba a lanzar cuchillos. Loioh entró volando en aquel momento, seguido de Bichobrillante. Los ojos de Bichobrillante refulgían como las lámparas de la Puerta del Dragón del Palacio Imperial. La idea «Me están rescatando» acudió a mi cabeza, pero no dediqué más que un pasajero interés a la posibilidad de que la maniobra se saldara con éxito.

No obstante, contemplar a Bastones era interesante. Lidiaba

con cuatro o cinco a la vez. Tenía un garrote en cada mano y una expresión de concentración en la cara. Los garrotes se veían como borrosos, pero sin llegar a ser invisibles. Era agilísimo. Golpeaba una cabeza con un garrote, luego pegaba en un costado, mientras el otro garrote se cruzaba sobre la primera cabeza, y así sucesivamente. Cuando intentaron derribarle, integró el ataque en sus movimientos, como si lo hubiera calculado de antemano. Empezó a moverse con mayor velocidad, y al cabo de poco las armas de sus atacantes cayeron de sus manos y empezaron a derrumbarse. Bastones, como si culminara una danza, los fulminó. Uno cada vez, los dos garrotes sobre la cabeza, aunque no al mismo tiempo. Ker-tump. Ker-tump. Ker-tump. Ker-tump. El primero cayó al suelo mientras apuntillaba al tercero. El segundo cayó al suelo mientras se cargaba al cuarto. Cuando el tercero se desplomó, Bastones retrocedió y paseó la vista a su alrededor, y mientras caía el cuarto, guardó los garrotes.

—Ya los tenemos a todos, Kragar —dijo Bichobrillante por encima de mi hombro.

—Estupendo.

La voz de Kragar sonó a mi derecha, y vi que estaba ocupado con las cadenas.

*¿Estás bien, jefe?*

Las cadenas cayeron de mis brazos, y noté que estaban manipulando las de mis piernas. Una dama ataviada de gris y negro entró en la habitación.

—Estaremos dispuestos dentro de un momento, señora —dijo Kragar.

Pensé, Mano Izquierda. Hechicera. Contratada para teleportarnos a casa.

*¿Jefe?*

Las cadenas cayeron de mis piernas.

—¿Puedes ponerte de pie, Vlad? —preguntó Kragar.

Decidí que sería fantástico desplomarme en la cama. Observé que Bichobrillante estaba recogiendo mis ropas.

*Di algo, jefe.*

Bastones me miró, y luego apartó la vista. Creo que le vi mascullar una obscenidad.

*¡Maldita sea, jefe! ¿Qué pasa?*

—Muy bien —dijo Kragar—. Bichobrillante, ayúdame a ponerle de pie. Juntémonos. —Noté que Loiosh me aferraba el hombro. Me pusieron en pie—. Adelante.

*Jefe! ¿Puedes...?*

Un retortijón en las tripas, una espantosa desorientación y mareo, y el mundo se puso a dar vueltas en el interior de mi cráneo.

*¿... contestar?*

Vomitó frente a mi casa. Me sostuvieron, y Bastones, que ahora cargaba con el fardo de mis pertenencias, se quedó a mi lado.

—Metedle dentro —ordenó Kragar. Intentaron ayudarme a caminar, pero tropecé y casi caí.

*¿Jefe?*

Lo intentaron de nuevo, con el mismo resultado.

—Así, nunca le subiremos por la escalera —dijo Kragar.

—Dejaré esto dentro de la casa y..., no, espera.

Bastones desapareció de vista un momento y le oí hablar con alguien en voz baja. Oí las palabras «borracho» y «burdel», y una voz como infantil que contestaba. Después volvió sin el fardo, cogió mis piernas y me metieron en casa.

Bastones soltó mis piernas en lo alto de la escalera y palmeó.

—Dejaré esto aquí —oí que decía un niño. Un roce—. No, así está bien —habló otra vez el niño, y oí unos pasos leves que bajaban.

Después de esperar a que alguien respondiera a las palmadas, Bastones abrió la puerta y me arrastraron al interior.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Bichobrillante.

Percibí un desagrado apenas disimulado en la voz de Kragar cuando contestó.

—Hemos de lavarle, me parece, y... ¡Cawti!

—Loiosh me dijo que viniera enseguida. ¿Qué...? ¿Vlad?

—Hay que lavarle y meterle en la cama, me parece.

—¿Te encuentras bien, Vlad?

Loiosh abandonó mi hombro. Debí de ir hacia Cawti, pero yo estaba mirando en dirección contraria, y no pude verle. Cawti guardó silencio un momento,

—Metedle en el baño —dijo—. Por aquí.

Tuve la impresión de que le costaba mantener serena la voz.

Al cabo de un rato, sentí agua caliente sobre mí, y las manos de Cawti eran suaves. Averigüé que me había cagado allí, aparte de vomitar sobre mi pecho y estómago. Kragar entró en el baño y, entre él y Cawti, me incorporaron y secaron. Después me metieron en la cama. Loiosh, en silencio, se acomodó a mi lado, con la cabeza apoyada sobre mi mejilla. Rocza hizo ruidos en el pilar izquierdo de la cama.

—Gracias, Kragar —oí decir a Cawti en la habitación contigua.

—Da las gracias a Loiosh —replicó Kragar. Después bajaron la voz y sólo oí murmullos durante un rato.

Más tarde, la puerta del piso se cerró y oí que Cawti entraba en el cuarto de baño, y el ruido de la cadena. Al cabo de un rato, volvió al dormitorio y colocó un paño húmedo sobre mi frente. Rodeó mi muñeca izquierda con Rompehechizos y me cubrió con sábanas. Me acurruqué en la cama y aguardé la muerte.

Fue divertido. Siempre me había preguntado cuáles serían mis últimos pensamientos, si me daba tiempo. Resultó que mis últimos pensamientos consistieron en pensar cuáles serían mis últimos pensamientos. Fue divertido. Reí por lo bajo, en algún lugar sepultado en mi interior, donde nada puede dolerme. Si Mera estaba en lo cierto respecto a la reencarnación, tal vez mi vida siguiente sería mejor. No. Sabía que Mera estaba en lo cierto. Mi siguiente vida no sería mejor que ésta. Bueno, no lo sé. Tal vez se aprende algo en cada vida. ¿Qué había aprendido en ésta? Que siempre son los buenos contra los malos, y nunca sabes quiénes son los buenos, así que te dedicas a matar a los malos. Todos somos malos. No. Loiosh no es malo. Cawti no es..., bueno, ¿qué más da? Debería...

... Me di cuenta con cierta sorpresa de que aún estaba vivo. Se me ocurrió que tal vez no iba a morir. Noté que mi corazón recuperaba el pulso. ¿Era posible? Comencé a captar cierta sensación de lo que sólo puede definirse como realidad, y supe que iba a vivir. Todavía no podía aceptarlo desde un punto de vista emocional, no lo creía de veras, pero de alguna manera lo sabía. Busqué la daga de mi manga derecha, pero había desaparecido. Entonces recordé que estaba desnudo. Levanté la cabeza y vi el montón de ropas y armas, en una esquina, del que sobresalía el espadín, y comprendí

que no podía cogerlo. Noté a Rompehechizos alrededor de mi muñeca izquierda. ¿Serviría? ¿Cómo? No podía estrangularme. Tal vez pudiera golpearme en la cabeza.

Liberé mi brazo izquierdo y contemplé la delgada cadena dorada. Cuando la encontré, Sethra Lavode sugirió que le diera un nombre. Cuando le pregunté por qué, se mostró evasiva. Ahora la miré con atención, ceñida a mi muñeca, pero jamás apretada. Dejé que mi brazo bajara por el costado de la cama, se desenrolló y cayó en mi mano. La levanté, adoptó una pose y colgó en el aire como un vendí aovillado. Mientras movía mi mano, el resto permaneció inmóvil, como si el otro extremo estuviera sujeto en el espacio, treinta centímetros por encima de mí.

*¿Qué eres?, pregunté. Me has salvado la vida más de una vez, pero no sé qué eres. ¿Eres un arma? ¿Puedes matarme?*

Se enrolló y desenrolló, como si reflexionara sobre el problema. Nunca se lo había visto hacer. El truco de colgar en el aire lo había realizado cuando la encontré, pero eso fue bajo la Montaña Dzur, donde lo extraño es lo normal. ¿O fue en los Senderos de los Muertos? No me acordaba de más. ¿Tenía la intención de llevarme allí otra vez? No se permite a los orientales acceder a los Senderos de los Muertos, pero ¿era yo un verdadero oriental? ¿Qué era un oriental, en realidad? ¿Eran diferentes de los dragaeranos? ¿A quién le importaba? Eso era fácil, importaba a los dragaeranos e importaba a los orientales. ¿A quién no le importaba? A Kelly. ¿Importaba a los Señores del Juicio?

Rompehechizos creó formas en el aire ante mí, se retorció y enrolló como una bailarina. Apenas me di cuenta de que Loiosh salía volando de la habitación. Seguía bailando para mí unos minutos después, cuando Cawti volvió con una taza de té humeante.

—Bebe esto, Vlad —dijo con voz temblorosa.

Rompehechizos bajó y subió. Me pregunté qué ocurriría si soltaba el extremo que sujetaba, pero no quise correr el riesgo de que se detuviera. Noté una taza apretada contra mi labio, y té caliente que se derramaba en mi boca y sobre mi pecho. Tragué por reflejo y noté un sabor raro. Se me ocurrió que tal vez Cawti me estuviera envenenando. Cuando volvió la taza, bebí con ansiedad, sin dejar de contemplar el baile de Rompehechizos.

Cuando la taza se vació, me tendí, a la espera de la inconsciencia. Una parte de mí se sorprendió levemente cuando llegó.

## 7

«1 par botas montar negras: quitar mancha rojiza.punta  
bota derecha...»

No recuerdo haberme despertado. Contemplé el techo durante mucho rato, sin llegar a verlo. La conciencia de ciertas sensaciones aumentó gradualmente: el hilo suave de sábanas finas, el perfume del cabello de Cawti junto a mi cara, su mano seca y cálida en la mía. Me toqué con la otra mano, me palpé la cara y el cuerpo, parpadeé. La cola de Loiosh estaba enrollada alrededor de mi cuello, ligera como una pluma y escamosa.

*¿Jefe?*

Vacilante.

*Sí, Loiosh. Estoy aquí.*

Apoyé la cabeza contra su mejilla. Olí la mañana de Adrilankha gracias a la brisa que penetraba por la ventana. Me humedecí los labios, cerré los ojos, los abrí. Los recuerdos regresaron, afilados como una aguja. Me encogí, y luego me puse a temblar. Al cabo de un momento me volví hacia Cawti. Estaba despierta y me miraba. Tenía los ojos enrojecidos.

—Algunos hacemos cualquier cosa por despertar compasión —dije. Mi voz se quebró. Cawti me apretó la mano.

Al cabo de unos instantes, rió en voz baja.

—Estoy buscando una forma de decir «¿Te encuentras bien?» que no suene como si tuvieran que llevarte a otro lugar.

Apreté su mano. Loiosh se agitó y voló alrededor de la habitación. Rocza se removió y siseó.

—Si te refieres a la posibilidad de que vaya a suicidarme, la respuesta es no —dije—. No has dormido, ¿verdad? —Hizo un gesto que tomé como una afirmación—. Tal vez te convendría. —Me miró con sus ojos enrojecidos—. Esto no sirve de nada, ¿sabes?

—Lo sé —contestó, y su voz se rompió—. ¿Quieres hablar de ello?

—¿De lo que..., de lo que pasó ayer? No, está demasiado reciente. ¿Qué me diste? Era un veneno, ¿verdad?

—¿En el té? Sí. Siolín, pero sólo una dosis pequeña, para que durmieras.

Asentí. Se acercó a mí y la abracé. Contemplé el techo un rato más. Estaba hecho de tablas, y Cawti lo había pintado de verde claro. «¿Verde?», había preguntado en su momento. «Representa la madurez y la fertilidad», me explicó. «Ajá», contesté, y nos dedicamos a otras cosas. Ahora sólo parecía verde, pero ella me estaba abrazando. Deducid lo que os dé la gana.

Me levanté y me ocupé de los asuntos matutinos. Cuando volví, Cawti estaba durmiendo. Salí con Loiosh, fui un rato al local de Kigg y bebí klava. Cuando salí de casa, miré con mucho cuidado a mi alrededor. Nunca me atacaban cuando estaba preparado; siempre sucede en el momento más inesperado. Es extraño, sólo por la cantidad de tiempo que espero ser atacado. Me pregunté cómo sería no tener que preocuparse de eso. Si aquellos orientales triunfaran y su sueño se convirtiera en realidad, podría suceder, pero a mí me daría igual. Era incapaz de recordar una época en que no vigilara mi entorno con la mayor atención posible. Incluso cuando era joven, había muchos chicos que detestaban a los orientales. No podía cambiar, pasara lo que pasara. Aun así...

*Creo que tienes demasiadas cosas en la cabeza, jefe.*

Asentí.

*Estoy de acuerdo, cantarada. Dime de qué debo pasar.*

*Eh.*

*Vale.*

*Acerca de esos orientales..., del grupo de Kelly...*

*¿Sí?*

*Si no tuvieras que preocuparte por la vida de Cawti, o por Herth, ¿qué sentirías hacia ellos?*

*¿Cómo voy a saberlo?*

*¿Qué sentirías si Cawti fuera del grupo?*

Una buena pregunta. La medité.

*Creo que no tengo muy buena opinión de un grupo tan aferrado a sus ideales que pasa de la gente.*

*Pero sobre Cawti...*

*Sí. No lo sé, Loiosh. No he tenido la oportunidad de averiguar qué hay en juego. ¿Cuánto tiempo tardará? ¿La voy a ver? ¿Va a darles dinero? ¿Cuánto? Ignoro demasiadas cosas. Tendría que habérmelo contado.*

Bebí más klava y pensé en otras cosas. Cuando salí del local, procedí con suma cautela.

Cuando entré en la oficina, no dediqué mucho tiempo a saludar a Kragar y Melestav. Fui directo al sótano. Junto al laboratorio hay una habitación grande y vacía, con muchas lámparas. Las encendí. Desenvainé el espadín, saludé a mi sombra y atacué.

Parada. ¿Qué me había pasado anoche?

Adelante, atrás. Era peor que decirme que era un dragaerano reencarnado. O diferente, al menos.

Adelante, estocada al flanco, atrás. Tal vez debería olvidar que había intentado suicidarme. Claro que tal vez podría intentarlo de nuevo, con éxito. Quizá habría sido mejor haberlo conseguido.

Adelante, estocada a la mejilla, estocada al cuello, atrás. Chorradas. Por otra parte, nadie podía negar que había querido suicidarme anoche; lo había intentado. Costaba creerlo.

Parada al flanco, parada a la cabeza, atrás, estocada a la pierna, estocada al pecho. Pero el dolor..., aquel increíble dolor. Todo había terminado. Tenía que acabar con Herth antes de que él acabara conmigo, independientemente de lo que Cawti sintiera por mí, y ni siquiera me pagaban por ello. Daba igual. Debía asegurarme de que Herth nunca volviera a hacerme aquello. Nunca.

Atrás, parar estocada, finta, parada, adelante, estocada al cuello. No soy el típico suicida. Hay muchos asesinos a quienes da igual vivir o morir, pero yo no soy uno de esos. O nunca lo había sido. Olvidadlo. Podría pasarme el resto de la vida intentando decidir el significado de mi acción. Había cosas que hacer, y todas esas masturbaciones mentales no conducían a nada. Tenía que matar a Herth, y punto.

Saludo. Ojalá no tuviera que hacerlo.

Ojalá hubiera instalado un baño allí abajo, por cierto.

—Kragar.

—¿Sí?

—Estoy harto de andar a tontas y a locas.

—Estupendo. Ya era hora.

—Cierra el pico. Quiero toda clase de detalles sobre Herth. O sea, todo. Quiero saber el color favorito de su amante, y la frecuencia con que se lava el pelo. Quiero saber cuánta pimienta le echa a la sopa. Quiero saber la frecuencia con que echa un...

—De acuerdo, jefe. Me pondré al trabajo.

*¿Podrás liquidarle antes de que le pase algo a Cawti?*

*No lo sé. No sé si a Cawti va a pasarle algo, pero no podemos arriesgarnos. Tendré que...*

Hice una pausa cuando se me ocurrió otra idea. La deseché y regresó. Tal vez podía ser útil.

*Si lo descubre, no le hará ninguna gracia, jefe.*

*¿Por los dedos de Verra, Loiosh! No le ha gustado nada de lo que he hecho desde que empezó este follón. ¿Y qué? ¿Se te ocurre alguna otra idea?*

*Creo que no.*

*Ni a mí tampoco. Tendría que haberlo hecho hace días. No me he parado a pensar.*

*¿Está Rocza con ella en este momento?*

Loiosh guardó silencio unos segundos.

*Sí.*

*Pues vamos.*

*¿Vas a procurarte protección?*

De repente, sentí náuseas cuando recordé el día anterior.

*Esta vez no voy a precipitarme como un ciego.*

*¿No?*

Me pareció una pregunta tan retórica que no contesté.

Me teleporté directamente a mi oficina, por si alguien me esperaba fuera. El distrito oriental se me antojaba cada vez más familiar, a medida que pasaba más tiempo en él. Abrigaba sentimientos encontrados al respecto.

*¿Está en movimiento?, pregunté.*

*Lo estaba, jefe. Paró hace un rato.*

*¿Estamos muy lejos?*

*Podría plantarme allí volando en cinco minutos.*

*Fantástico. ¿Estamos muy lejos?*

*A una media hora.*

Respiré hondo y me retorcí como el sentido del humor de Verra, y pasó una buena media hora, en efecto, antes de que nos encontráramos cerca de un extenso parque. Un parque lleno de gente. Había miles de personas, en su mayoría humanas. Me quedé boquiabierto. La última vez que había visto a tanta gente reunida fue en un campo de batalla. No me había gustado.

Respiré hondo y empecé a abrirme paso entre la muchedumbre. Loiosh se removió (*Por aquí. Bien, ahora otra vez a la derecha. Por allí*). Loiosh procuró que Rocza no captara su presencia en la zona. Supongo que se habría sentido desdichado, pero creo que prefirió tomarlo como un juego. Yo procuré que Cawti no se enterara de que me encontraba en la zona, y no me lo tomé como un juego.

La vi, de pie sobre una plataforma que parecía atraer la atención de todo el mundo. Estaba escudriñando la multitud, aunque la mayoría de la gente que la miraba no se enteraba. Al principio, pensé que me estaba mirando, pero luego comprendí y reí por lo bajo. Kelly se encontraba de pie en la parte delantera de la plataforma, y clamaba con voz tonante sobre el miedo de «ellos» a «nosotros», y Cawti hacía las veces de guardaespaldas. Fantástico. Avancé hacia la plataforma y sacudí la cabeza. Quería hacer las veces de guardaespaldas de Cawti, sin que me viera. Vigilaba que nadie trepara a la plataforma... En otras palabras, vigilaba que nadie hiciera lo que yo intentaba.

Cuando me di cuenta, paré en seco, a unos doce metros de distancia, y observé. No puedo decir de qué iba el discurso; no lo escuchaba. Kelly no convirtió a la

muchedumbre *en* una turba rugiente, pero la gente parecía interesada, y reía de vez en cuando. Me sentí perdido. Nunca había estado entre un grupo tan numeroso de gente, mientras intentaba decidir si un miembro del grupo iba a matar a otro. Supongo que hay formas y formas de hacerlo, pero las desconozco. De vez en cuando, echaba un vistazo a la plataforma, pero no pasaba nada. Capté algunas frases del discurso de Kelly, cosas como «necesidad histórica» y «no vamos a mecerles en nuestras rodillas». Aparte de Kelly, también estaba Gregory, Natalia, varios orientales y algunos tecklas que no reconocí. Daban la impresión de estar interesados en las palabras de Kelly.

Por fin, la muchedumbre se dispersó con gran regocijo. Intenté quedarme lo más cerca de Cawti sin que me vieran. Estaba bastante lejos. Se formaron grupos alrededor de todos los presentes en la plataforma, excepto Cawti. Gravitaba alrededor de Kelly. A medida que los espectadores se iban dispersando, vigilé que alguien no se quedara rezagado como yo, pero no ocurrió.

Al cabo de media hora, Kelly, Gregory y Natalia abandonaron la zona. Reinaba una tranquilidad absoluta. Les seguí. Volvieron a casa de Kelly y desaparecieron en el interior. Esperé. Hacía buen tiempo, cosa que agradecí. Detesto acechar con frío o lluvia.

El problema era que tenía demasiado tiempo para pensar, y tenía demasiadas cosas en qué pensar.

Había intentado suicidarme. ¿Por qué? Era la primera vez que me torturaban, desde luego, pero ya me habían arrancado información en ocasiones anteriores. ¿Tan diferente era? Pensé en el dolor y me oí chillar y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

En las ocasiones anteriores, cuando me habían obligado a confesar información, no había perdido el control. Había sido capaz de jugar con ellos, de revelar minucias y callar lo importante. Esta vez había cantado a modo. De acuerdo, pero la explicación no bastaba. No soy el típico suicida. ¿No lo soy? ¿Qué me pasa, Verra?

*Loiosh, sigue vigilando la casa, dije al cabo de un rato. Voy a ver a noish-pa.*

*No, jefe. Sin mí, no.*

*¿Qué? ¿Por qué no?*

*Herth continúa buscándote.*

*Oh. Sí.*

Cawti salió de la casa al cabo de unas horas. Estaba anocheciendo. Se encaminó a casa. La seguí. Rocza, que iba posada sobre su hombro, miró en derredor suyo algunas veces, nerviosa, y Loiosh sugirió que nos retrasáramos un poco, cosa que hicimos. Fue muy excitante. Estuve dando vueltas durante una hora, más o menos, y al final volví a casa. Cawti y yo no nos dijimos gran cosa, pero la sorprendí mirándome algunas veces con expresión preocupada.

El día siguiente fue bastante parecido. Se fue de casa y yo la seguí mientras iba vendiendo periódicos (uno nuevo, por lo que vi; el titular decía algo sobre los caseros) y hablando con desconocidos. Examiné con detenimiento a los desconocidos, sobre todo cuando eran dragaeranos. Me puse en contacto con Kragar para saber cómo le iba, y me dijo que estaba en ello. Luego, le dejé en paz. Sólo le había molestado por culpa de una creciente sensación de frustración.

¿Frustración? Claro. Seguía a Cawti desesperadamente, con la intención de proteger su vida, a sabiendas de que era inútil. No estaba seguro de que fueran a matar a un oriental, y no existían motivos para pensar que fuera Cawti, y tampoco podía hacer gran cosa, para ser sincero. Los asesinos actúan por sorpresa, pero si los asesinos pueden sorprender a su víctima, también es posible que puedan sorprender a un guardaespaldas situado a unos seis o nueve metros de distancia. Intentar proteger a Cawti casi era un ejercicio inútil. Claro que tampoco podía hacer otra cosa, excepto pensar, y ya me había cansado de pensar.

*Jefe.*

Miré en la dirección que había llamado la atención de Loiosh. Era la esquina de un edificio grande de color pardo, el típico que alberga apartamentos para varias familias.

*¿Qué pasa?*

*He visto a alguien ahí, alto como un dragaerano.*

Vigilé un rato, pero no capté más movimientos. Cawti se había parado junto a un carro de verduras, acompañada de Sheryl, e intercambiaba comentarios con el vendedor de vez en cuando. Durante media hora, me dediqué a vigilar a Cawti y observar la esquina, alternativamente, hasta que me cansé y volví a vigilar a mi mujer, mientras Loiosh se ocupaba de la esquina. Por fin, Cawti y Sheryl se marcharon y me acerqué al edificio que yo consideraba su cuartel general, aunque Cawti lo llamaba la casa de Kelly. Intenté averiguar si las seguían, pero no lo pude verificar.

Cawti entró, seguida de Sheryl. Encontré un lugar desde el que podía vigilar la puerta sin que me vieran. Empezaba a conocer la puerta mejor de lo que deseaba. Al menos, me alegraba de que Cawti fuera incapaz de teleportarse.

Anocheía, cuando un dragaerano ataviado con los colores jheregs entró por la puerta con chulería. Verifiqué mis armas y le seguí a toda prisa, pero volvió a salir antes de que yo hubiera recorrido la mitad de la calle. Di media vuelta, con aire indiferente, y no se fijó en mí. Cuando volví a mirar, vi que se alejaba a buen paso. Pensé en seguirle, pero lo máximo que conseguiría sería confirmar que Herth le había enviado. ¿Y qué?

Debía ser un mensajero, decidí. O tal vez un hechicero que había matado a todos los presentes en la casa. O... En aquel momento, Cawti, Paresh y Natalia salieron como si tuvieran prisa. Les seguí. Se dirigieron hacia el noreste, o sea, el centro de la ciudad (el distrito de los orientales es Adrilankha Sur, la parte oeste del centro de

Adrilankha. Sacad vuestras propias conclusiones, si os apetece).

Antes de cruzar la frontera invisible del terreno dragaerano (una calle llamada de los Carpintería), se desviaron y siguieron un par de calles transversales. Por fin, se detuvieron y congregaron alrededor de algo tirado en el suelo. Cawti se arrodilló, mientras los demás se mantenían en pie. Paresh empezó a mirar en torno suyo. Avancé hacia ellos y Paresh me vio. Se enderezó a toda prisa y alzó la mano, como si fuera a lanzar alguna hechicería, y Rompehechizos cayó en mi mano. No hizo nada, empero, y me acerqué lo bastante para que me reconocieran a la pálida luz rojo anaranjada, así como para ver a Cawti arrodillada junto a un cadáver. Levantó la vista.

Paresh estaba tenso, y los músculos de su cuello se destacaban. Natalia sólo parecía levemente interesada, y algo fatalista. Cawti me miró sin pestañear.

—¿Qué tienes que ver con esto? —preguntó Paresh.

—Nada —contesté, con la expresión de no permitirle ninguna pregunta más por el estilo. Asintió en lugar de insistir, lo cual me decepcionó a medias.

—¿Qué haces aquí, Vlad? —preguntó Cawti.

En lugar de contestar, me acerqué al cadáver. Miré, aparté la vista, volví a mirar, más rato. En otro tiempo, había sido Sheryl. La habían golpeado hasta matarla. No era posible revivificarla. Habían roto cada pierna por la rodilla, por encima y por abajo. Habían roto cada brazo por el codo. Las contusiones a cada lado de la cara, lo que quedaba de ella, eran iguales. Le habían hundido el cráneo. Etcétera. Como profesional, calculé que el proceso había durado varias horas. Y si no eres capaz de hacer

cálculos profesionales, ¿de qué te sirve ser un profesional? Aparté la vista de nuevo.

—¿Qué haces aquí, Vlad? —repitió Cawti.

—Te estaba siguiendo.

Me miró y asintió.

—¿Has visto algo? —preguntó como para sí.

—Loiosh puede que viera a alguien mientras estabais en el mercado, pero después entraste en casa de Kelly y me limité a vigilar la puerta.

—¿No se te ocurrió avisar a nadie?

Parpadeé. ¿Avisar a alguien? ¿A uno de ellos? Bien, supongo que era lógico.

—No se me ocurrió.

Me miró, y luego desvió la vista. Paresh casi me estaba traspasando con la mirada. Natalia me daba la espalda, pero cuando la miré con atención, vi que estaba temblando de rabia. Las manos de Cawti se habían convertido en puños, las cerraba y abría rítmicamente. Yo también empezaba a sentirme rabioso. No deseaban mi presencia; no me habían pedido que vigilara a Sheryl, desde luego. Ahora estaban a punto de estallar porque no lo había hecho. Era suficiente para...

*No están enfadados contigo, jefe.*

*¿Eh?*

*Están furiosos con Herth, y tal vez con ellos mismos por haberlo permitido.*

*¿Cómo habrían podido evitarlo?*

*A mí que me registren.*

Me volví hacia Paresh, que estaba más cerca.

—¿Cómo habríais podido evitarlo?

Se limitó a sacudir la cabeza. Sin embargo, Natalia contestó con voz tensa, como si apenas pudiera hablar.

—Podríamos haber fortalecido el movimiento antes, y no se hubieran atrevido. A estas alturas, nos tendrían miedo.

No era el momento de explicar mi opinión sobre el asunto. Ayudé a transportar el cadáver de Sheryl a casa de Kelly. Nos dedicaron muy pocas miradas mientras avanzábamos por las calles oscuras. Supongo que eso dice algo. Los tres se comportaban como si yo tuviera que sentirme honrado por poder colaborar. No hice ningún comentario. Dejamos el cadáver en el vestíbulo, mientras ellos entraban y yo me iba sin decir nada.

Mientras me dirigía a casa de noish-pa, me asaltó el temor irracional de que le encontrara asesinado. Os ahorraré la intriga y diré que estaba bien, pero es interesante que me sintiera de aquella manera.

—¿Quién es? —preguntó cuando sonaron las campanillas.

—Vlad —contesté.

Nos abrazamos y me senté al lado de Ambrus. Noish-pa se atareó en preparar té y hablar acerca del nuevo comerciante de especias que había descubierto, el cual todavía mezclaba absenta con agua mentolada durante una quincena, como es debido (una quincena, por si os interesa, son tres semanas menos un día. Si pensáis que es un período de tiempo peculiar, no os culparé).

Cuando el té estuvo preparado y paladeado, y después de presentar mis saludos respetuosos a Ambrus, mientras noish-pa hacía lo propio con Loioosh, dijo:

—¿Qué te preocupa, Vladimir?

—Todo, noish-pa.

Me miró con atención.

—No duermes bien.

—No.

—Es una mala señal en nuestra familia.

—Sí.

—¿Qué ha pasado?

—¿Te acuerdas de aquel tipo, Franz, al que asesinaron?

Asintió.

—Bien —dije—, han matado a una chica. Estaba presente cuando encontraron su cadáver, hace un rato.

Meneó la cabeza.

—¿Cawti sigue con esa gente?

Asentí.

—Es algo más que eso, noish-pa. Son como niños que han encontrado una daga Morganti. No saben lo que hacen. Perseveran en su intento como si pudieran oponerse a todos los jheregs, por no hablar del propio Imperio. No me importaría si Cawti se mantuviera al margen, pero no puedo protegerla eternamente. Estaba frente a su lugar de encuentro, cuando apareció el mensajero para comunicarles dónde podían encontrar el cadáver, supongo. Igual habría podido ser un hechicero y destruido toda la casa, con todos los que estaban dentro. Conozco al tipo que maneja los hilos; no le habría costado nada hacerlo. Parece que no lo entienden, y soy incapaz de convencerles.

Después de mi resumen, noish-pa se removió en su silla, con aspecto pensativo.

—¿Dices que conoces a ese hombre, el que mueve los hilos?

—Poco, pero le conozco.

—Si es capaz de hacerlo, ¿por qué se retiene?

—El esfuerzo no vale la pena, todavía. Cuesta dinero, y no quiere gastar más del que tiene.

Asintió.

—Me han dicho que ayer celebraron un mitin.

—¿Qué? Ah, sí. En un parque, cerca de aquí.

—Sí. Hubo una manifestación. Pasó por aquí. Había mucha gente.

—Sí. —Pensé en lo que había visto en el parque—. Varios miles, como mínimo. ¿Y qué? ¿Qué pueden conseguir?

—Tal vez deberías hablar otra vez con ese tal Kelly, tratar de convencerle.

—Tal vez.

—Nunca te había visto tan desdichado, Vladimir —dijo, al cabo de unos instantes.

—Supongo que, de una forma u otra, es mi trabajo. Nos atenemos a unas reglas, ¿sabes? Si nos dejas en paz, te dejamos en paz. Si resulta perjudicado alguien que no pertenece a la organización, significa que metió las narices donde no debía. No es culpa nuestra, así de sencillo. Eso es lo que ha pasado con la gente de Kelly: se ha metido donde no debía. Pero eso no es cierto. Es que... No lo sé. Condenados sean a las mazmorras de Verra, en cualquier caso. A veces, tengo ganas de terminar el trabajo de Herth en su lugar, y a veces me gustaría..., no sé qué. Ni siquiera tengo auténticas ganas de cargarme a Herth. Estoy demasiado metido en esto. Tendría que contratar a alguien para que hiciera el trabajo por mí, pero no puedo. ¿No lo entiendes? He de...

Parpadeé. Estaba divagando. Hacía rato que había perdido a noish-pa. Me pregunté qué pensaría de todo aquello.

Me miró con expresión sombría. Loiosh se posó sobre mi hombro y lo apretó. Bebí más té.

—¿Y Cawti? —preguntó noish-pa.

—No lo sé. Tal vez piensa lo mismo, y por eso se encontró con esa gente. Me mató, ya lo sabes.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Nos conocimos gracias a eso. La contrataron para asesinarme, y lo hizo. Yo nunca he matado a un or..., a un humano. Ella sí. Y ahora actúa como si... Da igual.

Me examinó, y supongo que recordó nuestra última conversación, a juzgar por su siguiente pregunta.

—¿Desde cuándo haces esto, Vladimir? Matar gente, me refiero.

Parecía verdaderamente interesado en la respuesta.

—Años —contesté.

Asintió.

—Quizá haya llegado el momento de que reflexiones al respecto.

—Supón que me alistara en la Guardia del Fénix, si me aceptaran. De una forma u otra, es matar a gente por dinero. O que me alistara en el ejército privado de algún Señor Dragón. ¿Cuál es la diferencia?

—Quizá no existe ninguna. No puedo contestarte, Vlad. Sólo digo que quizá haya llegado el momento de que reflexiones al respecto.

—Sí. Ya lo estoy reflexionando.

Sirvió más té, bebí y, al cabo de un rato, volví a casa.



«... quitar polvo y hollín de ambas...»

Recuerdo el Muro de la Tumba de Baritt.

En realidad, no era una tumba; no había ningún cadáver en su interior. Los seriolis son aficionados a las tumbas. Las construyen bajo tierra o en mitad de las montañas, y meten dentro a los muertos. A mí se me antoja siniestro. A veces, los dragaeranos construyen monumentos a los peces gordos muertos, como Baritt, y cuando construyen uno lo llaman tumba, porque se parece a lo que utilizan los seriolis, y porque los dragaeranos no son muy despiertos.

La Tumba de Baritt era enorme en todos los sentidos, una monstruosidad de pizarra gris, con dibujos y símbolos tallados en ella. Estaba emplazada hacia el este, en lo alto de los montes Orientales, cerca de un lugar donde los dragaeranos compran a los orientales pimienta roja oriental y otras cosas. En una ocasión, fui a caer en mitad de una batalla que tuvo lugar allí. Nunca olvidaré la impresión. Un ejército estaba compuesto de orientales que murieron, y el otro estaba compuesto de tecklas que murieron. En el bando de los dragaeranos había un par de Señores Dragón que no corrieron peligro en ningún momento. Es un recuerdo imborrable. Nadie iba a hacer daño a Morrolan o Alieria, y éstos repartían mandobles a diestro y siniestro como deidades míticas. También recuerdo que contemplé todo esto y estuve a punto de devorarme el labio, de pura impotencia.

La empresa no fue en vano. O sea, Morrolan consiguió una buena pelea, Sethra la Menor consiguió la espada de Kieron, en tanto Alieria consiguió otra más grande que ella, y yo conseguí aprender que nunca puedes irte a tu casa. En la batalla no pude hacer nada, a menos que quisiera ser uno de los tecklas o uno de los orientales que caían como moscas desde monte Zerika, así que me limité a mirar.

Eso fue lo que acudió a mi mente en aquel momento. De hecho, siempre que me siento impotente, ese recuerdo vuelve a torturarme. Cada grito de cada oriental herido, incluso de cada teckla, resuena en mi interior. Sé que los dragones consideran el asesinato menos «honorable» que masacrar orientales, pero nunca he comprendido el motivo. Sin embargo, aquella batalla me enseñó qué es la inutilidad. Tantas muertes para un resultado tan ínfimo.

Por supuesto, al final hice... algo, pero ésa es otra historia. Lo que recuerdo es la impotencia.

Cawti no me hablaba.

No es que se negara a decir algo, es que no tenía nada que decir. Paseé por la casa descalzo toda la mañana, aporreé sin demasiadas ganas a los jheregs con quienes me crucé y miré por varias ventanas, con la esperanza de que alguna mostrara algo interesante. Lancé un par de cuchillos a nuestro blanco del vestíbulo y fallé. Por fin, cogí a Loiosh y me fui a la oficina, con la máxima cautela durante todo el trayecto.

Kragar me estaba esperando. Parecía disgustado. Perfecto. ¿Por qué iba a ser diferente?

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Herth.

—¿Qué le pasa?

—No tiene amante, no come sopa, no da...

—¿Qué quieres decir? ¿No has descubierto nada sobre él?

—No, y le he investigado a fondo. La buena noticia consiste en que no es un hechicero, pero aparte de eso, es como tú. No tiene un horario regular, ni oficina tampoco. Dirige el negocio desde su casa. Nunca visita la misma posada dos veces seguidas, y sus movimientos son impredecibles.

Suspiré.

—Me lo suponía. Bien, persevera. Al final, aparecerá algo. Nadie vive al azar por completo.

Asintió y salió.

Apoyé los pies en el escritorio, los bajé. Me levanté y paseé. Pensé de nuevo que Herth planeaba liquidarme. Tenía que haber alguien allí fuera, ahora mismo, que intentaba espiar mis movimientos para cazarme. Miré por la ventana de la oficina, pero no vi a nadie en la acera de enfrente con un cuchillo en la mano. Volví a sentarme. Aunque lograra cargarme antes a Herth, quien hubiera recibido el dinero aún estaba comprometido a matarme. Me estremecí.

Al menos, había algo positivo: podía relajarme unos días con respecto a Cawti. Herth les había dado otra sutil advertencia. No haría nada más hasta comprobar el efecto causado. Esto significaba que podía dedicar mis esfuerzos a conservar mi vida. ¿Cómo? Bien, podía ganar tiempo matando a quien me siguiera, lo cual obligaría a Herth a buscar otro asesino.

*Buena idea, Vlad. Ahora, ¿cómo vas a hacerlo?*

Pensé en un modo. A Loiosh no le gustó. Le pregunté si se le ocurría alguna otra sugerencia, y no era el caso. Decidí hacerlo cuanto antes, antes de darme cuenta de lo estúpida que era la idea. Me levanté y salí de la oficina sin dirigir la palabra a nadie.

\* \* \*

Loiosh intentó localizarle mientras yo paseaba por el barrio para controlar mis negocios, pero no lo logró. O no me seguían, o el tipo era hábil. Dedicué la mitad de la mañana y parte de la tarde a esto. Mi esfuerzo no iba dirigido tanto a localizar al asesino como a comprobar si me sentía seguro. Tratar de aparentar calma en tales circunstancias no es fácil.

Por fin, ya avanzada la tarde, me dirigí al distrito de los orientales. Me aposté cerca del cuartel general de Kelly, a la misma hora que los dos días anteriores, y esperé. Mi interés por la gente que entraba y salía era muy relativo, pero advertí que había una gran actividad. Cawti apareció con mi amigo Gregory, cargados con grandes cajas. Orientales y tecklas que no reconocí entraron y salieron de la casa durante todo el día. Como ya he dicho, no me fijaba demasiado. Esperaba a que el asesino tomara la iniciativa.

Debéis saber que no era el lugar adecuado para liquidarme. Yo estaba casi escondido por la esquina de un edificio y podía ver casi todo lo que me rodeaba. Loiosh vigilaba por encima de mi cabeza. No obstante, era el único lugar al que había acudido a la misma hora durante los últimos días. Si insistía, el tipo se daría cuenta de que aquella era su gran oportunidad. La cogería al vuelo, y quizá pudiera matarle, lo cual me proporcionaría un respiro mientras Herth buscaba a otro.

Lo peor era que no tenía ni idea de cuándo actuaría. Estar alerta ante un ataque durante varias horas no es sencillo, sobre todo cuando quieres machacar a alguien por puro placer.

Orientales y tecklas seguían yendo y viniendo de la casa de Kelly. A medida que avanzaba la tarde, iban saliendo cargados con montones de papel. Uno de ellos, un teckla al que no reconocí, salió con un bote, brochas y hojas de papel, que empezó a pegar en las paredes de los edificios. Los transeúntes se paraban a leerlos, y luego seguían su camino.

Pasé varias horas allí, pero el presunto asesino no hizo acto de presencia. No debía tener prisa. También era posible que se le hubiera ocurrido un lugar mejor donde apiolarme. Volví a casa con especial cautela. Llegué sin el menor incidente. Cawti aún no había llegado cuando me fui a dormir.

\* \* \*

Al día siguiente me levanté sin despertarla. Limpié un poco la casa, preparé klava, me senté a beber y practiqué esgrima con mi sombra. Loiosh estaba sumido en una

profunda conversación con Rocza, hasta que Cawti se levantó un poco más tarde y se la llevó. Cawti se marchó sin decir palabra. Me quedé en casa hasta bien avanzada la tarde, cuando volví al mismo lugar.

El día anterior me había fijado en que la gente de Kelly parecía muy ocupada. Hoy, la casa estaba desierta. No se desarrollaba la menor actividad. Al cabo de un rato, abandoné con cautela mi escondite y miré uno de los carteles que habían pegado el día anterior. Anunciaba una asamblea, que se celebraría hoy, y decía algo sobre terminar con la opresión y el crimen.

Pensé en sumarme a la asamblea, pero decidí que no tenía ganas de encontrarme con alguno de ellos otra vez. Volví a mi escondite y esperé. Más o menos en aquel momento empezaron a aparecer. Primero Kelly, junto con Paresh. Después, varios que no reconocí, luego Cawti, después más que no reconocí. La mayoría eran orientales, pero había algunos tecklas.

No paraban de venir. Había un tráfico constante en aquella casa diminuta, y más gente se estaba congregando en el exterior. Me picó tanto la curiosidad que un par de veces me sorprendí prestando más atención a la gente que al probable asesino, que debía estar vigilándome. Éste sería el..., ¿cuál?, el cuarto día que me apostaba aquí. De haber sido impulsivo el asesino, me hubiera atacado el tercero. Si era excepcionalmente cauto, esperaría otro par de días, o a sorprenderme en un lugar más de su gusto. ¿Qué habría hecho yo? Interesante pregunta. Habría esperado a un sitio mejor, o habría actuado hoy. Casi sonreí, de pensar así. Hoy es el día que me habría suicidado si me hubieran pagado por hacerlo.

Sacudí la cabeza. Mi mente divagaba de nuevo. Loiosh abandonó mi hombro, revoloteó un poco y volvió a su sitio.

*O no está aquí, o se ha escondido bien, jefe.*

*Sí. ¿Qué opinas de tantas idas y venidas?*

*No sé. Se remueven como un nido de avispas.*

La actividad no disminuyó. A medida que avanzaba la tarde, más y más orientales, además de algunos tecklas, entraban un rato en el piso de Kelly y salían, a menudo cargados con montones de papel. Reparé en un grupo de seis que salían con cintas negras en la cabeza que antes no llevaban. Poco después entró otro grupo, y también salió con cintas negras. Cawti, como los otros que yo conocía, se asomaba cada hora o así. Una vez que salió también llevaba la cinta negra en la cabeza. La vi sobre su frente porque conjuntaba a la perfección con su pelo, pero pensé que le sentaba muy bien.

Ya anochecía cuando observé que uno de los grupos llevaba bastones. Miré con más atención y vi que uno tenía un cuchillo. Me humedecí los labios, recordé que debía vigilar la posible aparición de mi perseguidor, y seguí alerta.

Aún no sabía qué estaba pasando, pero no me sorprendió, pasada otra hora o así, ver más y más grupos de orientales armados con bastones, cuchillos, destrales, e

incluso alguna espada o lanza.

Por lo visto, algo estaba pasando.

Experimentaba sentimientos encontrados. Por raro que parezca, me sentía complacido. No tenía ni idea de que aquella gente tuviera tanto poder de convocatoria. Habría un centenar de orientales armados en la calle. Me proporcionó una especie de orgullo indirecto. Por otra parte, también sabía que, si esto continuaba, atraerían el tipo de atención que podía traerles malas consecuencias a todos. Me sudaban las palmas, y no era sólo de preocupación por el asesino, que no debía andar lejos.

De hecho, me di cuenta de que casi podía relajarme a ese respecto. Si era del tipo atrevido, ahora sería el momento perfecto para atacarme. Pero si lo era, ya habría actuado ayer o anteayer. Intuía que era más de mi tipo. Yo no me habría acercado a un barullo como aquél. Me gusta ceñirme a un plan, y era improbable que cien orientales armados y encolerizados entraran en los planes del tipo.

La calle continuaba llenándose de gente. De hecho, estaba abarrotada. Orientales armados pasaban ante mis propias narices. Hice lo que pude por pasar desapercibido, con un pie en la calle y otro fuera. No tenía ni puta idea de qué estaban haciendo, aparte de deambular por allí, pero daba la impresión de que todos lo consideraban importante. Pensé en largarme, pues estaba seguro de que el presunto asesino había volado mucho rato antes.

Entonces la puerta de Kelly se abrió y éste apareció, flanqueado por Paresh y Cawti, precedido por un par de orientales desconocidos para mí. No sé qué tiene ese tío, pero se hizo un silencio increíble. De pronto, toda la calle enmudeció. Un silencio casi sobrenatural. Todo el mundo se congregó alrededor de Kelly y esperó. Para hacer tan poco mido, todos debían estar conteniendo la respiración.

No subió a ninguna plataforma o similar, y era muy bajito, de modo que yo no le podía ver. Poco a poco, fui consciente de que estaba hablando, como si hubiera empezado en un susurro y fuera subiendo la voz cada vez más. Como no podía oírle, intenté juzgar la reacción que obtenía. Era difícil calibrarlo, pero daba la impresión de que todo el mundo le escuchaba.

Cuando alzó la voz, capté algunas frases, y cuando se puso a gritar, fragmentos más largos de su discurso.

—Nos piden que paguemos sus excesos —afirmó—, y nosotros decimos que no. Han perdido todos los derechos que alguna vez tuvieron a regir nuestros destinos. Ahora nosotros tenemos el derecho, y la obligación, de gobernarnos.

De pronto, bajó la voz de nuevo, pero al cabo de poco volvió a elevarla.

—Vosotros, los aquí reunidos, sois la vanguardia, y esta batalla sólo es la primera.

Y más tarde:

—No estamos ciegos a su poder, como ellos lo están al nuestro, pero tampoco

estamos ciegos a sus puntos débiles.

Hubo más de lo mismo, pero yo estaba demasiado lejos para hacerme una idea precisa de lo que sucedía. De todos modos, agitaban armas en el aire, y vi que la calle estaba todavía más llena que cuando Kelly había empezado a perorar. Los de atrás no oían más que yo, pero empujaban hacia adelante, ansiosos. Reinaba una atmósfera casi de carnaval, sobre todo en la retaguardia de la muchedumbre. Alzaban sus bastones, cuchillos o hachas, los agitaban, chillaban. Se palmeaban los hombros, se abrazaban, y vi a un oriental que casi le cortó el cuello a un teckla cuando intentaba abrazarle.

No tenían la menor comprensión ni respeto hacia sus armas. Decidí que estaba acojonado y que lo mejor era irse. Salí de mi esquina y me encaminé a casa. Lo conseguí sin problemas.

\* \* \*

Cuando Cawti llegó, cerca de la medianoche, sus ojos brillaban. Más que sus ojos, de hecho. Era como si tuviera una luz dentro de la cabeza, y algo del resplandor surgiera por los poros de su piel. Tenía una sonrisa en la cara, y sus menores movimientos, como quitarse la chaqueta y sacar una copa de vino de la vitrina, poseían un entusiasmo y vitalidad indiscutibles. Aún llevaba la cinta negra.

En otra época, me había mirado de esa forma.

Se sirvió una copa de vino, entró en la sala de estar y se sentó.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Por fin vamos a hacer algo —respondió—. Nos hemos puesto en movimiento. Es lo más excitante que puedo recordar.

Disimulé mi reacción lo mejor que pude.

—¿Y qué es eso?

Sonrió, y sus ojos parecieron bailar a la luz de las velas.

—Vamos a cerrar.

—¿Cerrar qué?

—Todo el barrio oriental: todo Adrilankha Sur.

Parpadeé.

—¿Qué quieres decir con cerrar?

—Ningún tráfico entrará o saldrá de Adrilankha Sur. Todos los comerciantes y campesinos que vienen del oeste tendrán que dar un rodeo. Se han colocado barricadas en Carpintería y Dosviñas.

Tardé un momento en asimilarlo. Por fin, «¿De qué servirá?» ganó la partida a «¿Cómo lo vais a hacer?».

—¿Quieres decir a corto plazo, o qué intentamos conseguir?

—Las dos cosas. —Pensé en cómo plantear la pregunta—. ¿No intentáis atraer a los campesinos a vuestro lado? A mí me parece que se pondrán furiosos si les obligáis a rodear Adrilankha Sur.

—En primer lugar, la mayoría no querrán dar la vuelta, sino que venderán a los orientales o darán media vuelta.

—¿Y así los pondréis de vuestro lado?

—Nacieron de nuestro lado. —Eso me dio algún problema, pero dejé que continuara—. No es que intentemos reclutarlos, convencerles de que se unan a algo, o demostrarles lo fantásticos que somos. Estamos en guerra.

—¿Y no os importan las bajas civiles?

—Oh, para ya. Claro que sí.

—Entonces ¿por qué sacáis la comida de la boca a esos campesinos que sólo intentan...?

—Tergiversas las cosas. Escucha, Vlad, es hora de que devolvamos los golpes. Es preciso. No vamos a permitir que piensen que pueden oprimirnos con toda impunidad, y nuestra única defensa es unir a las masas para que se defiendan. Y sí, alguien resultará herido, pero los grandes comerciantes, los oreas, los tsalmoths y los jhegaalas, se quedarán sin carne para sus mataderos. A ellos les dolerá más. Y la nobleza, acostumbrada a comer carne una o dos veces al día, se sentirá muy desdichada al cabo de poco tiempo.

—Si tan mal se siente, pedirá al Imperio que intervenga.

—Que lo pida. Que el Imperio lo intente. Todo el barrio es nuestro, y esto sólo es el principio. No hay suficientes dragones en la Guardia para reabrirlo.

—¿Por qué no pueden teleportarse detrás de vuestras barricadas?

—Sí que pueden. Que lo hagan. Ya verás lo que pasará.

—¿Qué pasará? Los Guardias del Fénix son guerreros bien entrenados, y sólo uno es capaz de...

—No puede hacer nada si le superan en una proporción de diez, veinte o treinta contra uno. Ya controlamos todo Adrilankha Sur, y eso sólo es el principio. Estamos encontrando apoyos en el resto de la ciudad y entre los estados más grandes que la circundan. De hecho, voy a empezar con eso mañana mismo. Voy a visitar algunos de esos mataderos y...

—Entiendo. Bien, ¿por qué?

—Nuestras exigencias a la emperatriz...

—¿Exigencias? ¿A la emperatriz? ¿Lo dices en serio?

—Sí.

—Er... De acuerdo. ¿Cuáles son?

—Hemos solicitado una investigación completa de los asesinatos de Sheryl y

Franz.

La miré fijamente. Tragué saliva, seguí mirándola.

—No puedes hablar en serio —dije por fin.

—Pues claro que sí.

—¿Habéis acudido al Imperio?

—Sí.

—¿Me estás diciendo que, no sólo habéis acudido al Imperio por el asesinato de unos jheregs, sino que habéis exigido que sean investigados?

—Exacto.

—¿Eso es una locura! Cawti, entiendo que a Kelly o a Gregory se les ocurra una idea semejante, pero tú ya sabes cómo nosotros funcionamos.

—¿Nosotros?

—Corta el rollo. Estuviste años en la organización. Sabes lo que pasa cuando alguien acude al Imperio. Herth os matará a todos.

—¿A todos? ¿A cada uno de los miles de orientales, y dragaeranos, de Adrilankha Sur?

Meneé la cabeza. Ella lo sabía. Tenía que saberlo. Nunca, nunca, nunca vas con el cuento al Imperio. Ésa es una de las pocas cosas capaces de enfurecer lo bastante a un jhereg para contratar a alguien que utilice un arma Morganti. Cawti lo sabía. Y sin embargo, allí estaba, felicísima de que todos hubieran colocado sus cabezas en el tajo del verdugo.

—Cawti, ¿no te das cuenta de lo que estás haciendo?

Me miró con dureza.

—Sí. Me doy cuenta exactamente de lo que estamos haciendo. Creo que tú no. Por lo visto, piensas que Herth es una especie de dios. No lo es. No es lo bastante fuerte para derrotar a una ciudad, desde luego.

—Pero...

—Además, eso carece de importancia. No confiamos en que el Imperio haga justicia. Ya lo sabemos, y también todos los que viven en Adrilankha Sur. Nuestros miles de seguidores no nos apoyan por amor, sino por necesidad. Habrá una revolución porque la necesitan tanto que están dispuestos a morir por ella. Nos siguen porque lo sabemos, y porque no les mentimos. Ésta es sólo la primera batalla, pero es el comienzo, y vamos a ganar. Eso es lo importante, no Herth.

La miré.

—¿Cuánto has tardado en aprenderte eso de memoria? —pregunté por fin.

Ardieron hogueras detrás de sus ojos, una llamarada de cólera me golpeó, y me arrepentí de haber abierto la boca.

—Cawti...

Se levantó, se puso la capa y salió.

Si Loiosh hubiera dicho algo, probablemente le habría matado.

## 9

### «... y embetunar»

Pasé despierto toda la noche y paseé por el barrio. No estaba del todo chiflado, como antes, pero supongo que tampoco me comportaba con plena racionalidad. Intenté ser cauto y no me atacaron. Morrolan se puso en contacto psiónico conmigo en algún momento, pero afirmó que no era importante cuando pregunté el motivo, y no averigüé qué quería. Al cabo de unas horas me calmé un poco. Pensé en volver a casa, pero me di cuenta de que no quería ir y encontrar una casa vacía. Después comprendí que tampoco quería volver a casa y encontrar a Cawti esperándome.

Me senté en un klava que estaba abierto toda la noche y bebí klava hasta que mis riñones suplicaron misericordia. Cuando la luz del día empezó a filtrarse entre la bruma rojo anaranjada que los dragaeranos consideran el cielo, aún no tenía sueño. Comí un par de huevos de gallina en un local que no conocía, y luego volví a la oficina, lo cual me ganó que Melestav enarcara una ceja.

Inspeccioné la oficina y me aseguré de que todo funcionaba como era debido. Una vez, mucho tiempo antes, había dejado la oficina en manos de Kragar durante unos días, y la había convertido en un desastre, desde el punto de vista organizativo, pero daba la impresión de que había aprendido desde entonces. Había un par de notas avisando de que algunas personas querían verme por asuntos de negocios, pero no eran urgentes, de modo que decidí aparcárselas. Después me lo pensé mejor y las pasé a Melestav, con instrucciones de que Kragar las investigara un poco más. Cuando alguien quiere verte (y alguien desea tu cabeza), puede que sea una celada. Sólo para satisfacer vuestra curiosidad, ambas eran legítimas.

Me habría ido a dormir, pero todavía estaba demasiado excitado. Bajé al laboratorio, me quité la capa y el justillo, y limpié el lugar, algo necesario desde hacía tiempo. Tiré todos los carbones viejos, barrí y hasta saqué el polvo, que me hizo toser un poco.

Volví arriba, me duché y abandoné el edificio. Loiosh me precedió, y procedimos con mucha cautela. Regresé poco a poco hacia Adrilankha Sur, sin descuidar la vigilancia. Era antes de mediodía.

Me pare a comer en un local que detestaba a los orientales, a los jheregs, o a

ambos. Cocieron demasiado el kethna, el vino no estaba frío y el servicio era lento, incluso un poco grosero. No podía hacer gran cosa porque estaba fuera de mi zona, pero les di una lección: di una propina generosa al camarero y pagué de más por la comida. Que hicieran cábalas.

A medida que me acercaba a Adrilankha Sur por Ruedaderecha, empecé a percibir cierta tensión y exaltación en las caras con las que me cruzaba. Sí. Aquellos orientales estaban preparando algo. Vi a un par de Guardias del Fénix que caminaban a buen paso en mi misma dirección, y procuré pasar desapercibido hasta que desaparecieron.

Me detuve a un par de manzanas de Carpintería para estudiar la situación. En aquel punto, la calle era muy ancha, pues se trataba de una ruta principal para los productos procedentes de Adrilankha Sur. Había multitudes de dragaeranos (tecklas, y algunos oreas y jhegaalas) que miraban hacia el oeste o se encaminaban en aquella dirección. Pensé en enviar a Loiosh para que echara un vistazo, pero no quería separarme de él durante mucho rato; aún tenía que preocuparme por mi presunto asesino. Avancé otra manzana hacia el oeste, pero la calle se curvó y no pude ver Carpintería.

¿Habéis presenciado una pelea en una posada? A veces, adivinas lo que va a pasar antes de ver la pelea, porque el tipo que tienes al lado mueve la cabeza a su alrededor, medio se levanta y mira fijamente, y entonces ves a dos o tres personas que retroceden de algo oculto por alguien erguido ante ti. De pronto, todas tus terminaciones nerviosas reaccionan, te levantas y retrocedes un poco, y ves a los camorristas.

Bien, era algo parecido. Al final de la manzana, donde se curvaba un poco hacia el norte, todo el mundo estaba mirando hacia Carpintería, y se desarrollaban el tipo de conversaciones que tienen lugar cuando miras al objeto de tu interés en lugar de a la persona con la que hablas. Me fije en cinco dragaeranos con libreas del Fénix, de aspecto oficioso, pero no hacían nada. Decidí que estaban esperando órdenes.

Recorrí aquella última manzana con mucha parsimonia. Empecé a oír algunos gritos. Cuando doblé la esquina, sólo vi una muralla de dragaeranos, alineados a lo largo de Carpintería, entre la Lonja de Cereales y los almacenes de Molly. Había algunos uniformes presentes. Busqué posibles asesinos y empecé a abrirme paso entre la multitud.

*Jefe.*

*¿Sí?*

*¿Y si te está esperando entre la gente?*

*Tú le verás antes de que él me liquide.*

*Ah. Bien, entonces no hay problema.*

Tenía razón, pero no podía hacer nada al respecto. Abrirse paso entre una multitud de gente sin que nadie se fije en ti no es muy fácil, a menos que seas Kragar. Exigió toda mi concentración, lo cual significa que no me quedó ni una pizca para el

que intentara asesinarme. Es difícil describir cómo se hace, pero es algo que se puede aprender. Implica un montón de cosillas, como mantener la atención concentrada en la misma dirección que todo el mundo. Es sorprendente lo mucho que ayuda. En ocasiones, hundes un codo en las costillas de alguien, porque se fijaría en ti si no lo hicieras. Has de adaptarte al ritmo de la multitud y fundirte con ella. Sé que suena raro, pero no se me ocurre nada más. Kiera la Ladrona me enseñó, y ni siquiera ella es capaz de explicarlo, pero las explicaciones sobran. Llegué a la vanguardia de la multitud sin llamar la atención. Dejémoslo así. Y cuando llegué, vi el motivo del alboroto.

Creo que cuando oí a Cawti hablar de levantar barricadas, imaginé que reunirían un montón de troncos y los apilarían en mitad de la calle a la suficiente altura para impedir que pasara la gente. Pero no era así. Daba la impresión de que habían construido la barricada con cosas que nadie quería. Oh, claro, había algunos trozos de madera, pero eso sólo era el principio. Había varias sillas rotas, parte de una mesa grande, herramientas de jardinería estropeadas, colchones, los restos de un sofá, incluso un lavabo de porcelana con la tubería de desagüe que apuntaba al cielo.

Abarcaba todo el cruce, y vi que surgía humo de detrás, como si alguien hubiera encendido un fuego. Había unas cincuenta personas al otro lado. Contemplaban a los dragaeranos y escuchaban los insultos sin pestañear. Los orientales y tecklas que defendían la barricada iban armados con bastones, cuchillos y algunas espadas más de las que había visto el día anterior. Los de mi lado iban desarmados. Los Guardias del Fénix, una veintena, llevaban las armas envainadas. Una o dos veces, un dragaerano hacía ademán de trepar a la barricada, pero diez o quince

orientales se colocaban ante él, muy juntos, y el tipo desistía. Cuando eso ocurría, los uniformes observaban con atención, como dispuestos a intervenir, pero se tranquilizaban cuando el dragaerano retrocedía.

Desde el otro lado de la calle avanzó un carro tirado por un buey. Recorrió la mitad de la manzana. Tres orientales se acercaron y hablaron con la conductora, que era dragaerana. Conversaron un rato, y oí que la conductora maldecía, pero al fin dio media vuelta y volvió sobre sus pasos.

Era como Cawti había dicho: no dejaban entrar o salir a nadie de Adrilankha Sur. Habían erigido un muro improvisado y, por si no fuera suficiente, los orientales que lo custodiaban estaban dispuestos a rechazar a cualquiera que lo escalara. Nadie iba a pasar.

Cuando hube visto todo cuanto deseaba, bajé por la calle en dirección al piso de Kelly, en la suposición de que algo se estaría cocinando allí. Me lo tomé con calma, y me desvié un par de veces por calles que cruzaban Carpintería para ver si todo seguía igual, como así era. Las mayores multitudes se concentraban en Carpintería y Ruedaderecha, porque era el cruce más grande y transitado, pero las demás también

estaban abarrotadas. Vi algunas repeticiones de escenas que ya había presenciado. Resultaba aburrido, así que me marché.

Llegué al lugar donde solía apostarme, frente al piso de Kelly, verifiqué mis armas y me dispuse a esperar. Ya hacía bastantes días que iba, sin alteraciones. A menos que me hubiera equivocado por completo sobre las intenciones asesinas de Herth (cosa que no podía creer), el asesino tenía que darse cuenta de que era su gran oportunidad. A menos que sospechara una trampa. ¿Habría sospechado yo una trampa? Lo ignoro.

No había mucha actividad en casa de Kelly. Paresh montaba guardia fuera, con dos orientales que no reconocí. Entraba y salía gente cada tanto, pero no había señal de la actividad frenética de los últimos días. Transcurrió una hora o más, mientras yo me esforzaba por estar alerta y preparado. Empezaba a sentirme cansado por la falta de sueño, lo cual me preocupaba. No es bueno sentirse cansado cuando esperas un atentado contra tu vida. También me sentía sucio y mugriento, pero me daba igual, porque concordaba con mi estado de ánimo.

La primera señal de que algo estaba pasando ocurrió cuando Cawti y Gregory aparecieron, a toda prisa, y desaparecieron en su cuartel general. Pocos minutos después Gregory salió corriendo. Verifiqué mis armas, porque me pareció lo más apropiado. Diez minutos más tarde, un grupo de unas cuarenta personas, guiadas por Gregory, apareció y se quedó por las cercanías.

Transcurrido un minuto, llegaron cuatro Guardias del Fénix y se apostaron ante la puerta de Kelly. De repente, sentí la boca muy seca. Cuatro Guardias del Fénix y cuarenta orientales y tecklas, sí, pero estaba asustado por los orientales y los tecklas.

Me pregunté si su presencia significaba que se habían retirado las barricadas o que ellos habían demolido las barricadas, pero después comprendí que habría más Guardias del Fénix apostados en Adrilankha Sur todo el tiempo. Supuse que no tardaríamos en ver más. Luego observé algo: de los cuatro guardias, tres iban ataviados de verde, pardo y amarillo. Miré con más atención. Sí, aquellos cuatro Guardias del Fénix eran tres tecklas y un dragón. Lo cual significaba que la situación preocupaba lo bastante al Imperio para utilizar tecklas reclutados. Me humedecí los labios.

Cawti salió y se puso a hablar con el Señor Dragón. Aún llevaba los colores jheregs, y Rocza iba sobre su hombro. No sé qué efecto obró en el dragón, pero supuse que no rezumaba buena voluntad.

Hablaron un rato, y el dragón llevó la mano al pomo de su espada. Contuve el aliento. Una regla jhereg inquebrantable es que no se matan guardias imperiales. Por otra parte, no tenía nada claro que me fuera a quedar alguna elección. No me controlo tanto como a veces me gusta creer. Quizá es lo que he aprendido de todo esto.

Sin embargo, el guardia no desenvainó su arma, se limitó a aferrarla. Además, Cawti sabía cuidar de sí misma, y los guardias estaban en una desventaja de diez a

uno. Recordé que debía estar alerta al presunto asesino.

Llegaron ocho Guardias del Fénix más. Después otros cuatro. La proporción seguía siendo de tres tecklas por cada dragón. Uno del último grupo sostuvo una breve conferencia con el tipo que había hablado con Cawti, y después ella (el nuevo guardia) reanudó las negociaciones. Supuse que su rango era superior al del otro. Entonces aparecieron unos treinta partidarios de Kelly más, y casi pudo sentirse que la temperatura de la zona aumentaba. Vi que Cawti negaba con la cabeza. Hablaron un rato más y Cawti volvió a menear la cabeza. Me dieron ganas de ponerme en contacto con ella, para decir, eh, estoy aquí, ¿puedo hacer algo?, pero ya sabía la contestación, y preguntar sólo serviría para distraerla.

Mantente alerta, Vlad, me dije.

La guardia se alejó de Cawti con brusquedad y oí que daba órdenes con voz clara y firme.

—Retroceded nueve metros. Las armas envainadas, y preparados.

Los guardias obedecieron al instante. Los dragones tenían un aspecto eficiente y elegante con sus uniformes negros ribeteados de plata, con las insignias y la media capa de los Fénix. Los guardias tecklas parecían un poco ridículos con su indumentaria de campesino, las insignias del Fénix y las medias capas doradas. Tuve la sensación de que intentaban aparentar serenidad. Cawti volvió a entrar. Natalia y Paresh salieron y circularon entre los orientales. Hablaron con grupos pequeños. Para prepararles, probablemente.

Veinte minutos después llegaron otros cuarenta o cincuenta ciudadanos. Todos portaban cuchillos largos, casi como espadas. Eran hombres musculosos y empuñaban los cuchillos como si supieran utilizarlos. Se me ocurrió que debían proceder de algún matadero. Diez minutos más tarde, llegaron otros veinte Guardias del Fénix. Este trajín se sucedió durante otra hora, y la calle se fue llenando, hasta que ya no pude ver la puerta de Kelly. No obstante, veía a la capitana (o lo que fuera, pues ignoraba su rango) de los Guardias del Fénix. Veía su cabeza medio de perfil, unos nueve metros a mi derecha. Me recordaba un poco a Morrolan (facciones dragón), pero no era tan alta. Me dio la sensación de que la situación no era de su agrado. Sólo había que luchar contra tecklas y orientales, pero eran muchos, en su propio territorio, y tres cuartas partes de sus fuerzas estaban compuestas por tecklas. Me pregunté qué estaba tramando Kelly. Mi suposición (y estaba en lo cierto) era que la emperatriz había averiguado quién era el cerebro dirigente de los disturbios y había enviado a sus guardias para detenerle, y él no tenía la menor intención de ir.

Bien, pero ¿iba a permitir que doscientos de los suyos murieran por impedirlo? Claro, era lógico. Seguía un principio. ¿Qué más daba si moría gente? Lo que me desconcertaba era que aquello no le iba a salvar, a menos que ganara. Tecklas o no, también había dragones entre los guardias (y un dzur, observé). Algunos debían de

ser hechiceros. Podía desembocar en un baño de sangre. Paresh era un hechicero, por supuesto, y también Cawti, pero no me gustaba el reparto de posibilidades.

Estaba enfrascado en mis cálculos, cuando llegó otro grupo, compuesto de seis personas que rodeaban a una séptima, todos dragaeranos. Los seis debían ser guardaespaldas o músculos jheregs. El séptimo era Herth.

Las palmas me empezaron a sudar y picar al mismo tiempo. Sabía que no podía hacer nada en aquel momento y sobrevivir a ello, pero ¡cómo lo deseaba, Verra! Ignoraba que me quedara tanta capacidad para odiar hasta el momento en que vi al hombre que me había torturado y doblegado, obligado a proporcionarle información para destruir a un grupo por el que mi mujer estaba dispuesta a dar la vida. Era como si encarnara toda la bilis que había tragado en mi vida. Me quedé inmóvil, tembloroso de odio.

Loiosh me apretó el hombro. Intenté relajarme y estar alerta, por si el asesino atacaba.

Herth localizó a la capitana y se encaminó hacia ella. Un par de guardias se interpusieron entre ambos, los guardaespaldas de Herth les plantaron cara, y yo me pregunté si iba a ver una batalla diferente de la que suponía. Sin embargo, la capitana apartó a los guardias y se encaró con Herth. Éste se detuvo a unos seis metros de distancia y sus guardaespaldas retrocedieron. Yo veía a los dos con perfecta claridad. Herth estaba a mi alcance. Habría podido derribar a dos de sus guardaespaldas con un par de cuchillos arrojados, dispersado a los demás con un puñado de shurikens y alcanzado a Herth antes de que los dragones me lo impidieran. No habría salido con vida, pero me lo habría llevado por delante. En cambio, me acurruqué en la esquina del edificio, miré, escuché y maldije para mis adentros.

—Buenas tardes, teniente —dijo Herth. Me había equivocado con respecto a su rango. ¿Y qué?

—¿Qué quieres, jhereg?

La voz de la dragón era áspera y enérgica. Casi adiviné que no le gustaban los jheregs.

—Da la impresión de que tenéis un problema.

La mujer escupió.

—Dentro de cinco minutos ya no lo tendré. Ahora, largo de aquí.

—Creo que puedo arreglar este problema pacíficamente, teniente.

—Y yo puedo arreglar que te...

—A menos que os guste masacrar civiles. Tal vez sea verdad. No lo sé.

Ella le contempló un rato. Después se acercó a pocos centímetros de él. Uno de los guardaespaldas se adelantó. Herth le indicó con un ademán que se detuviera. La teniente desenvainó lenta y cautelosamente un cuchillo de combate largo, de la funda contigua a su espada. Sin apartar los ojos de Herth, comprobó su filo con el pulgar.

Después se lo enseñó. A continuación lo deslizó sobre la mejilla de Herth. Primero por un lado, luego por el otro. Vi líneas rojas donde le había cortado. Herth ni siquiera pestañeó. Cuando la teniente terminó, secó la hoja con su capa, la envainó y se alejó poco a poco de él.

—Teniente —dijo Herth.

La mujer se volvió.

—¿Sí?

—Mi oferta sigue en pie.

Ella le examinó un momento.

—¿Cuál es la oferta?

—Dejadme hablar con esta persona, la que está dentro, y permitidme convencerla de que ponga fin a este estúpido bloqueo.

La mujer asintió lentamente.

—Muy bien, jherreg. Su tiempo ha concluido. Te concedo diez minutos más. Ya puedes proceder.

Herth se volvió hacia la puerta del piso de Kelly, pero al mismo tiempo oí que se abría (sólo entonces me di cuenta del silencio que reinaba en la calle). Al principio, no pude ver la puerta, pero entonces los orientales que la custodiaban se apartaron y vi a Kelly, bajo y gordo, con Paresh a un lado y Cawti al otro. La atención de Paresh estaba concentrada en Herth, y sus ojos eran como dagas. Cawti estaba evaluando la situación como una profesional, y su cinta negra de la cabeza se me antojó de pronto absurda. No obstante, lo que más atrajo mi atención fue que Herth me daba la espalda y sólo se interponía entre nosotros un guardaespaldas. Me supo mal no hacer nada al respecto.

Kelly fue el primero en hablar.

—De manera que tú eres Herth.

Tenía los ojos tan entornados que no se podían ver. Su voz era clara y fuerte.

Herth asintió.

—Tú debes ser Kelly. ¿Entramos y hablamos?

—No —replicó Kelly—. Todo el mundo puede oír lo que tengas que decir, y todo el mundo puede oír mi respuesta.

Herth se encogió de hombros.

—Muy bien. Creo que comprendes la situación en que te has metido.

—Con más claridad que tú o esa amiga tuya, que te ha cortado la cara antes de satisfacer tus deseos.

Aquellas palabras enmudecieron a Herth unos momentos.

—Bien —dijo a continuación—, te concedo la oportunidad de seguir con vida. Si desalojas...

—La Guardia del Fénix no nos atacará.

Herth calló, y luego lanzó una risita. Parecía que la teniente se lo estaba pasando en grande.

Entonces me fijé en Natalia, Paresh y dos orientales que no conocía. Estaban recorriendo la hilera de Guardias del Fénix y daban a cada uno, incluso a los dragones, una hoja de papel. Los dragones la miraron y tiraron, los tecklas empezaron a hablar entre sí, y la leyeron en voz alta para los que no sabían leer.

Herth contempló la escena, con aspecto algo preocupado, la expresión de la teniente era similar, sólo que parecía un poco irritada.

—Muy bien —dijo—, ya es suficiente...

—¿Cuál es el problema? —preguntó Kelly—. ¿Tienes miedo de lo que harán si leen eso?

La teniente giró en redondo y le miró, y sostuvieron la mirada un momento. Eché un vistazo al papel que alguien había tirado y que la brisa me había acercado. Empezaba: «hermanos, reclutas» en letras grandes. Debajo, antes de que la brisa se lo llevara, leí: «A vosotros, reclutas tecklas, se os ha incitado contra nosotros, orientales y tecklas. Este plan ha sido llevado a la práctica por nuestros enemigos comunes, los opresores, los escasos privilegiados: generales, banqueros, terratenientes...».

La teniente dio media vuelta y cogió al vuelo una de las hojas. La leyó. Era bastante larga, de modo que tardó un rato. A medida que leía, iba palideciendo, y vi que su mandíbula se tensaba. Miró a sus hombres, muchos de los cuales habían roto la formación y estaban comentando el panfleto. Algunos lo agitaban, como si estuvieran exaltados.

En aquel momento, Kelly empezó a hablar sobre la cabeza de Herth, por así decirlo.

—¡Hermanos! ¡Reclutas tecklas! Vuestros amos, los generales, los capitanes, los aristócratas, se preparan para lanzaros contra nosotros, que nos estamos organizando para combatirlos, para defender nuestro derecho a una vida decente, para caminar por las calles sin miedo. Unios a nosotros, porque nuestra causa es justa. Si no lo hacéis, no permitáis que os lancen contra nosotros, porque el acero de nuestras armas es tan frío como el vuestro.

Cuando empezó a hablar, Herth frunció el ceño y retrocedió. La teniente no paraba de hacer gestos en dirección a Kelly, como si le ordenara que callara. Después volvió hacia sus soldados, como para indicarles que avanzaran. Cuando Kelly dejó de hablar, se hizo el silencio en toda la calle.

Asentí. Pese a mi opinión sobre Kelly, había manejado la situación de una forma que no me esperaba, y daba la impresión de que le estaba saliendo bien. Al menos, la teniente no sabía qué hacer.

Herth habló por fin.

—¿Esperas que vas a lograr algo? —preguntó. Se me antojó una reacción bastante

débil. Por lo visto, Kelly tuvo la misma impresión, porque no contestó—. Si has terminado tu discurso. y confías en evitar tu detención o la matanza, sugiero que tú y yo pactemos...

—Tú y yo no tenemos nada que pactar. Queremos que tú y los tuyos abandonéis el barrio de una vez por todas, y no descansaremos hasta lograrlo. Una discusión entre nosotros carece de base.

Herth miró a Kelly desde su estatura, y yo imaginé, si bien no pude verla, la fría sonrisa que aparecía en su rostro.

—Como quieras, bigotes —dijo—. Nadie podrá decir que no lo intenté.

Se volvió y caminó hacia la teniente.

Entonces la aparición de una persona que se abría paso hacia ellos me distrajo. Al principio, no me fijé en ella, porque estaba mirando a Kelly y Herth, pero tenía que haber llegado desde el principio de la calle. Se detuvo ante la puerta del piso de Kelly.

—¡Cawti! —dijo la voz. como procedente de la nada.

Yo conocía aquella voz, pero era la que menos me esperaba en aquel momento.

Miré a Cawti. Ella estaba tan asombrada como yo, con la vista clavada en el oriental viejo, calvo y frágil parado a su lado.

—Hemos de hablar —dijo mi abuelo.

No daba crédito a mis oídos. Su voz, en el silencio total que había seguido a la confrontación entre Kelly y Herth, se oyó con claridad en el lado de la calle donde me guarecía yo. ¿Iba a exhibir los trapos sucios de la familia en público? ¿Ahora? ¿En público? ¿Qué se proponía?

—Noish-pa —dijo ella—. Ahora no. ¿No ves...?

—Claro que lo veo. Sí, ahora.

Se apoyaba en un bastón. Yo conocía aquel bastón. El extremo se desenroscaba y ocultaba... ¿una espada? Cielos, no. Llevaba un espadín al cinto. El bastón contenía cuatro botellines de licor de melocotón fenariano. Ambrus estaba encorvado sobre su hombro y no parecía más preocupado que el abuelo. Herth no sabía qué hacer con él, y una rápida mirada me dijo que la teniente estaba tan perpleja como yo. Se estaba mordiendo el labio.

—Hemos de salir de la calle para hablar —dijo mi abuelo.

Cawti no sabía qué decir.

Empecé a maldecir para mis adentros. Ya no había otra solución: tenía que intervenir. No podía permitir que mi abuelo se mezclara en aquello.

Entonces la teniente atrajo de nuevo mi atención. Se irguió en toda su estatura. Sus soldados parecían estar sumidos todavía en un estado de confusión. Hablaban en tono animado sobre el discurso de Kelly. La teniente se volvió hacia la turba de orientales y dijo en voz alta:

—Dispersaos todos.

Nadie se movió. Desenvainó su espada, de un tipo muy raro, que se curvaba al revés de las otras, como una cimitarra. Kelly y Herth se miraron. Los ojos de Cawti se desplazaron entre la teniente, mi abuelo, Kelly y Herth. Dejé caer una daga en mi mano y me pregunté qué iba a hacer con ella.

La teniente vaciló, contempló a sus soldados.

—Preparad las armas —gritó.

Se oyó un sonido acerado cuando los dragones, y unos pocos tecklas, desenvainaron sus espadas. Los orientales aferraron sus armas y avanzaron, hasta formar una sólida muralla. Dirigí una mirada a Kelly, que estaba mirando a mi abuelo, que le estaba mirando. Intercambiaron unos cabeceos, como si fueran viejos conocidos. Interesante.

Mi abuelo desenvainó su espadín.

—No deberías estar aquí —dijo a Cawti.

—Padraic Kelly —dijo la teniente con voz vibrante—, te detengo en nombre de la emperatriz. Sígueme al instante.

—No —replicó Kelly—. Dile a la emperatriz que, como no ordene una investigación completa sobre el asesinato de nuestros camaradas, mañana nadie podrá entrar o salir de nuestra ciudad, y pasado mañana se cerrarán los muelles. Y si nos ataca ahora, el Imperio se desmoronará al amanecer.

—¡Adelante! —gritó la teniente, y los Guardias del Fénix avanzaron un paso hacia los orientales, y entonces supe para qué podía utilizar la daga, porque en el espacio de un solo instante Kelly, mi abuelo, incluso Cawti, fueron expulsados de mi mente. La atención de todo el mundo estaba concentrada en los Guardias y los orientales. La de todo el mundo, excepto la mía. Mi atención estaba concentrada en la espalda de Herth, que se erguía a unos doce metros de mí.

Ahora era mío. Ni siquiera sus guardaespaldas le hacían caso. Ahora podía liquidarle y desaparecer, limpiamente. Era como si toda mi vida dependiera de un solo golpe de un estilete de veinte centímetros.

Gracias a la costumbre adquirida durante los últimos cuatro días, me permití una última precaución antes de apartarme de la pared. Después avancé un paso hacia Herth, con el cuchillo pegado a mi cuerpo.

Entonces Loiosh chilló en mi mente y, de repente, un cuchillo voló hacia mi garganta. Iba sujeto a un dragaerano ataviado con los colores de la Casa Jhereg.

El asesino se había decidido por fin.

# 10

## «1 corbata seda gris: coser corte...»

El que estuviera preparado para la eventualidad no impidió que me pusiera a sudar cuando le vi. Para empezar, él también estaba preparado, y tuvo que saltar. Dejé de pensar al instante en Herth, demasiado ocupado en sobrevivir.

A veces, en este tipo de situaciones, el tiempo se enlentece. En otras, se acelera, y sólo soy consciente de lo que hago cuando he terminado. Ésta era de las primeras. Tuve tiempo de ver el cuchillo que se acercaba a mi garganta, de decidir un movimiento de contraataque, efectuarlo y preguntarme si funcionaría. Si bien desarmarme no es lo que prefiero en un combate, era mi única posibilidad. Le arrojé mi cuchillo, salté a un lado y rodé por el suelo. Seguí moviéndome cuando me incorporé, por si había decidido tirarme más cosas puntiagudas. Lo hizo, de hecho, y una de ellas (un cuchillo, me parece) pasó tan cerca que los pelos de la nuca se me erizaron, pero esquivé todo lo demás y desenvainé mi espadín. Mientras lo hacía, me comuniqué con Loiosh.

*Soy capaz de manejar la situación. Ocúpate de Cawti.*

*De acuerdo, jefe.*

Oí que alzaba el vuelo.

Era una de las mentiras más grandes que había dicho en mi vida, pero era muy consciente de la confusión que se iba a desencadenar a mi alrededor cuando los orientales se enzarzaran en combate con los Guardias del Fénix, y no quería que mi preocupación por Cawti me distrajera.

Cuando adopté la posición de guardia, me di cuenta de que los guardaespaldas de Herth lanzaban miradas a mi espalda, y que había más de setenta Guardias del Fénix; cualquiera podría mirar en mi dirección mientras repelían a los orientales. Me humedecí los labios, asustado, y me concentré en el hombre que había ante mí, un asesino profesional que había aceptado dinero por matarme.

Vi por primera vez, bien a mi asesino. Un tipo sin rasgos característicos, tal vez con un rastro de dzur en sus ojos algo rasgados y la punta de la barbilla. Tenía el pelo largo y liso, con un pico de viuda bien dibujado. Sus ojos eran pardo claro, y su mirada me estudiaba. Si las cosas no habían salido como planeaba (y os garantizo que

no), su expresión no lo demostraba.

Ya había desenvainado una espada. Se erguía en toda su estatura con un pesado espadín en la mano derecha y un cuchillo de combate largo en la izquierda. Sólo le presenté el lado, como mi abuelo me había enseñado. Me acerqué a él antes de que pudiera arrojarme algo, y me detuve cuando estuvimos punta con punta, o sea, a una distancia en que las puntas de nuestras espadas apenas podían tocarse. Así, la concentración que necesitaba para lanzarme un buen tajo con el cuchillo me daría tiempo para asestarle un corte o una estocada, que resolvería la situación si tenía suerte.

Me pregunté si sería un hechicero. Eché un vistazo a su cuchillo, pero nada indicaba que fuera un arma mágica. No es que hubiera gran cosa que ver. Las palmas me sudaban. Recordé que mi abuelo recomendaba guantes livianos para la esgrima, por ese motivo. Decidí que compraría unos si salía de aquélla.

Efectuó una maniobra de prueba, como si reconociera o supiera que yo luchaba de una manera extraña y tratara de averiguar algo más sobre mi estilo. No era tan veloz como me temía, de modo que le asesté un corte ligero en la mano derecha para que aprendiera a mantener las distancias.

Era aterrador sostener aquella pelea en una zona infestada de Guardias del Fénix, pero todos estaban concentrados en masacrar a los orientales, y por lo tanto, demasiado ocupados para fijarse en nosotros...

No, no era cierto.

De pronto, me fijé en que habían transcurrido cinco o seis segundos y no se oían ruidos de batalla.

Mi asesino aún no se había dado cuenta e intentó acabar conmigo de una vez. Lo hizo bastante bien, sin previo aviso, y el momento en que lanzó su estocada, en ángulo de derecha a izquierda, fue muy oportuno. Esquivé el ataque y dejé que su hoja resbalara sobre la mía con un rechinar desagradable, hasta que pude rechazarla. Tomé nota de su velocidad. Además, poseía cierta gracia, de la que se adquiere con un largo entrenamiento. Y carecía por completo de pasión. De su expresión, no pude deducir si estaba confiado, preocupado, optimista o qué.

Repliqué sin demasiado entusiasmo, mientras pensaba en cómo salir de la situación. O sea, me habría encantado liquidarle, pero no rodeado de Guardias del Fénix, y en cualquier caso, no estaba claro que fuera a lograrlo. Bloqueó mi réplica con su daga. Decidí que no debía ser un hechicero, pues los hechiceros suelen utilizar dagas encantadas para lanzar conjuros, y a nadie le gusta parar con hojas encantadas.

Seguía avanzando sobre el empeine de su pierna derecha, con la izquierda en tensión. Decidí que no debía distraerme. Concentré mi atención en sus ojos. Da igual con qué luches, espada, conjuros o con las manos desnudas; los ojos de tu adversario siempre te indican cuándo va a moverse.

Siguieron uno o dos segundos de inacción, durante los cuales me hubiera encantado lanzar un ataque, pero no me atreví. Entonces fue cuando me di cuenta de que no se oían ruidos de batalla. El asesino retrocedió dos pasos de un salto sin previa advertencia, luego otro par, dio media vuelta y desapareció con gran celeridad por la esquina del edificio.

Me quedé respirando profundamente un momento, y de pronto volví a pensar en Herth. Si hubiera estado al alcance de mi vista, creo que le habría liquidado, con Guardias del Fénix o no, pero cuando di media vuelta ya no le vi. Loiosh se posó sobre mi hombro.

Los dos bandos, el grupo de Kelly y los Guardias del Fénix, estaban separados por una distancia de tres metros. A la mayoría de guardias parecía desagradarles la situación. La gente de Kelly parecía firme y decidida, una muralla humana de la que sobresalían cuchillos y bastones, como espinos de una enredadera.

Yo estaba solo en mitad de la calle, a unos dieciocho metros de los Guardias del Fénix, algunos de los cuales me miraban. No obstante, la mayoría miraban a su teniente. Sostenía su peculiar espada sobre la cabeza, paralela al suelo, en un gesto que sugería «esperad», o tal vez «sentaos», «quedaos quietos» o «corred».

Cawti se encontraba al lado de mi abuelo, y los dos me estaban mirando. Envainé la espada para no llamar tanto la atención. Los orientales continuaban observando a los Guardias, la mayoría de los cuales contemplaban a su teniente. Ella, al menos, no me había visto. Avancé hacia una parte algo más despejada de la calle, para que el asesino no me atacara por detrás sin darme tiempo a reaccionar. Entonces la teniente habló con una voz que se oyó a la perfección, aunque daba la impresión de que no gritaba.

—He recibido un mensaje de la emperatriz. Que todos los soldados se retiren al otro lado de la calle y estén preparados.

Los Guardias del Fénix obedecieron, los tecklas muy contentos y los dragones menos. Diré esto en favor de Kelly: no se regocijó. Siguió contemplando la escena con la mandíbula tensa. No me sorprendió tanto que no transparentara alivio; hasta yo lo habría conseguido. Pero que no apareciera una sonrisa de satisfacción en su rostro cuando los soldados retrocedieron me dejó anonadado.

Me encaminé hacia mi familia. Fui incapaz de descifrar la expresión de Cawti.

—Te estaba presionando, Vladimir —dijo mi abuelo—. Si hubiera continuado, habría tomado la iniciativa y la balanza se habría inclinado de su parte.

—¿Presionando?

—Cada vez que movía los pies, avanzaba un poco más su peso. Es un truco que utilizan algunos de esos elfos. Creo que no se dan cuenta de que lo hacen.

—Lo recordaré, noish-pa.

—Pero tú obraste con cautela, lo cual es bueno, y tu muñeca fue ágil y firme,

como debe ser, y no te demoraste después de la parada, como hacías antes.

—Noish-pa... —empezó Cawti.

—Gracias —dije.

—No deberías estar aquí —dijo Cawti.

—¿Por qué no? —preguntó el anciano—. ¿Por qué es tan valiosa esta vida?

Cawti miró a su alrededor, como para ver quién nos estaba escuchando. Yo también. Al parecer, nadie.

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué estoy aquí? No lo sé, Cawti. Sé que no puedo cambiar tu forma de ser, o lo que vas a hacer. Sé que las chicas no son iguales en Faene como en mi país, y que hacen lo que quieren, y no siempre es malo, pero he venido a decirte que puedes ir a verme si lo deseas, y si quieres hablar de lo que sea. Vladimir viene a veces, cuando está preocupado, pero tú no. Es todo cuanto tengo que decir. ¿Sí?

Ella le miró un momento, y vi que había lágrimas en sus ojos. Se inclinó hacia adelante y le besó.

—Sí, noish-pa —dijo.

Ambrus maulló. Mi abuelo sonrió con su boca desdentada, dio media vuelta y se alejó, apoyado— en su bastón. Me quedé al lado— de Cawti mientras le miraba. Intenté pensar en algo que decir, pero no pude.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Cawti—. ¿Por qué estás aquí?

—Intentaba convencer al asesino de que hiciera lo que hizo. La idea era liquidarle. Ella asintió.

—¿Le has marcado?

—Sí. Le diré a Kragar que ponga manos a la obra.

—Ahora ya sabes que tiene tu nombre, tú tienes el suyo, y trataréis de mataros mutuamente. ¿Qué crees que hará ahora?

Me encogí de hombros.

—¿Qué harías tú? —preguntó Cawti.

Volví a encogerme de hombros.

—No sé. O devolvería el dinero y me iría cagando leches, o actuaría cuanto antes. Antes de que terminara el día, tal vez antes de que pasara una hora. Tratar de pillar al tipo antes de que me montara una trampa.

Cawti asintió.

—Yo también. ¿Quieres perderte de vista?

—No especialmente. Hay...

La teniente empezó a hablar de nuevo.

—Volved a vuestras tareas. Eso es todo

Los Guardias volvieron a envainar sus espadas. Sus reacciones fueron muy interesantes. Algunos dragones nos dedicaron miradas que decían: «Esta vez habéis

tenido suerte, carroña», y otros parecían decepcionados, como si les hubiera apetecido un poco de ejercicio. Los tecklas parecían aliviados. La teniente no nos dedicó un gesto o una palabra más. Se reunió con su unidad y se perdió de vista.

Me volví hacia Cawti, pero entonces Paresch la tocó en el hombro e indicó con un ademán el cuartel general. Cawti me apretó el brazo antes de seguirle. Cuando estaba a punto de desaparecer, Rocza abandonó su hombro y se posó sobre el mío.

*Alguien piensa que necesito ayuda, jefe.*

*Sí. O que la necesito yo. ¿Te importa?*

*No. Me gusta la compañía. Has estado muy callado últimamente. Empezaba a sentirme solitaria.*

Carecía de respuesta para aquello.

Cuando volví a la oficina no corrí el menor riesgo. Me teleporté y entré para vomitar, antes que esperar en la calle.

\* \* \*

—¿Ha habido suerte con Herth, Kragar?

—Estoy en ello, jefe.

—De acuerdo. Tengo otra cara. ¿Preparado?

—¿Qué quieres decir? Ah, vale. Adelante.

Le proporcioné la imagen del asesino.

—¿Le conoces?

—No. ¿Tienes un nombre?

—No. Quiero uno.

—De acuerdo. Me encargaré de que hagan un retrato y veré qué puedo averiguar.

—Y cuando le encuentres, no pierdas el tiempo consultándome. Envíale a dar un paseo. —Kragar enarcó una ceja—. Es el que tiene mi nombre. Hoy, casi se me lleva la cabeza.

Kragar silbó.

—¿Cómo te libraste?

—Estaba preparado. Supuse que alguien me seguía, así que repetí periódicamente mis movimientos para hacerle salir.

—¿Y no conseguiste liquidarle?

—Un pequeño problema de setenta u ochenta Guardias del Fénix en las cercanías. Además, no se sorprendió tanto como yo esperaba, y era muy bueno con la espada.

—Oh.

—Ahora conozco su aspecto, pero no su nombre.

—Y me pasas el muerto a mí, ¿eh? De acuerdo. ¿Tienes a alguien en mente?

—Sí. Mario. Si no puedes encontrarle, utiliza a otro.

Kragar puso los ojos en blanco.

—No hay nada como unas instrucciones concretas. Muy bien.

—Y tráeme un juego de armas nuevo. Me irá bien mover las manos mientras espero a que soluciones mis problemas.

—No todos, Vlad. No puedo remediar tu peso.

—Lárgate.

Salió y me dejó con Loiosh, Rocza y mis pensamientos. Me di cuenta de que estaba hambriento y pensé en enviar a alguien a por comida. Después se me ocurrió que me iba a teleportar a todas partes durante una temporada, así que tal vez no era una buena idea. Loiosh y Rocza se sisearon mutuamente, y empezaron a perseguirse por la habitación hasta que abrí la ventana y les dije que lo hicieran fuera. No conozco a ningún asesino capaz de asesinar a alguien desde el otro lado de la calle, pero el tipo ya debía estar desesperado. Al menos, yo lo habría estado. Cerré la ventana y corrí las cortinas.

Al menos, podía hacer algunas cosas que había dejado aparcadas.

—¡Melestav!

—¿Sí?

—¿Está Bastones en la oficina?

—Sí.

—Dile que venga.

—De acuerdo.

Al cabo de unos minutos. Bastones entró y le entregué una bolsa con cincuenta imperiales. La sopesó sin contarla y me miró.

—¿Por qué? —preguntó.

—Por cerrar el pico.

—Ali, eso. Bien, gracias.

Salió.

Kragar regresó con una nueva colección de juguetes para mí. Cerré la puerta a su espalda y me dispuse a cambiar de armas. Me quité la capa y empecé a sacar y poner cosas. Cuando terminé con la capa, saqué cosas del acanalado de mi justillo y otras partes. Mientras quitaba la daga de la manga izquierda, me fijé en Rompehechizos. Creo que había evitado pensar en ello desde aquella noche, pero ahora dejé que cayera en mi mano.

Parecía una cadena normal. La examiné. Medía unos cuarenta y cinco centímetros de largo, de oro, hecha de eslabones delgados. El oro no parecía chapado; nunca se había rayado ni nada por el estilo. Sin embargo, no parecía lo bastante pesada para ser de oro macizo, y tampoco era liviana. Intenté hundir un dedo en uno de los eslabones y noté un tacto de acero.

Decidí que debía averiguar todo cuanto pudiera sobre el objeto, si vivía para contarlo. Continué cambiándome de armas mientras pensaba en eso. ¿Qué me costaría sobrevivir?

Bien, tendría que matar al asesino, eso era seguro. Y a Herth. No, corrijo eso. Tenía que matar a Herth antes de matar al asesino, o Herth alquilaría a otro. Pensé en contratar a alguien para matar a Herth. Sería una idea inteligente. Al menos, sabría que moriría aunque yo cayera, y aún tenía un montón de dinero, más del que había soñado en toda mi vida. Si Mario decidía acudir a mi oficina, hasta podría pagarle lo que pidiera.

El problema consistía en que pocos asesinos, Mario aparte, aceptarían el trabajo. Herth era un pez gordo, mucho más gordo que yo. Es de los que no van a mear sin cuatro o cinco guardaespaldas, por si su polla decide atacarle. Para liquidar a un tipo como ése hace falta sobornar a uno o dos de sus guardaespaldas, o conseguir a Mario, o encontrar a alguien indiferente a la muerte, o un montón de suerte.

Ya podía olvidarme de Mario; nadie sabía dónde estaba. Tal vez Kelly conociera a alguien ansioso por lanzar un ataque suicida contra un jefe jhereg, pero no me relaciono con ese tipo de individuos. Sobornar a sus guardaespaldas sería posible, pero lleva tiempo. Has de localizar a los que contratará, investigarlos después para asegurarte de que han sido contratados y concretar un momento en que ellos y tú lo podáis hacer con un mínimo de riesgo. No tenía tanto tiempo antes de que el asesino atacara de nuevo.

Eso dejaba tan sólo la suerte. ¿Me sentía afortunado? No, en absoluto.

Bien, ¿cuál era la conclusión?

Mi muerte.

Terminé de cambiarme de armas mientras pensaba en todo esto. Contemplé el problema desde otros ángulos. ¿Podía convencer a Herth de que cesara en sus hostilidades? Ridículo. Sobre todo porque todavía tenía que preocuparme de que no matara a Cawti. Por eso me había metido en aquel lío. Era como...

¿Era cierto? ¿Por eso me había metido en este follón absurdo? Bien, no, al principio no. Al principio, había querido descubrir al asesino del tal Franz, al que no había conocido en mi vida. Todo para reconciliarme con Cawti. Mierda. ¿Por qué intentaba reconciliarme con ella? Ella era la que se había metido en todo este follón sin decirme ni pío. ¿Por qué debía meter la nariz en un lugar donde era mal recibido y no quería estar? ¿El deber? Una bonita palabra. Deber. De-ber. Los orientales (algunos) dicen «dedé», como lo que canturreas mientras te cambias de armas. Dada-dedé-duduáda. ¿Qué significaba eso?

Tal vez «deber» no cuelgue en el vacío; tal vez vaya unido a otra cosa. Muchos orientales lo relacionaban con Barlan, o con Verra, o con Corona, o alguno de los demás dioses. Yo era incapaz. Hace demasiado tiempo que vivo entre dragaeranos y

se me ha contagiado su actitud hacia los dioses. ¿Qué más había? ¿Los jheregs? No me hagáis reír. Mi deber hacia los jheregs es seguir sus reglas para que no me liquiden. ¿El Imperio? Mi deber hacia el Imperio consiste en procurar que no se fije en mí.

Quedaba muy poca cosa. La familia, supongo. Cawti, mi abuelo, Loiosh y Rocza. Claro. Eso era un deber, uno del que podía sentirme orgulloso. Pensé en lo vacío que me sentía antes de que Cawti entrara en mi vida, y hasta el recuerdo era doloroso. ¿Por qué no era suficiente eso?

Me pregunté si Cawti había sentido lo mismo. No tenía a la organización; sólo me tenía a mí. Había tenido una socia y se necesitaban mutuamente, pero su socia se había convertido en un Señor Dragón y heredera del Orbe. Ahora ¿qué le quedaba? ¿Por eso se había comprometido con la gente de Kelly? ¿Para hacer algo, para sentirse útil? ¿No era yo suficiente?

No. Claro que no. Nadie puede vivir su vida por mediación de otra persona, lo sabía. ¿Qué tenía Cawti para vivir? Tenía a su «gente». El grupo de orientales y algún teckla despistado que se reunían para hablar sobre el derrocamiento del Imperio. Cawti iba con ellos, ayudaba a erigir barricadas en las calles, plantaba cara a los Guardias del Fénix y volvía a casa convencida de que había cumplido su «deber». Tal vez era eso el deber, algo que haces para sentirte útil.

Estupendo. Así era Cawti. ¿Cuál era mi deber? Dada-dedédu-duá-da. Mi deber era morir, porque me iba a pasar en cualquier caso, así que podía llamarlo mi deber. Te estás poniendo cínico, Vlad. Para ya.

Casi había terminado de cambiarme de armas, de modo que me quedé allí sentado, sosteniendo una daga destinada a mi bota derecha. Me recliné en la silla y cerré los ojos. Todo aquello era independiente de si me iban a matar pronto. ¿O no? ¿Tenía que hacer algo concreto, aunque fuera a morir? Sería una buena prueba para el «deber», dejando aparte el significado que yo le concediera.

Y comprendí que sí. Me había metido en aquel lío hasta el cuello impulsado por la idea de salvar la vida de Cawti. Si lo tenía tan claro como que iba a morir, debía asegurarme de que Cawti se encontrara a salvo antes de dejar que alguien me matara.

Un bonito problema.

Dada-dedé-duduá-da. Empecé a tirar la daga.

## «... y eliminar manchas sudor»

Un poco más tarde, mientras las semillas de una idea germinaban en mi cabeza, llamé a Kragar, pero Melestav dijo que había salido. Apreté mis dientes mentales y seguí pensando. ¿Qué pasaría si me mataban, pero a Cawti no?, me pregunté. Mi mitad cínica dijo que no sería mi problema. Además, supuse que mi abuelo y Cawti serían muy capaces de cuidarse mutuamente. Se había establecido cierta comunicación entre ellos en la calle, algo que me había dejado fuera. ¿Se reunirían para hablar de lo terrible que era yo? ¿Iba a morir de paranoia?

Dejando aparte todo eso, Cawti se encontraría con un problema interesante si Herth me mataba: querría matar a Herth, pero ya no quería ser una asesina. Al menos, por la forma en que me había hablado, yo suponía que ya no quería serlo. Por otra parte, a Kelly no le perjudicaría deshacerse de su mayor enemigo. Lástima que yo tuviera que morir para averiguarlo. Hummmm.

Me pregunté si encontraría una forma de convencer a Cawti de que me habían matado el tiempo suficiente para que se cargara a Herth. Mi posterior reaparición sería divertida. No obstante, podía ser muy embarazosa si ella prefería no matarle, y aún más embarazosa si Herth descubría que yo estaba vivo.

Tampoco existían motivos para descartar la posibilidad. Era mejor...

—Vuelves a tener una expresión morbosa, Vlad.

No pegué un bote.

—Eres muy amable, Kragar. ¿Sabes algo de Herth? —Meneó la cabeza. Continué —. Muy bien, se me han ocurrido un par de ideas. Quiero que una de las dos siga cociéndose. La otra es intentar lo más difícil.

—¿Sobornar a sus protectores?

Asentí.

—Muy bien —dijo—. Empezaré a trabajar.

—Estupendo. ¿Qué hay del asesino?

—El artista tendría que haber acabado. Dijo que yo tenía muy buena cabeza para los detalles. Como tú me enviaste la imagen, supongo que deberías sentirte halagado.

—De acuerdo, me siento halagado. Ya sabes qué tienes que hacer con el retrato.

Asintió, se marchó y yo continué planeando mi muerte, o al menos pensé en ello. Parecía muy poco práctico, pero tentador. El regreso triunfal era lo que me gustaba más, supongo. Claro que no funcionaría muy bien si, cuando regresara, Cawti estuviera liada con Gregory, por ejemplo.

Retuve aquella idea, para averiguar cuánto me molestaba. No mucho, lo cual también me molestó.

Loiosh y Rocza arañaron la ventana. Envainé la daga que había estado tirando y les dejé entrar. Me quedé a un lado, por si acaso. Parecían un poco agotados.

*¿De turismo?*

*Sí.*

*¿Quién ganó la carrera?*

*¿Por qué crees que hemos hecho una carrera, jefe?*

*No he dicho eso. Sólo he preguntado quién ganó.*

*Ah, ella. Por la envergadura de las alas.*

*Sí, por eso. Supongo que no os acercasteis a Adrilankha Sur, ¿verdad?*

*Pues... lo cierto es que sí.*

*Ah. ¿Y las barricadas?*

*No hay.*

Loiosh se posó sobre mi hombro. Me senté.

*Hace un rato, me preguntaste qué opinaría sobre el grupo de Kelly si Cawti no estuviera con ellos.*

*Sí.*

*He estado pensando al respecto. He decidido que da igual. Está con ellos, y he de trabajar sobre esa base.*

*De acuerdo.*

*Y creo que ya sé lo que debo hacer.*

No dijo nada. Noté que estaba picoteando ideas de mi cerebro.

*¿De veras crees que vas a morir?, preguntó al cabo de unos segundos.*

*Sí y no. Pienso que no me lo acabo de creer. En el pasado, me he encontrado en situaciones que parecían igual de malas, o peor. Mellar era más duro y listo que Herth, y la situación era peor, pero no sé cómo voy a salir de ésta. En los últimos tiempos, no me lo he montado muy bien. Puede que ésa sea la causa, en parte.*

*Lo sé. Bien, ¿qué vas a hacer?*

*Salvar a Cawti. Ignoro el resto, pero basta ahí llego.*

*Bien. ¿Cómo?*

*Sólo se me ocurren dos maneras: una es borrar del mapa a Herth, y probablemente a toda su organización, para que nadie recoja los pedazos y continúe.*

*No me parece demasiado factible.*

*No. La otra es arreglar las cosas para que Herth no vaya a por Cawti.*

*Eso me parece mejor, ¿Cómo piensas hacerlo?*

*Borrando del mapa a Herth y a toda su banda.*

Loiosh no dijo nada. Por lo que pude captar de sus pensamientos, estaba demasiado asombrado para hablar. La consideré una excelente idea.

*Pero Cawti... , dijo al cabo de un rato Loiosh.*

*Lo sé. Si se te ocurre una forma de convencer a Cawti y Herth de que he muerto, me sería de gran ayuda.*

*No me viene nada a la cabeza, jefe, pero...*

*Entonces manos a la obra.*

*No me gusta.*

*Tomo nota de la protesta. A trabajar. Quiero que todo haya terminado esta noche.*

*Esta noche.*

*Sí.*

*De acuerdo, jefe. Lo que tú digas.*

Saqué un trozo de papel y empecé a confeccionar un diagrama de todo lo que recordaba acerca del piso de Kelly, tomé notas sobre lo que no estaba seguro y me perdí en conjeturas sobre ventanas posteriores y cosas así. Después contemplé el resultado y traté de llegar a una decisión.

Ni la persona dotada de la imaginación más calenturienta podría llamar a aquello asesinato. Sería algo más parecido a una escabechina. Tendría que matar a Kelly, sin la menor duda, porque si sobrevivía no habría conseguido nada. Después a Pares, porque era un hechicero, y a tantos como me fuera posible. Era inútil tratar de planear el golpe con mi detallismo acostumbrado, sobre todo si el propósito consistía en liquidar a cinco o seis a la vez.

La idea de un incendio o una explosión pasó por mi mente, pero la rechacé. Los edificios estaban demasiado apretujados en aquella zona. No quería quemar todo Adrilankha Sur.

Cogí el diagrama y lo examiné. Tenía que haber una entrada

posterior en el edificio, y tal vez una entrada posterior al piso. Lo había visitado muchas veces y nunca había visto una cocina, y el despacho particular de Kelly tenía dos puertas, de modo que tal vez podría entrar por detrás y avanzar hacia adelante, para asegurarme de que no hubiera nadie despierto en aquella parte de la casa. Como daba la impresión de que todo el mundo dormía en la parte delantera, terminaría allí, rebanaría el pescuezo de Kelly, y después el de Pares. Si todo el mundo continuaba durmiendo, los iría matando de uno en uno. No tendría que preocuparme por revivificaciones, porque se trataría de orientales sin dinero, pero si podía volvería y lo comprobaría. Después me largaría.

Adrilankha Sur se despertaría por la mañana y aquella gente habría desaparecido. Cawti se disgustaría muchísimo, pero no podría volver a poner en pie la organización

ella sola. Al menos, yo confiaba en que no podría. Había varios orientales y tecklas más involucrados, pero el núcleo habría desaparecido, y no creía que los restos fueran capaces de hacer algo amenazador para Herth.

Estudié el diagrama antes de destruirlo. Me recliné en la silla, cerré los ojos, repasé los detalles y me aseguré de no dejar cabos sueltos.

Llegué al edificio de Kelly entre la medianoche y el amanecer. La puerta de entrada era una simple cortina. Rodeé el edificio. Había una especie de puerta en la parte posterior, pero sin cerradura. Aceité los goznes con minuciosidad y entré. Me encontré en un estrecho zaguán, fuera del piso de Kelly. Rocza estaba nerviosa sobre mi hombro derecho. Pedí a Loiosh que la calmara, cosa que no tardó en hacer.

Forcé la vista, pero no pude ver la puerta principal, ni nada, por cierto. Mi visión nocturna es bastante buena, pero hay quienes ven mejor que yo.

*¿Hay alguien en el vestíbulo, Loiosh?*

*Nadie, jefe.*

*Muy bien. ¿Dónde está la puerta posterior del piso?*

*Aquí mismo. Si extiendes la mano hacia la derecha, la tocarás.*

*Oh.*

Dejé atrás la cortina y ya estuve dentro. Olí a comida, tal vez pasada. Desde luego, olía a verduras podridas.

Tras prestar oídos un momento a sonidos de respiración, me arriesgué y proyecté una leve luz desde el extremo de mi índice, gracias a un conjuro sin importancia. Sí, estaba en la cocina, y era más grande de lo que suponía. Había algunos aparadores, una heladera y una bomba. Bajé la luz un poco, sostuve el dedo ante mí y me dirigí hacia la siguiente habitación.

Atravesé la habitación donde había hablado con Kelly. Estaba tal como la recordaba, excepto por algunas cajas más. Distinguí un brillo acerado en una de ellas. Me acerqué más y vi una daga larga, que reconocí como un arma asesina, o algo muy parecido. La inspeccioné. Sí, lo era.

Iba a continuar hacia la siguiente habitación, la biblioteca, cuando intuí que había alguien detrás de mí. Ahora que me esfuerzo por recordarlo, me parece que Rocza aumentó su presa sobre mi hombro en aquel momento, pero Loiosh no reparó en nada. Giré en redondo, me retorcí un poco a un lado y extraje una daga del interior de mi capa.

Al principio no vi nada, pero seguí notando la presencia de otra persona en la habitación. Dejé que la luz de mi dedo se atenuara y desviara a un lado, pues pensé que si no podía verle, no había motivos para que él me viera. Después distinguí un leve contorno, como si hubiera una figura transparente ante mí. No supe qué significaba, pero sabía que no era normal. Rompehechizos cayó en mi mano izquierda.

La figura no se movió, pero poco a poco fue adquiriendo más sustancia. Pensé que la habitación estaba oscura como el pelo de Verra y que no podría ver nada.

*Loiosh, ¿qué ves?*

*No estoy seguro, jefe.*

*Pero ves algo.*

*Creo que sí.*

*Sí. Yo también.*

Rocza se agitó, inquieta. Bien, no la culpé. Entonces comprendí qué estaba viendo, y todavía la culpé menos.

\* \* \*

Cuando caminé por los Senderos de los Muertos con Alieria y visité los Salones del Juicio, me dejaron muy claro que no era bienvenido. Era un lugar reservado a las almas de los dragaeranos, no a los cuerpos vivos de orientales. Para llegar allí, un cuerpo tenía que ser arrojado por las Cataratas de la Puerta de la Muerte (lo cual era suficiente para convertirlo en cadáver, aunque antes no lo hubiera sido). Después flotaba río abajo y quedaba retenido en una curva de la orilla, desde la cual el alma podía viajar..., pero eso no importa ahora. Si el alma se lo montaba bien, llegaba a los Salones del Juicio, y a menos que un dios apreciara o detestara especialmente al tipo, ocupaba un puesto en la bulliciosa comunidad de personas muertas.

Estupendo, genial.

¿Qué pasaba si no le conducían a las Cataratas de la Puerta de la Muerte? Bien, si le mataban con una daga Morganti, asunto solucionado. Si llegaba a algún acuerdo con su dios favorito, el dios tenía el placer de hacer lo que le diera la gana con el alma. Si no, se reencarnaba. No es preciso que me creáis, por supuesto, pero algunas experiencias recientes me han convencido de que eso es verdad.

Todo cuanto sé acerca de la reencarnación lo aprendí de Alieria antes de llegar a creerlo, así que he olvidado mucho de lo que dijo, pero recuerdo que un niño nonato ejerce una especie de atracción mística y absorbe el alma más apropiada. Si no hay alma apropiada a mano, no nacerá. Si no hay niño apropiado a un alma, el alma espera en un lugar que los nigrománticos llaman «La Llanura de las Almas que Esperan», porque carecen de imaginación. ¿Por qué esperar allí? Porque no se puede evitar. Hay algo en ese lugar que atrae a las almas dragaeranas.

¿Y los orientales? Bien, más o menos es lo mismo, por lo que yo sé. En lo referente al alma, no hay gran diferencia entre una dragaerana y una oriental. Tenemos prohibido el acceso a los Senderos de los Muertos, pero las armas Morganti ejercen el mismo efecto sobre nosotros, y podemos hacer tratos con cualquier dios que tenga

ganas, y es probable que nos reencarnemos si no pasa nada más, o eso al menos dicen que dijo Yain Cho Lin, el poeta-vidente oriental. De hecho, según el *Libro de los Siete Magos*, la Llanura de las Almas que Esperan nos atrae mientras esperamos, igual que a los dragaeranos.

No obstante, el libro dice que no atrae con tanta fuerza. ¿Por qué? La población. Hay más orientales en el mundo, así que hay menos almas esperando, así que hay menos almas que ayuden a llamar a las otras. ¿Os parece sensato? A mí no, pero eso es lo que hay.

Un resultado de esta atracción más débil es que, a veces, el alma de un oriental no se reencarnará ni irá a la Llanura de las Almas que Esperan. En cambio, bueno, vagabundeará por ahí.

Al menos, eso dice la historia. Podéis creerla o no, a vuestro gusto.

Yo sí que la creo.

Estaba viendo a un fantasma.

Lo miré fijamente. Por lo visto, mirar fijamente es lo primero que hace uno cuando ve un fantasma. No estaba muy seguro de qué era lo segundo. Según las historias que mi abuelo me contaba cuando era pequeño, chillar era lo más normal, pero si chillaba, despertaría a todo el mundo, y necesitaba que estuvieran dormidos si quería matarlos. Además, no experimenté la necesidad. Sé que debía estar aterrorizado, pero creo que estaba mucho más fascinado que asustado.

El fantasma continuó adquiriendo solidez. Era un poco luminoso, por eso podía verlo. Emitía un resplandor azul muy tenue. Mientras miraba, empecé a distinguir las líneas de su cara. No tardé en discernir que era oriental, y varón. Daba la impresión de que me estaba mirando, o sea, que me veía. Como no quería despertar a nadie, salí de la habitación y volví al estudio de Kelly. Conjuré una lucecita de nuevo, me acerqué a su escritorio y tomé asiento. No sé cómo supe que el fantasma me seguiría, pero acerté.

Carraspeé.

—Bien —dije—. Tú debes de ser Franz.

—Sí —contestó el fantasma. ¿Puedo decir que su voz era sepulcral? Me da igual.

Lo era.

—Yo soy Vladimir Taltos, el marido de Cawti.

El fantasma..., no, permitid que le llame Franz. Franz asintió.

—¿Qué haces aquí?

Mientras hablaba, seguía solidificándose, y su voz se hizo más normal.

—Bien —dije—, es un poco difícil de explicar. ¿Qué haces tú aquí?

Enarcó las cejas (que ya podía ver).

—No estoy seguro —contestó.

Le examiné. Tenía el pelo claro, liso y bien peinado. ¿Cómo se peina un fantasma?

Su cara era agradable, pero vulgar, su semblante poseía ese aspecto decente y sincero que suelo asociar con vendedores de especias y lyorns muertos. Tenía una forma peculiar de erguirse, como si siempre estuviera un poco inclinado hacia adelante, y cuando yo hablaba, ladeaba un poco la cabeza. Me pregunté si era duro de oído, o se concentraba para captar todo lo que le decían. Parecía un oyente muy interesado. De hecho, parecía interesado en general.

—Estaba a la puerta de la sala de reuniones... —dijo.

—Sí. Te asesinaron.

—¡Asesinado!

Asentí.

Me miró, se miró, cerró los ojos un momento.

—¿Estoy muerto ahora? —preguntó—. ¿Soy un fantasma?

—Algo así. Tendrías que estar esperando la reencarnación, si he entendido bien el funcionamiento de esas cosas. Creo que no hay orientales embarazadas por aquí que cumplan los requisitos. Ten paciencia.

Me miró de arriba abajo.

—Eres el marido de Cawti.

—Sí.

—Dices que me asesinaron. Sabemos lo que tú haces. Tal vez...

—No. Lo hizo un tipo llamado Yerekin. Os entrometisteis en el camino de un individuo llamado Herth.

—¿Y ordenó matarme? —Franz sonrió de repente—, ¿Para intentar asustarnos?

—Sí.

Se puso a reír.

—Imagino el resultado. Hemos organizado todo el distrito, ¿verdad? Aprovechando mi muerte como acicate.

Le miré fijamente.

—Lo has adivinado. ¿No te molesta?

—¿Molestarme? Hace tiempo que intentamos unir a orientales y tecklas contra el Imperio. ¿Por qué iba a molestarme?

—Oh. Bien, parece que está dando resultado.

—Estupendo. —Su expresión cambió—. Me pregunto por qué he vuelto.

—¿Qué recuerdas?

—No mucho. Estaba de pie allí y la garganta empezó a picarme. Después sentí que alguien me tocaba el hombro por atrás. Me volví, sentí que las rodillas me fallaban, y luego... No sé. Recuerdo que desperté, más o menos, con sensación de... preocupación, creo. ¿Cuándo pasó?

Se lo dije. Abrió los ojos de par en par.

—Me pregunto qué me habrá impulsado a volver.

—¿Dices que te sentías preocupado?

Asintió.

Suspiré para mis adentros. Casi estaba seguro de qué le había traído de vuelta, pero preferí no decírselo.

*Eh, jefe.*

*Sí.*

*Esto es muy raro.*

*No. Es normal. Todo es normal. Sólo pasa que algunas cosas normales son más raras que otras cosas normales.*

*Ah. Eso lo explica todo.*

—Cuenta qué ha pasado desde que morí —dijo Franz.

Lo hice, con la mayor sinceridad posible. Cuando le hablé de Sheryl, su rostro adquirió una expresión dura y fría, y recordé que estaba hablando con un fanático. Aumenté mi presa sobre Rompehechizos, pero continué mi relato. Cuando le conté lo de los barricadas, un brillo apareció en sus ojos, y me pregunté si Rompehechizos sería muy eficaz.

—Bien —dijo, cuando hube terminado—, les hemos puesto en fuga.

—Er, sí.

—En ese caso, ha valido la pena.

—¿Morir?

—Sí.

—Oh.

—Me gustaría hablar con Pat, si puedo. ¿Dónde están todos?

Casi le contesté que dormidos, pero me contuve.

—No estoy seguro —dije.

Entornó los ojos.

—¿Estás solo?

—De ninguna manera.

Loiosh siseó para dar mayor énfasis a mis palabras. Franz miró a los dos jheregs, pero no sonrió. Por lo visto, tenía tanto sentido del humor como los demás.

—Estoy vigilando la casa —añadí.

Abrió mucho los ojos.

—¿Te has unido a nosotros?

—Sí.

Me sonrió, y su expresión contenía tanta simpatía que le hubiera molido a patadas, pero era incorpóreo.

—Cawti no lo creía posible.

—Sí, bueno.

—Emocionante, ¿verdad?

—Emocionante. Sí, desde luego.  
—¿Dónde está el último ejemplar?  
—¿Ejemplar?  
—Del periódico.  
—Ah. Er... Por ahí.

Paseó la vista alrededor del despacho, que yo iluminaba todavía con el dedo, y localizó uno por fin. Intentó cogerlo, no pudo, insistió, y por fin lo logró. Después lo dejó.

—Cuesta coger cosas —dijo—. ¿Podrías pasarme las páginas?  
—Oh, claro.

Le pasé las páginas y emití gruñidos de aprobación cuando decía cosas como «No, ahí se equivoca» y «¡Malditos bastardos! ¿Cómo pueden ser capaces?». Al cabo de un rato, paró de leer y me miró.

—Valió la pena morir, pero ojalá pudiera volver. Queda mucho por hacer.

Continuó leyendo. Observé que daba la impresión de desvanecerse. Le vigilé un rato, y comprendí que el efecto era lento, pero incesante.

—Escucha —dije—, voy a buscar a la gente para informar de que has vuelto, ¿de acuerdo? ¿Te encargarás de vigilar esto? Estoy seguro de que si entra alguien le darás un susto de muerte.

Sonrió.

—Muy bien. Adelante.

Asentí y volví sobre mis pasos, por la cocina y hasta la puerta.

*Pensaba que íbamos a matarles a todos, jefe.*

*Yo también.*

*¿No habrías podido deshacerte del fantasma con Rompehechizos?*

*Probablemente.*

*Entonces ¿por qué...?*

*Ya le han matado demasiadas veces. Con una es suficiente.*

*Pero ¿y los demás?*

*He cambiado de opinión.*

*Ah. Bien, a mí tampoco me gustaba la idea.*

*Estupendo.*

Me teleporté a un punto situado a una manzana de mi casa. Las farolas de la calle proporcionaban luz suficiente para informarme de que estaba solo. Caminé hacia casa con mucha cautela, atento a la aparición del asesino.

*¿Por qué cambiaste de opinión, jefe?*

*No lo sé. He de pensarlo un poco más. Algo sobre Franz, supongo.*

Subí la escalera y entré en casa. La suave respiración de Cawti surgía de la habitación. Me quité las botas y la capa, entré, me desnudé y me metí en la cama con

mucho sigilo para no despertarla.

Cuando cerré los ojos, vi la cara de Franz delante de mí. Me costó más de la cuenta dormirme.

# 12

## «1 capa gris: lavar y planchar...»

Me dormí tarde y desperté poco a poco. Me incorporé en la cama, intenté organizar mis ideas y decidir en qué iba a emplear el día. Mi último plan no había funcionado ni por asomo, así que volví al anterior. ¿Existía alguna forma de convencer a Cawti y Herth de que me habían matado? Herth me dejaría en paz. Cawti mataría a Herth. No se me ocurrió nada.

*¿Sabes cuál es tu problema, jefe?*

*¿Eh? Sí. Todo el mundo quiere contarme cuál es mi problema.*

*Siento haberlo mencionado.*

*Oh, continúa.*

*Intentas solucionar el problema con un buen truco, y esto no se puede solucionar con trucos.*

Me quedé de piedra.

*¿Qué quieres decir?, pregunté.*

*Bien, escucha, jefe. Te molesta haber tropezado con esta gente, convencida de que no deberías ser lo que eres, y has de decidir si cambiar o no.*

*Loiosh, lo que me molesta es que hay un asesino suelto que tiene mi nombre y...*

*¿No dijiste ayer que habíamos estado en sitios peores?*

*Sí, y he encontrado un truco para salir de ellos.*

*¿Y por qué no lo has hecho esta vez?*

*Estoy demasiado ocupado contestando a preguntas de jheregs convencidos de que mi único problema consiste en estar amargado por lo que me ha tocado vivir.*

Loiosh lanzó una risita psiónica y no dijo nada más. Es una característica de Loiosh que no he encontrado en ningún otro ser: sabe cuándo ha de parar de presionarme y dejar que piense por mi cuenta. Supongo que es una consecuencia de compartir mis pensamientos. No se me ocurre otra explicación.

Me teleporté a la oficina. Me pregunté si mi estómago se acostumbraría a tantos abusos. Cawti me contó una vez que, cuando trabajaba con Norathar, se teleportaban a casi todas partes, y su estómago nunca se adaptó. Casi estropearon un trabajo en una ocasión, porque vomitó sobre la víctima. No os daré más detalles; ella lo cuenta

mejor que yo.

Llamé a Kragar.

—¿Bien?

—Hemos identificado al asesino. Se llama Quaysh.

—¿Quaysh? Qué raro.

—Es serioli. Significa: «El Que Diseña Broches Interesantes Para Joyas Femeninas».

—Entiendo. ¿Se encarga alguien de él?

—Sí, un tipo llamado Ishtvan. Le utilizamos una vez.

—Me acuerdo. Era rápido.

—Ése es.

—Estupendo. ¿Quién reconoció a Quaysh?

—Bastones. Eran amiguetes.

—Hummmm. ¿Algún problema?

—No que yo sepa. Negocios.

—Sí. De acuerdo, pero dile a Bastones que esté alerta. Si él sabe que él sabe quién es, y no sabe que él sabe...

—¿Qué?

—Dile a Bastones que vaya con cuidado. ¿Algo más?

—No. Estoy recogiendo información sobre los guardaespaldas de Herth, pero tardaremos bastante en saber lo suficiente para abordar a uno.

Asentí y se fue a trabajar. Rasqué a Loiosh debajo de la barbilla. Me teleporté, una vez más, a Adrilankha Sur. Me acerqué al piso de Kelly para ver cómo iban las cosas. Me mantuve alejado de la esquina donde me había apostado en ocasiones anteriores y me quedé más abajo de la calle. Ahora el objetivo era pasar desapercibido.

La gente que no entiende de este negocio suele sobreestimar la importancia del aspecto en general y la indumentaria en particular. Es lo que se nota. No sueles fijarte en la forma de andar de alguien, la dirección en que mira, o sus movimientos entre la multitud. Te fijas en su apariencia y su indumentaria. Sin embargo, no es eso lo que atrae tu atención. Cada día se ve a gente que parece peculiar, pero no atrae la atención. No se puede esperar que alguien diga: «No vi a ese tipo que parecía raro», «Había una persona vestida con ropas muy estrambóticas, pero no me fijé en ella». Una nariz de forma peculiar, un cabello extravagante o

una forma extraña de vestirse es lo que recuerdas de alguien en quien te has fijado, pero no es lo que suele llamar la atención sobre dicha persona.

Yo iba vestido de forma rara para aquella zona, pero me comportaba con normalidad, en mitad de la calle donde estaba todo el mundo, y hacía lo que hacía todo el mundo. Nadie se fijó en mí, y vigilé el piso de Kelly para ver si ocurría algo extraño. O sea, quería saber si habían descubierto a Franz.

Al cabo de una hora seguía en la inopia, de modo que me acerqué un poco más al edificio, después un poco más, después me deslicé hasta un costado, luego hasta otro. Apliqué mi oído a la pared. Era más delgada aún de lo que suponía, y no me costó nada escuchar lo que pasaba dentro.

No estaban hablando de Franz.

Kelly estaba hablando, en tono mordaz, sarcástico.

—Es como si estuvieras diciendo: «Sé que no estás interesado, pero...».

Cawti dijo algo, pero en voz demasiado baja para que la oyera. Demasiado baja para Kelly, también, porque dijo:

—Sube la voz.

Lo dijo en un tono que me acojonó. Cawti volvió a hablar, y tampoco pude oírla, y luego habló Paresh.

—Eso es absurdo. Ahora es doblemente importante. Tal vez no te hayas dado cuenta, pero nos encontramos en mitad de un levantamiento. Cada error que cometamos será doblemente mortal. No podemos permitirnos ningún error.

Entonces Cawti murmuró algo más y oí varias exclamaciones.

—Si piensas eso —dijo Gregory—, ¿por qué te uniste a nosotros?

—Lo estás enfocando desde su punto de vista —dijo Natalia—. Has intentado ser una aristócrata toda tu vida, y ahora también, pero nuestra intención no es intercambiar nuestros puestos, y no vamos a destruirles si aceptamos sus mentiras como verdades.

Kelly dijo algo, y otros también, pero no voy a contaros nada más. No es asunto vuestro, ni siquiera mío, aunque les escuchara.

Y escuché, ya lo creo, cada vez más cabreado. Loiosh no paraba de estrujar mi hombro con sus garras, y en un momento dado dijo: *Rocza está muy enfadada*. No contesté porque no me fiaba de mí, ni siquiera con Loiosh. Había una puerta al otro lado de la esquina, y habría podido entrar y liquidado a Kelly en un abrir y cerrar de ojos.

Me costó reprimir mis instintos.

Lo único que me disuadía era oír cosas como «¿Cómo puede aguantar ella eso?» y «¿Por qué lo soporta?». También pensé que los demás eran muy valientes o muy confiados. Sabían tan bien como yo que Cawti habría podido matarles a todos en cuestión de segundos.

La mujer con la que me había casado lo habría hecho.

Por fin, me alejé del edificio y fui a tomar klava.

\* \* \*

Había cambiado un poco durante el último año, y yo no me había dado cuenta. Tal vez era eso lo que más me molestaba. O sea, si de veras la quería, ¿por qué no me había dado cuenta de que la máquina de matar ambulante se estaba convirtiendo en... lo que fuera? Démosle la vuelta. Sí, la quería. Lo sabía, porque me dolía mucho, y no me había dado cuenta, y punto.

Era absurdo preguntarse por qué había cambiado. No tiene futuro, como diría Bastones. La cuestión era: ¿íbamos a cambiar juntos? No, seamos sinceros. La cuestión era: ¿iba a fingir yo ser lo que no era, o intentar convertirme en algo que no era, sólo para retenerla? Cuando me lo planteé así, supe que no podía. No iba a transformarme en otra persona para que ella volviera a quererme. Se había casado conmigo por lo que era, y viceversa. Si se separaba de mí, tendría que sobrevivir como pudiera.

O no. Aún quedaba Quaysh, que había aceptado asesinarme, y Herth, que lo intentaría otra vez si Quaysh fracasaba. Tal vez no me vería obligado a sobrevivir. Sería muy conveniente, pero escasamente ideal. Pedí más klava, que me trajeron en un vaso, lo cual me recordó a Sheryl, lo cual no contribuyó a levantar mis ánimos.

Una hora más tarde, seguía asediado por pensamientos sombríos, cuando Natalia entró acompañada por un oriental que yo no conocía y un teckla que no era Paresh. Me vio y cabeceó, se lo pensó mejor y vino hacia mí, después de decir algo a sus acompañantes. La invité a sentarse y aceptó. La invité a una taza de té, porque me sentía generoso y porque a ella no le gustaba el klava. Nos miramos cuando llegó el té. Olía mejor que el klava, y lo sirvieron en una taza. Decidí que no olvidaría el detalle.

La vida de Natalia estaba esbozada a grandes rasgos en su cara. No distinguí los detalles, pero el resumen era evidente. Tenía el cabello oscuro, pero canoso, esas delgadas mechas grises que no aportan dignidad, sino que envejecen. La frente era ancha, y las arrugas parecían permanentes. Nacían unas arrugas más profundas junto a su nariz, que habría sido muy bonita en su juventud. Tenía la cara delgada y marcada por la tensión, como si fuera por el mundo con la mandíbula apretada. Y sin embargo, capté una chispa en sus ojos. Debía tener poco más de cuarenta años.

—¿Cómo te metiste en todo esto? —pregunté, mientras ella bebía té y se formaba opiniones sobre mí tan válidas como las mías sobre ella.

Abrió la boca para contestar, pero intuí que me iba a recitar un panfleto.

—No —dije—, da igual. No estoy seguro de querer oírlo.

Me dedicó una especie de media sonrisa, lo más alegre que me había deparado desde que la había conocido.

—¿No quieres oír la historia de cuando estuve en el harén de un rey oriental?

—Pues sí, pero supongo que no es cierta, ¿verdad?

—Temo que no.

—Mejor así.

—Sin embargo, durante un tiempo me dediqué a robar.

—¿Sí? No es una mala ocupación. El horario es cómodo.

—Es como todo lo demás. Depende de lo bueno que seas en tu profesión.

Pensé en los oreas, que acuchillan a cualquiera por veinte imperiales.

—Supongo —dije—. Imagino que no eras de las buenas.

Asintió.

—Vivíamos al otro lado de la ciudad. —Se refería al otro lado de Adrilankha Sur. Para la mayoría de orientales, Adrilankha Sur era toda la ciudad—. Eso fue después de que mi madre muriera. Mi padre me llevaba a una posada y yo robaba las monedas que los borrachos dejaban en la barra, o a veces les cortaba la bolsa.

—No, eso no es estar en la cima de la profesión, ¿verdad? Supongo que es una forma de vivir como otra cualquiera.

—En cierto modo.

—¿Te cogieron?

—Sí, una vez. Habíamos acordado que, si me pescaban, haría ver que me pegaba, como si hubiera sido idea mía. Cuando por fin me pillaron, hizo algo más que fingir.

—Entiendo. ¿Sabes qué pasó en realidad?

—No. Sólo tenía diez años, y estaba demasiado ocupada llorando y chillando que no lo volvería a hacer, que lo sentía, y todo lo que se me ocurrió.

El camarero regresó con más klava. No lo toqué, escarmentado por la experiencia.

—¿Qué pasó después? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—No volví a robar nunca más. Entramos en otra posada y no robé nada, de manera que mi padre me sacó a la calle y me dio otra paliza. Huí y no he vuelto a verle desde entonces.

—¿Cuántos años has dicho que tenías?

—Diez.

—Hummmm. ¿De qué viviste, si me permites la pregunta?

—Como sólo entendía de posadas, entré en una y me ofrecí a barrer los suelos a cambio de una comida. El dueño accedió, y eso fue lo que hice durante una temporada. Al principio, era demasiado flaca para tener problemas con los clientes, pero después tuve que esconderme por las noches. Me responsabilizaron del aceite, así que me sentaba a oscuras en mi habitación, cubierta con mantas. En realidad, no me importaba. Tener una habitación para mí sola era tan bonito que no echaba de menos la luz o el calor.

»Cuando el propietario murió, yo tenía doce años, y su viuda se apegó a mí. Dejé de encargarme del aceite, que era agradable, pero lo mejor que hizo por mí fue enseñarme a leer. A partir de aquel momento dediqué todo mi tiempo a leer, los mismos ocho o nueve libros una y otra vez. Recuerdo uno que no llegué a entender

por más veces que lo leí, otro de cuentos de hadas, y una obra de teatro, algo acerca de un naufragio. Uno trataba de los mejores sitios para plantar cosechas, o algo por el estilo. Llegué a leerlo, lo cual demuestra lo desesperada que estaba. No bajaba al bar por las noches, y no había nada más que hacer.

—Entonces Kelly apareció y cambió tu vida, y te hizo ver esto y lo otro, ¿verdad?  
Sonrió.

—Algo así. Le veía cada día vendiendo periódicos en una esquina cuando iba a mis recados. Un día, comprendí que podía comprar uno y así tendría algo nuevo para leer. No conocía la existencia de librerías. Creo que Kelly tenía unos veinte años por aquel entonces.

»Durante el año siguiente compré un periódico cada semana, pero me iba antes de que pudiera hablar conmigo. No tenía ni idea de qué iba el periódico, pero me gustaba. Al cabo de un año, empecé a pensar en lo que decía, y en lo que tenía que ver conmigo. Recuerdo que me quedé muy, muy impresionada cuando me di cuenta de que debía pasar algo muy raro para que una niña de diez años tuviera que dedicarse a robar en posadas.

—Eso es verdad. Una niña de diez años debería robar en las calles.

—Basta —replicó, y decidí que debía estar en lo cierto, porque murmuré una disculpa.

—Y entonces decidiste salvar al mundo.

Supuse que su vida le había enseñado cierta dosis de paciencia, porque no me miró con el cinismo que habría empleado Paresh, o Cawti. Meneó la cabeza.

—No es tan sencillo. Empecé a hablar con Kelly, por supuesto, y empezamos a discutir. No comprendí hasta más tarde que el único motivo de ir a verle residía en que era la única persona que me escuchaba y parecía tomarme en serio. Creo que nunca me habría decidido, pero fue el año que impusieron el impuesto sobre las tabernas.

Asentí. Había sido antes de mi época, pero aún recuerdo hablar a mi padre del asunto, en aquel peculiar tono susurrado que siempre utilizaba cuando hablaba sobre algo del Imperio que le desagradaba.

—¿Qué pasó después?

Rió.

—Un montón de cosas. Lo primero fue que la posada cerró, casi enseguida. La propietaria la vendió, seguro que por lo justo para seguir viviendo. El nuevo propietario la cerró hasta que se calmaron los ánimos, así que me encontré en la calle y sin trabajo. Aquel mismo día vi a Kelly, y su periódico llevaba un extenso artículo sobre el problema. Le dije algo sobre aquel ridículo periódico, y que lo ocurrido sí era real, y se me lanzó encima como un dzur sobre un lyorn. Dijo que de aquello precisamente hablaba el periódico, y que la única forma de salvar los empleos era tal,

tal y tal. No recuerdo casi nada, pero estaba muy enfadada y no tenía las ideas claras. El problema era que la emperatriz era demasiado codiciosa, dije, y él contestó que no, que la emperatriz estaba desesperada, por esto y lo otro, y pensé que hablaba como si estuviera de su parte. Me marché y no volví a verle hasta años después.

—¿Qué hiciste?

—Encontré otra posada, en el lado dragaerano de la ciudad. Como los dragaeranos son incapaces de adivinar la edad que tienes, y como el propietario pensaba que era «mona», me dejaba servir a los clientes. Resultó que el camarero anterior había muerto apuñalado la semana anterior. Supongo que eso habría debido bastar para saber qué clase de local era, y lo era, pero me lo monté bien. Encontré un piso a este lado de Dosviñas, y cada día recorría los tres kilómetros que distaba el local. Lo mejor fue que en el camino había una pequeña librería. Gasté mucho dinero en ella, pero valió la pena. Me gustaba en especial la historia, dragaerana, humana no. Y los cuentos también. Supongo que no sabía diferenciar muy bien lo uno de lo otro. Imaginaba que era un Señor Dzur y luchaba en la batalla de los Siete Pinos, y después me encaminaba a la Montaña Dzur para combatir contra la Hechicera, todo en un suspiro. ¿Qué pasa?

Supongo que debí pegar un bote cuando mencionó la Montaña Dzur.

—Nada. ¿Cuándo volviste a encontrarte con Kelly?

Mi klava estaba lo bastante frío para coger el vaso, y lo bastante tibio para que aún valiera la pena beberlo. Lo hice.

—Después de que nombraran al recaudador de impuestos en el distrito oriental —dijo Natalia—. Una pareja que vivía en el piso de abajo también sabía leer, y se unieron a un grupo de gente que intentaba enviar una súplica a la emperatriz en contra de los impuestos.

Asentí. Alguien había acudido al restaurante de mi padre con una petición similar años antes, aunque vivíamos en la parte dragaerana de la ciudad. Mi padre le había echado a patadas.

—Ni siquiera sé por qué nombraron a un recaudador de impuestos —dije—. ¿El Imperio intentaba expulsar a los orientales de la ciudad?

—Estaba íntimamente relacionado con los levantamientos de los ducados orientales y norteños, que terminaron con los trabajos forzados. He escrito un libro sobre el terna. ¿Te gustaría comprar un ejemplar?

—Da igual.

—Sea como sea, mis vecinos y yo nos implicamos con aquella gente. Trabajamos con ellos un tiempo, pero no me gustaba la idea de acudir al Imperio arrodillados y con la cabeza gacha. Me parecía un error. Supongo que tenía la cabeza llena de las historias y relatos que había leído, y sólo tenía catorce años, pero pensaba que, si querías obtener algo de la emperatriz, tenías que ser audaz y demostrar tu valía. —

Pronunció las palabras «audacia» y «valía» con cierto énfasis—. Pensaba que debíamos hacer algo maravilloso por el Imperio, y después pedir que eliminaran los impuestos como recompensa.

Sonreí.

—¿Qué dijeron los demás?

—Oh, nunca llegué a proponerlo. Quería, pero tenía miedo de que se rieran de mí. —Fruunció los labios un momento—. Ya lo creo que lo habrían hecho. Celebramos algunas asambleas públicas para hablar de ello, y Kelly apareció entonces con cuatro o cinco seguidores más. No recuerdo qué dijeron, pero me causaron una gran impresión. Eran más jóvenes que muchos de los presentes, pero daba la impresión de que sabían exactamente de qué estaban hablando, y llegaron y se marcharon juntos, como para demostrar su unidad. Creo que me recordaron a los ejércitos dragones. Después de una asamblea, me acerqué a Kelly y dije: «¿Te acuerdas de mí?», y así era, y empezamos a hablar. Nos pusimos a discutir al cabo de un minuto, sólo que esta vez no me

marché. Le di mi dirección y quedamos en seguir en contacto.

»Tardé un año o así en unirme a él, después de los disturbios y las matanzas. Fue la época en que, por fin, la emperatriz retiró al recaudador de impuestos.

Asentí, como si supiera de qué estaba hablando.

—¿Kelly tuvo algo que ver en eso? —pregunté.

—Todos tuvimos algo que ver. No provocó los disturbios, pero intervino en todo momento. Le encarcelaron una temporada, en uno de los campos de concentración que montaron cuando nos derrotaron. Conseguí esquivar a los Guardias, pese a que yo también había participado en la quema de la Lonja de la Made-ra. Eso fue lo que desencadenó la intervención de las tropas. La Lonja de la Madera era propiedad de un dragaerano. Un iorich, me parece.

—No lo sabía —dije con toda sinceridad—. ¿Has estado con Kelly desde entonces? Asintió.

Pensé en Cawti.

—Ha de ser difícil —dije—. Me refiero a que debe de ser difícil trabajar con él.

—Es emocionante. Estamos construyendo el futuro.

—Todo el mundo construye el futuro. Todo lo que hacemos cada día construye el futuro.

—De acuerdo. Me refería a que lo estamos construyendo conscientemente. Sabemos lo que hacemos.

—Sí, vale, estáis construyendo el futuro. Para conseguirlo, estáis sacrificando el presente.

—¿Qué quieres decir?

Su tono era más inquisitivo que brusco, lo cual me hizo albergar esperanzas sobre

ella.

—Estáis tan entregados a lo que hacéis que no veis a la gente que os rodea. Estáis tan empeñados en crear esta visión que os resulta indiferente la gente inocente que pueda salir perjudicada. —Quiso hablar, pero yo continué—. Escucha, los dos sabemos quién soy y lo que hago, así que es inútil ir con fingimientos, y si crees que es intrínsecamente perverso, ya no hay nada más que decir. Pero puedo asegurarte que nunca, nunca, he hecho daño a propósito a un inocente. Incluyo a los dragaeranos en la categoría de gente, para dejar las cosas bien claras.

Sostuvo mi mirada sin pestañear.

—Creo que hablas con sinceridad, y no pienso discutir tu noción de inocencia. Sólo puedo decir que, si de veras crees lo que acabas de decir, nada que yo diga cambiará tu opinión, así que es inútil seguir discutiendo.

Me relajé, sin darme cuenta de que me había puesto en tensión. Esperaba que ella me aporreara o algo por el estilo, supongo. De repente, me pregunté por qué me importaba, y decidí que Natalia parecía la más razonable de todas aquellas personas que había conocido hasta el momento, y de alguna manera quería que al menos una me cayera bien, y viceversa. Qué estupidez. Dejé de procurar «caer bien» a la gente a la edad de doce años, y los resultados de tal actitud me han repercutido de formas que nunca olvidaré.

Y con ese pensamiento llegó una cierta ira, y con la ira cierta resolución. La borra de mi cara, pero regresó como una ola helada y refrescante. Había iniciado el sendero que conducía a este punto muchísimos años antes, y había dado aquellos primeros pasos porque odiaba a los dragaeranos. Fueron mis motivos entonces, eran mis motivos ahora, y ya era suficiente.

La gente de Kelly hacía todo por ideales que yo nunca podría entender. Para ellos, la gente eran «las masas», y los individuos sólo importaban por lo que hacían en pro del movimiento. Esa gente era incapaz de amar, sin egoísmo, sin pensar en la causa, la forma y el resultado. De forma similar, era incapaz de odiar. Estaban demasiado obsesionados por los motivos de las personas al actuar para ser capaces de odiarlas por ello.

Pero yo odiaba. Sentía el odio en mi interior, daba vueltas como una bola de hielo. En este preciso momento, odiaba a Herth, más que a nadie. No, la verdad era que no quería contratar a alguien para que le llevara de paseo, quería hacerlo yo. Quería sentir ese tirón del cuerpo cuando se agita y patalea, mientras yo tengo la sartén por el mango y la vida brota de él como el agua de las fuentes heladas de las Montañas Orientales. Eso era lo que deseaba, y lo que deseas te convierte en lo que eres.

Dejé algunas monedas para pagar el klava y el té. Ignoro qué sabía Natalia de lo que pasaba por mi cabeza, pero sí sabía que había terminado de hablar. Me dio las gracias y nos levantamos al mismo tiempo. Hice una reverencia y agradecí su

compañía.

Mientras salía, llamó a sus dos acompañantes con una mirada y salieron delante de mí, se volvieron y la esperaron junto a la puerta. Mientras me alejaba, el oriental miró mi capa gris, con el estilizado jhereg posado sobre ella, y dibujó una sonrisa burlona. Si hubiera sido el teckla, le habría matado, pero era el oriental, de modo que seguí caminando.

# 13

«... eliminar pelos de gato...»

Las campanillas sonaron, alegres y repiqueteantes, cuando entré en la tienda. Mi abuelo estaba escribiendo en una libreta encuadrada con un lápiz pasado de moda. Cuando entré, levantó la vista y sonrió.

—¡Vladimir!

—Hola, noish-pa.

Le abracé. Nos sentamos y saludó a Loiosh. Ambrus saltó en mi regazo y le saludé como debía. Ambrus nunca ronroneaba cuando le acariciaban, pero de alguna manera te informaba de que le gustaba lo que hacías. Mi abuelo me había dicho en una ocasión que Ambrus sólo ronroneaba cuando estaban haciendo magia juntos. El ronroneo era la señal de que todo iba bien.

Estudí a mi abuelo. ¿Parecía un poco más viejo, un poco más cansado que antes? No estaba seguro. Es difícil examinar un rostro familiar como si fuera el de un extraño. Por alguna *razón*, mis ojos descendieron hasta sus tobillos, y me fijé que parecían delgados y frágiles, pese a su envergadura. Sí, y también pese a su envergadura, su pecho parecía fuerte y musculoso bajo la túnica roja y verde desteñida. Su cabeza, calva a excepción de una tenue franja de pelo blanco, brillaba a la luz de la vela.

—Bien —dijo al cabo de unos segundos.

—¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien, Vladimir. ¿Y tú?

—Por el estilo, noish-pa.

—Sí. ¿Tienes algo en mente?

Suspiré.

—¿Estabas por aquí en doscientos veintiuno?

Enarcó las cejas.

—¿Los disturbios? Sí. Fue una mala época.

Sacudió la cabeza mientras hablaba y las comisuras de su boca se hundieron, pero, curiosamente, tuve la impresión de que, al mismo tiempo, sus ojos se iluminaban un poco en el fondo.

—¿Estuviste implicado?

—¿Implicado? ¿Cómo no iba a estar implicado? Todo el mundo lo estuvo. Participábamos o nos escondíamos, pero todo el mundo estuvo implicado.

Me dedicó una mirada que no pude descifrar.

—Sí, tu padre estuvo implicado. Él y yo, y también tu abuela, y mi hermano Jani. Estuvimos en Dosviñas y Cumbre cuando el Imperio intentó aplastarnos. —Su voz se endureció un poco mientras hablaba—. Tu padre mató a un Guardia. Con un cuchillo de carnicero.

—¿De veras?

Asintió.

No dije nada durante un rato, mientras examinaba mis sentimientos al respecto. Me pareció extraño, y deseé haberlo sabido en vida de mi padre. Experimenté una breve punzada de dolor cuando pensé que nunca volvería a verle.

—¿Y tú? —dije por fin.

—Oh, me dieron un cargo después de la batalla.

—¿Un cargo?

—Delegado de barricada en la calle M'Gary, al norte de Olmo. Era representante y portavoz de nuestro barrio.

—No lo sabía. Papá nunca me lo dijo.

—Bueno, estaba afligido. Fue cuando perdí a tu abuela..., cuando ellos volvieron.

—¿El Imperio?

—Sí. Volvieron con más tropas, dragones que habían luchado en Oriente.

—¿Quieres hablarme de ello?

Suspiró y apartó la vista un momento. Supongo que estaba pensando en mi abuela. Ojalá la hubiera conocido.

—Tal vez en otro momento, Vladimir.

—Claro. De acuerdo. Observé que Kelly te miraba como si te reconociera. ¿De aquella época?

—Sí. Le conocía. Entonces era joven. Cuando el otro día hablamos de él, no sabía que era el mismo Kelly.

—¿Es un buen hombre, noish-pa?

Me dirigió una veloz mirada.

—¿Por qué lo preguntas?

—Por Cawti, supongo.

—Hummmm. Bien, sí, es bueno, tal vez, si consideras bueno lo que hace.

Intenté descifrar su frase, y luego decidí abordar el tema desde otro ángulo.

—No parecía entusiasmarte mucho que Cawti se mezclara con esa gente. ¿Por qué, si tú también estuviste mezclado?

Extendió las manos.

—Vladimir, si se produce un levantamiento contra los nobles, hay que ayudar. ¿Qué otra cosa se puede hacer? Pero esto es diferente. Ella se empeña en causar problemas donde no hay, y eso nunca pasó entre Ibronka, tu abuela, y yo.

—¿No?

—Por supuesto que no. Ocurrió, y todos participamos. Teníamos que participar o ponernos del lado de los condes, terratenientes y banqueros. No existían más alternativas, pero no por ello iba a abandonar a mi familia.

—Entiendo. ¿Es esto lo que quieres decir a Cawti, si viene a verte?

—Si pregunta, se lo diré.

Asentí. Me pregunté cómo reaccionaría Cawti, y decidí que ya no la conocía bastante para adivinarlo. Cambié de tema, pero seguí observando que me dirigía más miradas peculiares de vez en cuando. Bien, no podía culparle.

Dejé que las cosas dieran vueltas en mi cabeza. Con fantasma de Franz o sin él, sería muy conveniente para mí que Kelly y su pandilla se despeñaran por el borde del mundo, pero no había forma de lograrlo.

También parecía que el mayor problema de liquidar a Herth era que él podía tomarse tanto tiempo como le diera la gana en liquidarme, sin el menor perjuicio para sus intereses. Los orientales habían cerrado sus negocios en algunos barrios, pero no en todos, y aún contaba con sus contactos, músculos y recaderos, preparados para reemprender los negocios en cuanto la ocasión lo permitiera. Y era dragaerano. Viviría otros mil años más, o así. ¿Para qué apresurarse?

Si podía impulsarle a actuar, quizá sería capaz de obligarle a salir de su escondite, y acabar con él de una vez por todas. Además..., hummmm. Mi abuelo guardaba silencio, me miraba como si supiera que mi cerebro funcionaba a toda pastilla. Empecé a forjar un nuevo plan. Loiosh no hizo ningún comentario. Examiné el plan desde dos ángulos diferentes mientras bebía té de hierbas. Retuve el plan en mi cabeza, lo atacué con varios problemas posibles, y resistió. Decidí que lo llevaría a la práctica.

—¿Tienes alguna idea, Vladimir?

—Sí, noish-pa.

—Bien, en ese caso deberías empezar ya.

Me levanté.

—Tienes razón.

Asintió sin decir nada más. Me despedí de él mientras Loiosh volaba hacia la puerta para precederme. Loiosh dijo que no había problema. Aún me sentía preocupado por Quaysh. Sería mucho más difícil poner en práctica mi plan si me mataba.

Apenas había recorrido un par de manzanas, cuando me abordaron. Había pasado ante un mercado al aire libre, y ella estaba apoyada contra un edificio, con las

manos a la espalda. Aparentaba unos quince años y llevaba una falda de campesina amarilla y azul. La falda tenía un corte para enseñar las piernas, lo cual no significaba nada, pero se había afeitado las piernas, lo cual significaba mucho.

Se apartó de la pared cuando pasé y dijo hola. Me detuve y le deseé un buen día. De pronto, pensé que podía ser una celada. Me pasé una mano por el pelo y me ajusté la capa. Tal vez pensó que estaba intentando impresionarla, y exhibió un par de hoyuelos. Me pregunté cuánto cargaba de más por los hoyuelos.

*¿Algo raro, Loiosh?*

*Demasiada gente para asegurarlo, jefe, pero no veo a Quaysh.*

Decidí que debía ser lo que aparentaba.

Me preguntó si me apetecía invitarla a una copa. Dije que tal vez. Preguntó si me apetecía tirármela. Pregunté cuánto, dijo que diez y siete, lo cual ascendía a un imperial, lo cual era una tercera parte de lo que cobraban mis putas.

—Claro —contesté.

Asintió sin molestarse en una nueva exhibición de hoyuelos y me guió hacia la esquina. Dejé caer un cuchillo en mi mano, por si acaso. Entramos en una posada, cuyo letrero plasmaba una colmena rodeada de abejas. Habló con el posadero y yo guardé el cuchillo. Le di siete monedas de plata. Me indicó la escalera con un gesto.

—Habitación tres —dijo.

La posada estaba muy llena para ser por la tarde, y una neblina de humo azul la invadía. Olía a viejo, rancio y podrido. No me habría extrañado que todos los clientes estuvieran borrachos.

La chica me guió hasta la habitación tres. Insistí en entrar primero, por si había alguien. Estaba vacía. Cuando ella se volvió, Loiosh entró volando.

*Adelante, jefe. No hay peligro.*

—¿Quieres que eso se quede aquí? —preguntó la muchacha.

—Sí —contesté.

Se encogió de hombros.

—De acuerdo —dijo.

Entré en la habitación. La cortina cayó a mi espalda. Había un colchón sobre el suelo y una mesa al lado. Le di un imperial.

—Guárdalo —dije.

—Gracias.

Se quitó la blusa. Su cuerpo era joven. No me moví. Me miró y dijo:

—¿Y bien?

Cuando me acerqué a ella, fingió una sonrisa soñadora, levantó la cabeza hacia mí y extendió los brazos. La abofeteé. Retrocedió.

—¡Eh! —dijo.

Volví a abofetearla.

—¡De eso nada!

Saqué un cuchillo de mi capa y lo alcé. La muchacha chilló.

Mientras el eco se propagaba por la habitación, la cogí por un brazo, la arrastré hacia el rincón contiguo a la puerta y la retuve allí. Había miedo en sus ojos.

—Ya basta —dije—. Si vuelves a abrir la boca, te mataré.

Asintió, con la vista clavada en mi cara. Oí pasos fuera y la solté. La cortina se apartó a un lado y entró un forzudo, seguido por un enorme oriental de barba negra.

Entró como una tromba, se paró cuando vio la habitación vacía y se dispuso a mirar a su alrededor. Antes de que pudiera hacerlo, le agarré por el pelo y apoyé su cabeza en mi cuchillo, apretado contra su nuca.

—Suelta el garrote —dije.

Se tensó como si fuera a saltar, y apreté con más fuerza. Se relajó y el garrote cayó al suelo. Me volví hacia la puta. Su expresión reveló que el tipo era su chulo, más que un matón de la posada o un ciudadano interesado.

—De acuerdo —dije a la puta—. Largo de aquí.

Corrió a recoger su blusa y salió sin mirar a nadie ni vestirse.

—¿Eres un pájaro? —preguntó el chulo.

Parpadeé.

—¿Un pájaro? Un fénix. Un Guardia del Fénix. Me gusta eso. A lord Khaavren también le gustará. No, no lo soy. No seas estúpido. ¿Para quién trabajas?

—¿Eh?

Le di una patada en la parte posterior de la rodilla y se sentó. Me arrodillé sobre su pecho y acerqué la punta del cuchillo a su ojo izquierdo. Repetí la pregunta.

—No trabajo para nadie —dijo—. Trabajo por mi cuenta.

—O sea, que puedo hacerte lo que me de la gana, y nadie te protegerá, ¿no es cierto?

Vio las cosas de una forma diferente.

—No, tengo protección —dijo.

—Estupendo. ¿Quién?

Entonces sus ojos se posaron sobre el jherreg bordado en mi capa. Se humedeció los labios.

—No quiero comprometerme —dijo.

No pude reprimir una sonrisa.

—¿Es que podrías comprometerte todavía más?

—Sí, pero...

Le hice un poco de pupa. Chilló.

—¿Quién te protege? —pregunté.

Me dijo un apellido oriental desconocido para mí. Aparté un poco el cuchillo de su cara y aflojé un poco mi presa.

—De acuerdo —dije—. Trabajo para Kelly. ¿Sabes quién es? —Asintió—. Bien. Quiero que desaparezcas de las calles. Para siempre. Estás despedido, ¿de acuerdo? —Volvió a asentir. Agarré un mechón de su pelo, lo corté con el cuchillo, lo sostuve frente a sus ojos y lo guardé en mi capa. Sus ojos se abrieron de par en par—. A partir de ahora podré encontrarte siempre que quiera, ¿comprendido? —Comprendió—. Muy bien. Volveré dentro de unos días. Querré ver a esa refinada dama con la que acabo de hablar, y me alegrará comprobar que no ha sufrido el menor daño. En caso contrario, me llevaré unos pedazos de tu cuerpo a casa. Si no puedo encontrarla, pasaré de los pedazos. ¿Comprendido? —Por lo visto, nuestra comunicación era buena, porque asintió—. Bien.

Me marché. No vi ni rastro de la puta.

Salí de la posada y caminé hacia el oeste un kilómetro. Entré en un sótano. Pregunté al dueño, un tipo feo y bizco, dónde podía encontrar acción.

—¿Acción?

—Acción. Ya sabes, shereba, piedras s'yang, lo que sea.

Me miró sin expresión hasta que deslicé un imperial por encima de la barra. Me dio una dirección, a pocas puertas de distancia. Seguí sus instrucciones y, por supuesto, había tres mesas de shereba a tope. Localicé al responsable, sentado con el respaldo de la silla apoyado contra la pared, medio dormido.

—Hola —dije—. Siento molestarte.

Abrió un ojo.

—¿Sí?

—¿Sabes quién es Kelly?

—¿Eh?

—Kelly. Ya sabes, el tipo que cerró todos...

—Sí, sí. ¿Qué pasa con él?

—Trabajo para él.

—¿Eh?

—Estás despedido. Se acabó el negocio. Clausurado. Echa a todo el mundo.

La sala era pequeña, y no había hecho ningún esfuerzo por hablar en voz baja. Las partidas de cartas se interrumpieron y todo el mundo me miró. Al igual que el chulo, el tipo se fijó en el jherreg estilizado de mi capa. Compuso una expresión de perplejidad.

—Escucha —dijo—, no sé quién eres ni a qué juegas...

Imité un truco de los Guardias del Fénix. Le aticé en la sien con el mango de una daga, y luego la empuñé.

—¿Lo has entendido ahora? —pregunté.

Oí movimientos detrás de mí.

*¿Problemas, Loiosh?*

*No, jefe. Se van.*

*Estupendo.*

Cuando la sala se vació, dejé que el tipo se levantara.

—Vigilaré tus movimientos —dije—. Si este local sigue funcionando, te quedarás sin culo. Lárgate.

Salió como una exhalación. Yo, con más parsimonia. Me permití una risita perversa, porque tenía ganas. Cuando terminé, ya era de noche y había aterrorizado a tres putas, otros tantos chulos, dos gerentes de casinos, un corredor de apuestas y un perista.

Una jornada laboral excelente, decidí. Volví a la oficina para hablar con Kragar y poner en marcha la segunda parte de mi plan.

\* \* \*

Kragar pensó que me había vuelto loco.

—Estás loco, Vlad.

—Es probable.

—Te van a abandonar todos.

—Les seguiré pagando.

—¿Cómo?

—Soy rico, ¿recuerdas?

—¿Hasta cuándo?

—Unas cuantas semanas, y sólo necesito una.

—¿Una?

—Sí. He dedicado el día de hoy a encrespar los ánimos entre Herth y Kelly. —Resumí mis actividades del día—. Tardarán un día, cada uno, en imaginar quién lo hizo. Herth se lanzará sobre mí con todos sus efectivos, y Kelly...

—¿Sí?

—Ya verás.

Suspiró.

—Muy bien. Quieres que todos tus negocios estén cerrados mañana por la mañana. Estupendo. Que a todo el mundo se le pague la semana entera. Estupendo. Dices que te lo puedes permitir, de acuerdo, pero no entiendo lo de este otro negocio, en Adrilankha Sur.

—¿Qué hay que entender? Vamos a continuar lo que he empezado hoy.

—Pero ¿incendios? ¿Explosiones? Ésa no es forma de...

—Tenemos gente capaz de hacerlo como se debe, Kragar. Laris nos entrenó, ¿te acuerdas?

—Claro, pero el Imperio...

—Exacto.

—No lo entiendo.

—Ni falta que hace. Ocúpate de los detalles, nada más.

—De acuerdo, Vlad. Es tu plan. ¿Qué hacemos con nuestros locales, como éste, por ejemplo?

—Sí. Ponte en contacto con la Patrulla Ruin y protégelos. Protección hechicera al completo, incluidos bloqueos antiteleportación, y mejora lo que ya tenemos. Me lo puedo...

—... permitir, ya lo sé. Sigo pensando que estás loco.

—Y Herth también. Tendrá que hacer algo al respecto.

—Vendrá a por ti, si es eso lo que quieres.

—Sí.

Suspiró, sacudió la cabeza y se fue. Me recliné en la butaca, apoyé los pies sobre el escritorio y comprobé que no hubiera olvidado de nada.

\* \* \*

Cawti estaba en casa cuando llegué. Nos dijimos hola, cómo había ido el día y todo eso. Nos acomodamos en la sala de estar, juntitos en el sofá para fingir que nada había cambiado, pero apartados medio metro o así para no correr riesgos. Yo fui el primero en levantarme, estirarme y anunciar que me iba a dormir. Ella me deseó buenas noches. Sugerí que también le hacía falta dormir, y confesó que sí, que no tardaría en retirarse. Yo sí que me retiré. Loiosh y Rocza estaban un poco mohínos. No entendí por qué. Me dormí enseguida, como siempre que voy a poner en práctica un plan. Es una de las cosas que me mantiene cuerdo.

Me teleporté a la oficina de buena mañana y esperé los informes. Herth reaccionó con tanta rapidez como yo suponía. Me enteré de que alguien había intentado penetrar los conjuros dispuestos alrededor de mi oficina y dos o tres sitios más.

—Me alegro de que sugirieras protegerlos, Kragar —dije.

Masculló.

—¿Te molesta algo, Kragar?

—Sí. Espero que sepas lo que haces.

Estuve a punto de decir «Siempre sé lo que hago», pero habría sonado un poco fanfarrón, así que dije:

—Creo que sí.

Por lo visto, fue suficiente para él.

—Bien, ¿qué viene a continuación?

Hablé de alguien importante de la organización, y lo que venía a continuación. Kragar pareció sorprenderse, y luego asintió.

—Claro —dijo—. Te debe una, ¿verdad?

—O dos o tres. Si es posible, arréglalo para hoy.

Volvió al cabo de una hora.

—La Llama Azul —dijo. Compartimos una sonrisa de recuerdos comunes—. A la hora octava. Dijo que se encargaría de la protección, lo cual significa que sabe algo de lo que está pasando.

Asentí.

—En efecto.

—¿Confías en él?

—Sí. A la larga, tendré que confiar en él, de modo que da igual empezar ahora.

Kragar asintió.

Más tarde, recibí la noticia de que habíamos incendiado un par de edificios en Adrilankha Sur. A estas alturas, Herth se estaría comiendo las uñas, ansioso por ponerme las manos encima. Lancé una risita. Pronto, le dije, pronto.

Experimenté una curiosa comezón mental, y supe lo que significaba.

*¿Quién eres?*

*Chimov. Estoy cerca del cuartel general de Kelly.*

*¿Qué pasa?*

*Se están largando.*

*Ajá. Averigua dónde van.*

*Lo haré. Es toda una multitud. Parece que esperan problemas. También están clavando pasquines, y repartiendo panfletos por todo el barrio.*

*¿Has leído alguno?*

*Sí. Convocan a una asamblea masiva mañana por la tarde, en el parque Naymat. Arriba pone en letras grandes «Llamada a las armas».*

*Bien. Excelente. Sigue ahí y no te metas en follones.*

*De acuerdo, jefe.*

—¡Kragar!

—¿Sí?

—Oh. Envía a alguien al cuartel general de Kelly. Cuatro o cinco, digamos. En cuanto esté vacío, que entren y reduzcan a escombros el lugar. Que destrocen los muebles, derriben las paredes, arrasen la cocina, todo eso.

—De acuerdo.

Pasé el resto del día así. Llegaban mensajes sobre un destrozo u otro, o sobre ataques estériles de Herth, y yo los respondía. Volví a actuar con eficacia, y me sentí tan bien que me quedé hasta bien entrada la noche, fortaleciendo la vigilancia y ordenando más incursiones contra Kelly y Herth. En aquel momento, la oficina era el

lugar más seguro donde podía estar, y por eso trabajé hasta tarde.

A medida que avanzaba la noche, intercambié mensajes con un contacto de la Organización en el Palacio Imperial, y descubrí que sí, los poderes fácticos se habían dado cuenta de lo que estaba pasando en Adrilankha Sur. El nombre de Herth se había mencionado, pero el mío, hasta el momento, no. Perfecto.

Cerca de la octava hora después de mediodía, reuní a Bastones, Bichobrillante, Sonrisas y Chimov, y nos encaminamos a La Llama Azul. Les dejé cerca de la puerta, porque mi invitado ya había llegado y había prometido encargarse de la protección. De hecho, reparé en un par de clientes y tres camareros con aspecto de protectores. Hice una reverencia cuando llegué a la mesa.

—Buenas noches, Vlad.

—Buenas noches, Demonio. Gracias por venir.

Asentí y me senté. El Demonio, para los que no le conocáis, era un pez gordo del consejo jhereg, el grupo que toma todas las decisiones relacionadas con los negocios de la Casa Jhereg. Se le consideraba el número dos de la Organización; no se podía jugar con él. Sin embargo, tal como Kragar había dicho, me debía un favor a cambio de un «trabajo» que había hecho para él en fecha reciente.

Intercambiamos trivialidades durante un rato, hasta que apareció la comida.

—Me han dicho que te has metido en líos —dijo.

—Un poco. Nada que se me pueda escapar de las manos.

—¿De veras? Bien, me alegra saberlo. —Me dedicó una mirada de perplejidad—.

Entonces ¿por qué has querido entrevistarte conmigo?

—Me gustaría conseguir que no pasara nada.

Parpadeó.

—Continúa —dijo.

—Es posible que el Imperio se esté empezando a dar cuenta del juego que nos llevamos Herth y yo, y cuando el Imperio se da cuenta, el Consejo se da cuenta.

—Entiendo. No quieres que nos entrometamos.

—Exacto. ¿Puedes concederme una semana para arreglar las cosas?

—¿Puedes restringir los problemas a Adrilankha Sur?

—Ya lo creo. No le atacaré en ningún otro lugar, y he cerrado y protegido todos mis negocios, así que le resultará difícil perjudicarme. Es posible que aparezcan uno o dos cadáveres, pero nada fuera de lo corriente.

—Al Imperio no le gusta mucho que aparezcan cadáveres, Vlad.

—No habrá muchos. Ninguno, de hecho, si mis muchachos son cuidadosos. Además, como ya te he dicho, debería estar solucionado antes de una semana.

Me estudió.

—Estás maquinando algo, ¿eh?

—Sí.

Sonrió y meneó la cabeza.

—Nadie podrá decir que careces de recursos, Vlad. Muy bien, tienes una semana. Yo me ocuparé de ello.

—Gracias.

Se ofreció a pagar la cena, pero yo insistí. El placer había sido mío.

# 14

«... cepillar para eliminar partículas blancas...»

Todos mis guardaespaldas me acompañaron a casa. Me dejaron delante de la puerta, y cuando traspasé el umbral sentí que me vaciaba de toda la tensión que había acumulado sin darme cuenta. Si bien mi oficina está muy bien protegida, la costumbre jhereg ordena que la casa de uno es inviolable. ¿Por qué? No lo sé. Quizá por el mismo motivo que los templos. Es una cuestión de que has de estar a salvo en algún sitio, sea cual sea, y todo el mundo está demasiado expuesto a ataques de este tipo. Quizá exista alguna otra razón, no estoy seguro, pero jamás he oído que esta costumbre haya sido violada.

Nunca había oído que alguien robara a los jheregs hasta que ocurrió, por supuesto, pero has de confiar en algo.

¿Verdad?

En cualquier caso, estaba en casa, a salvo, y Cawti se encontraba en la sala de estar, leyendo el periódico. El corazón me dio un vuelco, pero me recobré y sonreí.

—Has vuelto pronto —comenté.

No sonrió cuando levantó la vista hacia mí.

—Bastardo —dijo, de todo corazón. Noté que mi cara enrojecía, y náuseas que nacían en la boca del estómago y se extendían hacia todos los puntos salientes. Ya imaginaba que se iba a enterar de lo que yo estaba haciendo, y sabía cuál iba a ser su reacción, pero entonces ¿por qué me sorprendí tanto cuando hizo exactamente lo que yo esperaba?

Tragué saliva.

—Cawti...

—¿Pensabas que no iba a descubrir lo que estabas tramando, apalizar a gente de Herth y echarnos la culpa a nosotros?

—Ya sabía que lo descubrirías.

—¿Y bien?

—Estoy llevando a la práctica un plan.

—Un plan —dijo, con voz teñida de desprecio.

—Hago lo que es preciso.

Compuso una expresión a medio camino entre la burla y la ira.

—Lo que es preciso —repitió, como si estuviera hablando de las costumbres sexuales de los tecklas.

—Sí —dije.

—¿Has de hacer todo cuanto esté en tu mano para destruir a la única gente que...?

—¿La única gente por la que vas a sacrificar tu vida? Sí. ¿Y por qué?

—Una vida mejor para...

—Oh, basta ya. Esa gente está tan ebria de ideales que es incapaz de comprender que existe gente en el mundo, gente que no debería ser avasallada sin motivo. Individuos. Empezando por ti y por mí. Aquí estamos, a punto de no sé qué, por culpa de estos grandes salvadores de la humanidad, y sólo se te ocurre pensar en qué va a pasarles a ellos. Estás ciega a lo que nos está pasando a nosotros. O tal vez ya no te importa. ¿No te dice esto que hay algo malo en ellos?

Rió, y *fue* una risa odiosa.

—¿Que hay algo malo en ellos? ¿Ésa es tu conclusión? ¿Que hay algo malo en el movimiento?

—Sí. Ésa es mi conclusión.

Torció la boca.

—¿Esperas que me lo trague?

—¿Qué quieres decir?

—No puedes vender ese producto.

—¿Qué he de vender?

—Por mí, lo que te dé la gana.

—Cawti, no digas tonterías. Lo que...

—Cierra el pico, bastardo.

Por primera vez en mucho tiempo sentí ira hacia ella. Me la quedé mirando, con los pies como fundidos con el suelo y la cara tensa y, al principio, agradecí la sensación. Ella me traspasó con la mirada (ni siquiera me había dado cuenta de que estaba en pie), y aquello fue el colmo. Percibí un zumbido en mis oídos, como venido de muy lejos, y comprendí que había vuelto a perder el control.

Avancé un paso hacia ella. Sus ojos se dilataron y retrocedió medio paso. No sé qué hubiera pasado de no ser por ese mínimo movimiento, pero fue suficiente para que diera media vuelta y saliera de casa.

*¡No, jefe! ¡No salgas de casa!*

No le contesté. De hecho, sus palabras no penetraron en mi conciencia hasta que la brisa fresca de la noche acarició mi cara. Entonces comprendí que estaba en peligro. Pensé en teleportarme al Castillo Negro, pero también sabía que mi mente no estaba para teleportaciones. Por otra parte, un ataque se adaptaría a mi estado de ánimo a la

perfección.

Empecé a caminar, mientras intentaba mantener el mayor control sobre mí, que no era mucho. Luego recordé la última vez que me lancé a la ciudad sin la menor consideración hacia mi persona, y me estremecí, lo cual me calmó lo suficiente para adoptar más precauciones.

Unas pocas más.

Pero debo pensar que Verra, mi Diosa Demonio, velaba por mí aquella noche. Herth debía haber ordenado a Quaysh y a todos los demás que me vigilaran, pero no fui atacado. Atravesé mi zona a paso de carga, miré todas las tiendas cerradas, mi oficina, en la que brillaban algunas luces, la fuente apagada de Malak Circle, y ni siquiera me amenazaron. Me senté un rato en el borde de la fuente semiderruida. Loiosh miró a su alrededor, angustiado, como anticipando un ataque, pero era como si lo que hacía no tuviera nada que ver conmigo.

Mientras estaba sentado, empezaron a aparecer rostros ante mí. Cawti me miró con compasión, como si hubiera pillado una enfermedad incurable. Mi abuelo me miró con seriedad, pero también con cariño. Un viejo amigo llamado Nielar me miró con serenidad. Y también apareció Franz, por extraño que parezca. Me dirigió una mirada acusadora. Fue curioso. ¿Por qué debía preocuparme por él, de entre todo el mundo? O sea, no le había conocido en vida, y lo poco que le había conocido después de muerto indicaba que no teníamos nada en común. A excepción de nuestro único encuentro, no tenía nada que ver conmigo.

¿Por qué le había convocado mi inconsciente?

Conocía a muchos dragaeranos convencidos de que los tecklas eran tecklas porque las cosas eran así, y todo cuanto les pasara estaba bien, y si querían prosperar, pues adelante. Eran los señores de la tierra, y les gustaba ser lo que eran, y lo merecían más que nadie, y punto. Vale. Podía comprender esa actitud. No tenía nada que ver con cómo eran las cosas para los tecklas, pero era de lo más lógico para los dragones.

Conocía a unos pocos dragaeranos que compadecían a los tecklas, y también a los orientales, y daban dinero para los pobres y sin techo. La mayoría eran acaudalados, y a veces me intrigaba mi desprecio hacia ellos. Siempre había tenido la sensación de que, en secreto, despreciaban a los que ayudaban, y estaban

tan abrumados por la culpa que se cegaban a la realidad para convencerse de que estaban haciendo el bien, de que constituían la diferencia.

Y después, estaban Kelly y los suyos. Tan obsesionados por salvar el mundo que nada ni nadie les importaba, excepto las pequeñas ideas que flotaban alrededor de sus pequeñas cabezas. Despiadados por completo, y todo en nombre de la humanidad.

Ésos eran los tres grupos que veía en derredor mío, y se me ocurrió, mientras imaginaba a Franz mirándome con una expresión que rezumaba sinceridad, al igual que una herida infectada rezuma pus, que debía decidir en cuál integrarme.

Bien, con el tercer grupo no, desde luego. Sólo podía matar individuos, no a sociedades enteras. Albergó una elevada opinión sobre mis capacidades, pero no tanto como para destruir a toda una sociedad por una opinión, ni para masacrar a miles de personas si estuviera equivocado. Cuando alguien se entrometía en mi vida (como ya había pasado y volvería a suceder) lo tomaba como algo personal. No estaba dispuesto a echar la culpa a algo tan nebuloso como una sociedad y tratar de soliviantar a la población para destruirla en mi lugar. Lo tomaba por lo que era: algo que se entrometía en mi vida, que podía solucionarse empleando un limpio y sencillo cuchillo. No, no iba solidarizarme con la gente de Kelly.

¿El segundo grupo? No. Me había ganado a pulso lo que tema, y nadie iba a conseguir que me sintiera culpable por tenerlo, ni siquiera el Franz que mi inconsciente había convocado en un esfuerzo inútil por atormentarme. Los que se complacían en una culpa imaginaria no se merecían más de lo que tenían.

En otro tiempo había pertenecido al primer grupo, y quizá todavía era así, pero ahora no me gustaba la idea. Eran las personas que odiaba desde hacía tanto tiempo. No los dragaeranos, sino aquellos que dominaban al resto de nosotros, y exhibían su riqueza, cultura y educación como un garrote con el que podían golpearnos. Eran mis enemigos, aunque pasara la mayor parte de mi vida sin darme cuenta. Eran aquellos a quienes quería demostrar que era capaz de ascender de la nada y convertirme en algo. ¡Qué sorpresa se llevarían cuando lo hiciera!

Pero no podía, ni siquiera ahora, considerarme uno de los suyos. Tal vez lo era, pero no me lo creía. Sólo una vez en mi vida me había odiado con todas mis fuerzas, y fue cuando Herth me doblegó y obligó a enfrentarme al hecho de que había algo más importante en la vida que el deseo de triunfar, que a veces, por más que uno lo intente, hay cosas que un hombre no puede conseguir, porque está rodeado de fuerzas más poderosas que

él. Fue la única vez que me odié. Colocarme en el primer grupo significaría volver a odiarme, y no podía soportarlo.

¿Dónde me dejaba eso? En todas partes y en ninguna. En el exterior, como un mirón. Incapaz de ayudar, incapaz de estorbar. Un comentarista del teatro de la vida.

¿Lo creía?, me pregunté, pero no obtuve respuesta. Por otra parte, era cierto que estaba influyendo en Kelly. Y también en Herth, por cierto. Debería ser suficiente para mí. Noté que el aire era gélido, y me di cuenta de que estaba más sereno y de que debía ir a un lugar seguro.

Como ya estaba en Malak Circle, pasé por la oficina y saludé a los pocos que aún seguían trabajando, entre ellos Melestav.

—¿Nunca vas a casa? —pregunté.

—Sí, bueno, todo está saliendo bien ahora, y si descuido la organización, estos capullos lo estropearán todos.

—¿Herth sigue intentando hacernos pupa?

—Aquí y allí. La gran noticia es que el Imperio ha invadido Adrilankha Sur.

—¿Qué?

—Hace una hora, una compañía de Guardias del Fénix llegó y la ocupó, como si fuera una ciudad oriental.

Le miré fijamente.

—¿Algún herido?

—Creo que han matado o herido a algunos orientales.

—¿Kelly?

—No, ninguno de los suyos resultó herido. Se fueron, recuerda.

—Tienes razón. ¿Qué motivo adujo el Imperio?

—Disturbios, lo habitual. ¿No era eso lo que esperabas?

—Ni con tanta rapidez, ni con una fuerza tan grande, ni que hubiera muertos.

—Sí, bueno, ya conoces a los Guardias del Fénix. Detestan tratar con orientales.

—Sí. ¿Tienes la nueva dirección de Kelly?

Asintió y la garrapateó en un pedazo de papel. Le eché un vistazo y reconocí el sitio. Estaba a unas pocas manzanas del anterior.

—Por cierto —dijo Melestav—, Bastones quiere verte. Pensaba hacerlo mañana, pero se ha quedado por si pasabas esta noche. ¿Voy a buscarle?

—De acuerdo. Dile que venga.

Entré en mi oficina y me senté. Pocos minutos después Bastones apareció.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —preguntó.

—Claro.

—¿Conoces a Bajinok?

—Sí.

—Quiso que le ayudara a tenderte una trampa. Dijiste que querías saber este tipo de cosas.

Asentí.

—En efecto. Bien, te has ganado una recompensa.

—Gracias.

—¿Cuándo habló contigo?

—Hace una hora.

—¿Dónde?

—En la Llama.

—¿Quién estaba contigo?

—Nadie.

—De acuerdo. Ve con cuidado.

Bastones masculló algo y salió. Parpadeé. ¿Ya no había nada capaz de sorprenderme o asustarme, o ya me daba igual todo? No, no me daba igual. Confié en

que no le pasara nada. Él también había identificado a Quaysh, y ambos hechos le convertían en un blanco muy jugoso.

Un blanco irresistible, de hecho.

¿Por qué iban a esperar? ¿Una hora, había dicho? No era un trabajo muy difícil, y Herth tenía gente en nómina que se ocupaba de rebanar pescuezos porque era su trabajo.

Me levanté.

—¡Melestav!

—¿Sí, jefe?

—¿Se ha ido Bastones?

—Creo que sí.

Maldije y corrí tras él. Una vocecilla dijo «Celada» en el interior de mi cabeza, y me lo planteé. Abrí la puerta y Loiosh voló delante de mí. Salí a la calle y miré a mi alrededor.

Bien, sí y no.

O sea, era una celada, pero no iba destinada a mí. Vi a Bastones, y vi la forma veloz que se deslizaba detrás de él. «¡Bastones!», grité, se volvió y lanzó a un lado cuando la figura oscura se precipitó hacia él y tropezó. Se oyó un golpe sordo cuando Bastones aporreó al asesino con un garrote, y el desgraciado cayó al suelo. Sólo entonces me di cuenta de que yo había lanzado un cuchillo. Me acerqué a ellos.

Bastones recuperó el cuchillo clavado en la espalda del individuo, lo secó en la capa del sujeto y me lo devolvió. Lo hice desaparecer.

—¿Le has liquidado? —pregunté.

Bastones negó con la cabeza.

—Se pondrá bien, creo, si despierta antes de desangrarse hasta morir. ¿Le sacamos de la calle?

—No. Déjale aquí. Le diré a Melestav que informe a Bajinok, para que se encarguen ellos de la limpieza.

—Muy bien. Gracias.

—De nada. Ve con cuidado, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Sacudió la cabeza—. A veces me pregunto por qué me dedico a este negocio.

—Sí, yo también.

Volví a entrar y di a Melestav las órdenes pertinentes. No pareció sorprenderse, pero no he conseguido sorprenderle desde que Kiera la Ladrona le trajo a la oficina.

Me senté de nuevo ante mi escritorio y aparté de mi mente todo pensamiento sobre lo que estaban haciendo los Guardias del Fénix en Adrilankha Sur y mi responsabilidad en el asunto. No era que me diera igual, pero estaba metido en una guerra, y si seguía distrayéndome iba a cometer un error, y después ya no podría

salvar a Cawti, Bastones, a mí o a quien fuera. Tenía que ganar la guerra.

En ocasiones anteriores, me había visto implicado en una guerra, en la que uno de los contendientes era yo, como opuesto a mero participante. Había aprendido la importancia de la información, de golpear primero, de desequilibrar al enemigo y de proteger con eficacia tu zona y tu gente.

La organización de Herth era mayor que la mía, pero como era yo quien había llevado la guerra a una escala total, le había asestado unos buenos golpes. Además, me había asegurado de que no podía perjudicar a mi organización, lo cual provocaba una drástica mengua de ingresos, por supuesto, pero estaba en un buen momento, y no creía que fuera a durar mucho. No intentaba ni esperaba ganar la guerra de la forma habitual, sólo quería obligar a Herth a salir de su escondite, para poder matarle. Mi método consistía en armar tal follón en la zona que debería arriesgarse para ponerle solución.

Ésa era la mitad del plan, en cualquier caso. La mitad concerniente a Kelly era más complicada, pero abrigaba ciertas esperanzas. Malditos Guardias del Fénix, pensé. Maldita emperatriz. Maldito lord Khaavren. Pero Kelly estaba metido en el mismo lío. ¿Qué otra alternativa le quedaba, si todos los demás se comportaban como era de esperar? Y se habría dado cuenta, a juzgar por la reacción de Cawti...

Pensé en Cawti, y mis planes y estratagemas se me cayeron de las manos, donde habían bailado para mí. Por un momento, sólo pensé en ella, y maldije por lo bajo.

*Pues habla con ella, jefe.*

*Ya lo intenté, ¿recuerdas?*

*No, discutiste con ella. ¿Y si le cuentas todo tu plan?*

*No le gustará.*

*Puede que no se disguste tanto como lo está ahora.*

*Dudo que eso importe.*

*Jefe, ¿recuerdas que, antes que nada, te enfadaste porque no te había contado que se había unido a Kelly y esa gente?*

*Sí... De acuerdo.*

Continué sentado un rato más, y después me encaminé a la puerta principal, rechazando con un ademán a mis guardaespaldas. Respiré hondo, me aseguré de que mi mente estaba lúcida, recurrí al Orbe, di forma a las hebras de poder, las retorcí a mi alrededor y las sujeté con fuerza. Llegó el espantoso salto y me encontré ante la puerta de mi piso. Me apoyé en la pared hasta que controlé las náuseas.

Nada más entrar en el piso supe que algo iba mal. Loiosh también. Me detuve al otro lado del umbral, sin cerrar la puerta, y dejé que un cuchillo cayera en mi mano derecha. Examiné con detenimiento la sala de estar, con la esperanza de concretar lo que pasaba. ¿Y sabéis que no lo conseguimos? Al cabo de diez minutos, tiramos la toalla y entramos, con toda clase de precauciones. Loiosh me precedió.

Nadie me estaba esperando. Entré en el dormitorio y vi que Cawti había vaciado su ropero. Volví a la sala de estar y observé que faltaba el *lant*, lo que Loiosh y yo habíamos notado nada más entrar. Es curioso el funcionamiento de esas cosas.

Intenté ponerme en contacto psiónico con Cawti, pero no pude. No tenía ningún interés en recibir mi comunicación, o yo no estaba lo bastante concentrado para localizarla. Sí, decidí, ha de ser eso, pues no pensaba con la lucidez suficiente para comunicarme psiónicamente.

*¿Kragar?*

*¿Sí, Vlad?*

*¿Alguna noticia de Ishtvan?*

*Aún no.*

*De acuerdo. Eso es todo.*

Sí, ése debe de ser el problema.

Entré en el dormitorio y cerré la puerta antes de que Loiosh pudiera entrar. Me tendí en la cama, en el lado de Cawti, y traté de derramar alguna lágrima. No pude. Al final, vestido de pies a cabeza, me dormí.

## «... eliminar manchas aceite...»

Me desperté muy temprano, con sensación de cansancio y todavía sucio. Me desnudé, bañé, volví a la cama y dormí un rato más.

Sólo cuando desperté por segunda vez, justo antes de mediodía, recordé que Cawti se había marchado. Contemplé el techo durante un par de minutos, y después me obligué a salir de la cama. Mientras me afeitaba no paraba de examinarme, por si detectaba algún cambio externo. No vi ninguno.

*¿Y bien, jefe?*

*Me alegro de verte, cantarada.*

*¿Ya sabes qué vas a hacer?*

*¿Te refieres a Cawti?*

*Sí.*

*Pues no. Ignoraba que se había ido, o no lo creí, o no sabía si me dolería mucho. Me siento muerto por dentro. ¿Sabes qué quiero decir?*

*Lo noto, jefe. Por eso te lo he preguntado.*

*No sé si estoy en condiciones de manejar lo que se avecina.*

*Has de reconciliarte con Cawti.*

*Lo sé. Quizá debería localizarla.*

*Has de ser prudente. Herth...*

*Sí.*

Una vez preparado, verifiqué mi artillería y me teleporté a Adrilankha Sur. Descansé un rato en un pequeño parque, con una buena vista a mi alrededor (un sitio muy malo para Quaysh), y luego me fui a comer. Durante el trayecto vi y esquivé a dos grupos de Guardias del Fénix. Encontré una mesa y pedí klava.

—Perdona —dije, cuando el camarero se iba a retirar.

—¿Sí, mi señor?

—¿Te importaría traerlo en una taza?

Ni siquiera aparentó sorpresa.

—Sí, mi señor —dijo. Tal que así. Y lo hizo. Tanto tiempo, y la solución era tan fácil como pedirlo. ¿A que es profundo?

*Lo dudo, jefe.*

*Yo también, Loiosh, pero el día empieza bien. Y hablando de empezar el día, ¿puedes localizar a Rocza?*

Un momento después Loiosh habló en tono dolido.

*No. Me está bloqueando.*

*No sabía que podía hacerlo.*

*Yo tampoco. ¿Por qué lo hará?*

*Porque Cawti ha imaginado que la intentaría localizar así. Maldita sea. Bien, o vamos a casa de Kelly a esperarla, o les obligamos a decir dónde está. ¿Alguna otra idea?*

*A mí me parece bien, jefe. Cuando agarre a ese repugnante reptil...*

El klava, que tomé con miel y crema caliente, me gustó. Me obligué a no pensar en nada importante. Dejé algunas monedas de propina sobre la mesa para demostrar cuánto había agradecido la taza. Loiosh me precedió hacia la puerta. Dijo que no había problema y salí del local, en dirección al nuevo cuartel general de Kelly. Esquivé otro contingente de Guardias del Fénix. Estaban por todas partes. Ningún ciudadano parecía muy complacido por la circunstancia, y el sentimiento parecía mutuo.

Lo primero que pensé al ver la nueva casa de Kelly era que se parecía mucho a la primera. El pardo era de un tono diferente, y su piso estaba en el lado derecho en lugar del izquierdo, y estaba algo más apartado de la calle, y había un poco más de espacio entre los edificios, pero había sido fundido en el mismo molde.

Atravesé la puerta. El piso tenía una puerta de verdad. Una puerta pesada, con un cerrojo. Lo examiné, por pura curiosidad. Un buen cerrojo, y una puerta muy pesada. Costaría mucho irrumpir en aquel lugar, y sería casi imposible hacerlo en silencio. En cualquier caso, estaba impresionado. Cawti les habría aconsejado. Me dispuse a dar una palmada, recordé y, tras un momento de vacilación, golpeé la puerta con el puño.

Mi querido amigo Gregory abrió la puerta. Sus ojos se dilataron cuando me vio, pero no dejé que empezara con el viejo rollo. Pasé sin más. Fui grosero, lo sé, y todavía me remuerde la conciencia, pero tendré que acostumbrarme a vivir con ello.

Una sola mirada me reveló que la disposición del piso era idéntica a la del otro. Casi estaba seguro de que la habitación siguiente era la biblioteca, que daba al despacho de Kelly, que daba a la cocina. Pero esta habitación estaba más limpia. Los catres estaban doblados y apoyados contra la pared. Observé que las ventanas estaban bien protegidas con tablas.

Kelly estaba sentado en la habitación. Hablaba con Natalia y un teckla que no reconocí. Cawti no estaba. La conversación enmudeció cuando entré, y todos me miraron. Exhibí una enorme sonrisa.

—¿Está Cawti? —pregunté.

Todos miraron a Kelly, excepto Natalia, que no me quitó la vista de encima.

—En este momento no —contestó.

—En ese caso, esperaré —dije, y les miré.

Natalia siguió mirándome, los otros miraban a Kelly, que me miró con los ojos entornados y los labios un poco fruncidos. De pronto, se levantó.

—De acuerdo. Ven conmigo y hablaremos —dijo.

Dio media vuelta y se encaminó a la parte trasera del piso, convencido de que le seguiría obedientemente. Maldije por lo bajo, sonreí y obedecí.

Este despacho estaba tan limpio y bien organizado como el otro. Me senté al otro lado del escritorio. Kelly enlazó las manos sobre el estómago y me miró, con su peculiar bizqueo.

—Has decidido acudir al Imperio para obligarnos a responder —dijo.

—De hecho, sólo he venido para ver a Cawti. ¿Dónde está?

Su expresión no se alteró, y siguió mirándome.

—Tienes un Plan —dijo por fin, y oí a la perfección la mayúscula—, y el resto del mundo está plagado de detalles que pueden estar relacionados o no. No querías terminar con nosotros, sólo somos una herramienta conveniente.

No era una pregunta, sino una afirmación, por eso me sentí ofendido. Me estaba acusando de algo que yo había pensado de él.

—Mi principal interés es salvar la vida de mi mujer, Cawti —contesté.

—¿La tuya no? —replicó, y bizqueó ferozmente.

—Es un poco demasiado tarde para eso. —Eso le sorprendió un poco. Me sentí exageradamente complacido—. Como ya he dicho, me gustaría ver a Cawti. ¿Vendrá más tarde?

No contestó. Continuó mirándome, con la cabeza inclinada y la barbilla apuntando al suelo, y las manos enlazadas sobre su estómago. Empecé a cabrearme.

—Escucha —dije—, puedes jugar a lo que quieras, pero no me incluyas en la partida. No sé qué quieres y me da igual, ¿vale? No obstante, ahora o más adelante, te vas a encontrar emparedado entre el Imperio y los jheregs, y haré lo que pueda para que

mi mujer no caiga en el mismo bocado que tú, así que deja los aires de superioridad. No me impresionan.

Estaba preparado para su estallido, pero no ocurrió. Ni siquiera entornó más los ojos. Siguió mirándome, como si me estuviera examinando.

—¿No sabes qué queremos? —preguntó por fin—. Después de todo lo que has sufrido, ¿no sabes qué queremos?

—Ya he oído la retórica.

—¿La has escuchado?

Resoplé.

—Si todo lo que esta gente repite como un loro procede de ti, ya he oído lo que

tienes que decir. No he venido para eso.

Se reclinó un poco más en su silla.

—Eso es todo lo que has oído, ¿eh? ¿Frases repetidas como un loro?

—Sí, pero como ya he dicho, ése no es...

—¿Escuchaste las frases repetidas como un loro?

—Te he dicho...

—¿Nunca has comprendido más de lo que se puede poner en palabras? Muchas personas reaccionan sólo ante los lemas, pero reaccionan porque los lemas son ciertos y tocan una chispa en sus corazones y sus vidas. En cuanto a las que no quieren pensar por sí mismas, les enseñamos. —¿Enseñar? Pensé de repente en lo que había oído cuando regañaban a Cawti, y me pregunté si le llamaban a eso enseñar. Kelly continuó—. ¿Has hablado con Paresh, o con Natalia? ¿Has escuchado alguna vez lo que decían?

—Escucha...

Se inclinó hacia adelante en su silla, apenas.

—Pero todo eso da igual. No estamos aquí para justificarnos ante ti. Somos tecklas y orientales. En concreto, somos la parte de ese grupo que comprende lo que hace.

—¿Sí? ¿Qué estáis haciendo?

—Nos estamos defendiendo de la única forma que podemos, la única manera que existe: mediante la unión y la utilización del poder que tenemos debido a nuestro papel en la sociedad. Con esto, nos defenderemos del Imperio, nos defenderemos de los jheregs y nos defenderemos de ti.

La di da.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Qué me impediría matarte, por ejemplo, ahora?

Ni siquiera parpadeó, lo cual yo llamo fanfarronería, que un dzur consideraría valentía y un jhereg estupidez.

—Bien. Adelante, pues —dijo.

—Podría, ¿sabes?

—Pues hazlo.

Maldije. No le maté, por supuesto. Era algo que Cawti nunca me perdonaría, y tampoco lograría nada con ello. Necesitaba a Kelly para que su organización se interpusiera en el camino de Herth y de los Guardias del Fénix, y así los liquidarían de una vez por todas. Pero antes, necesitaba a Cawti fuera de juego.

Observé que Kelly seguía mirándome.

—Bien —dije—, ¿sólo existís para defenderos a vosotros y a los orientales?

—Y a los tecklas, sí. Y la única defensa es..., pero me olvidaba: no te interesa. Estás tan ocupado amasando una fortuna sobre una montaña de cadáveres que no

tienes tiempo para escuchar a nadie más, ¿no es cierto?

—Poético, ¿no? ¿Has leído a Torturi?

—Sí, pero prefiero a Wint. Torturi es inteligente, pero superficial.

—Er, sí.

—Parecido a Lartol.

—Sí.

—Proceden de la misma escuela poética, y de la misma época histórica. Fue después de la reconstrucción, al final del noveno reino vallista, y la aristocracia sentía resentimiento hacia...

—Vale, vale. Has leído mucho para ser un... lo que seas.

—Tal vez un revolucionista.

—Sí. Puede que seas un vallista. Creación y destrucción, todo en uno. Sólo que no pareces demasiado eficaz en ninguna de las dos.

—No. Si perteneciera a una de las Casas dragaeranas, sería un teckla.

Resoplé.

—Tú lo has dicho, no yo.

—Sí. Ésa es otra cosa que no comprendes.

—Sin duda.

—Pero lo que he dicho vale para ti también...

—Cuidadito.

—Y para todos los seres humanos. Se conoce a los tecklas como la Casa de los cobardes. ¿Paresh es un cobarde?

Me humedecí los labios.

—No.

—No. Tiene algo por lo que vale la pena luchar. También se dice que son perezosos y estúpidos. ¿Concuerda eso con tu experiencia?

Estuve a punto de decir sí, pero luego decidí que no, no podía decir que fueran perezosos. ¿Estúpidos? Bien, hacía años que los jheregs tomaban el pelo a los tecklas, pero eso sólo significaba que éramos más listos. Y, además, había tantos que cabía la posibilidad de haberme tropezado sólo con los estúpidos. Era difícil calcular el número total de tecklas que había sólo en Adrilankha. La mayoría no eran clientes de los jheregs.

—No —dije—, creo que todos no.

—La Casa del Teckla comprende todos los rasgos de todas las Casas dragaeranas. Al igual que la del Jhereg, por cierto, y por el mismo motivo: esas Casas permiten el acceso a gente de otras sin hacer preguntas. La aristocracia, o sea, los dzur, los dragones, los lyorns y algún que otro más, lo consideran una debilidad. Los lyorns no permiten acceder a nadie; otros exigen pasar una prueba. Creen que eso fortalece a sus Casas, porque refuerzan aquello que desean, fortaleza, rapidez y astucia, por lo

general. La cultura dominante, la cultura de la aristocracia, considera éstas las mayores virtudes. Por lo tanto, la mezcla de sangres carentes de estos rasgos supone una debilidad. Porque ellos piensan que es una debilidad, tú la consideras una debilidad. Y no lo es: es un factor de fuerza.

»Al exigir esas características, o las que exijan, ¿qué dejan fuera, susceptible de aparecer espontáneamente? En alguna medida, todas esas características existen en los tecklas, en los jheregs y en algunos orientales, junto con otras cosas de las que ni siquiera somos conscientes, pero que nos hacen humanos. Piensa en lo que significa ser humano. Es mucho más importante que la especie o la Casa.

Calló y me miró de nuevo.

—Entiendo —dije—. Bien, ahora sí que he aprendido algo de biología, historia y política teckla de una sentada. Eso, y lo que se necesita para ser revolucionista. Gracias, ha sido muy instructivo, sólo que no me interesa la biología, no creo en tu historia y ya sabía lo que hace falta para ser revolucionista. Lo que quiero saber ahora es dónde está Cawti.

—¿Y qué es eso necesario para ser revolucionista, según tus descubrimientos?

Sabía que intentaba cambiar de tema, pero no me pude resistir.

—La veneración a unas ideas, hasta el punto de tratar con absoluta falta de escrúpulos a la gente, amigos, enemigos y neutrales por igual.

—¿La veneración a unas ideas? ¿Así lo ves tú?

—Sí.

—¿De dónde supones que proceden esas ideas?

—Creo que eso carece de importancia.

—Proceden de la gente.

—En su mayoría muerta, imagino.

Meneó la cabeza, poco a poco, pero dio la impresión de que sus ojos centelleaban tenuemente.

—¿Así que careces por completo de ética?

—No me provoques.

—Entonces ¿no?

—No.

—Pero la dejarás de lado por alguien que te importe.

—Ya he dicho que no me provoques. No volveré a repetirlo.

—Pero ¿qué es la ética profesional, sino ideas más importantes que la gente?

—La ética profesional garantiza que siempre trataré a la gente como ha de ser tratada.

—¿Garantiza que haces lo correcto, aunque no sea conveniente en un momento dado?

—Sí.

—Sí.

—Eres un bastardo presumido, ¿verdad?

—No, pero sé que estás diciendo tonterías. Hablas de nuestras ideas como si hubieran caído del cielo, y no es así. Nacen de nuestras necesidades, de nuestros pensamientos y de nuestra lucha. Las ideas no son producto de un día, y luego la gente va y decide adoptarlas. Las ideas son tanto un producto de su tiempo como un conjuro de comparecencia concreto el resultado de un reinado atyra concreto. Las ideas siempre expresan algo real, incluso cuando son equivocadas. Ha muerto gente por ideas, incluso ideas incorrectas, desde antes de la historia. ¿Sucedería eso si tales ideas no estuvieran basadas y fueran producto de sus vidas y del mundo que les rodea?

»En cuanto a nosotros, no, no somos presumidos. Nuestra fuerza estriba en que nos consideramos parte de la historia, parte de la sociedad, en lugar de simples individuos que comparten el mismo problema. Esto significa que, al menos, buscamos las respuestas correctas, aunque no siempre estemos en lo cierto. Nos coloca un paso por delante de los individualistas, por supuesto. Es positivo reconocer que tienes un problema y tratar de resolverlo, pero para los orientales y tecklas de este mundo no se trata de problemas que un individuo pueda solucionar.

Supongo que cuando tienes la costumbre de largar discursos es difícil parar. Cuando se quedó sin aliento, habló.

—Yo soy un individuo. Los solucioné. Salí de la nada y me convertí en algo.

—¿Sobre cuántos cadáveres has trepado para ello?

—Cuarenta y tres.

—¿Y?

—¿Qué?

—Eso, ¿qué?

Le miré. Bizqueaba de nuevo. Algunas de las cosas que estaba diciendo se acercaban inquietantemente a algunas cosas que yo había pensado, pero yo no iba por ahí erigiendo posturas políticas alrededor de mis inseguridades, ni incitando rebeliones, como si supiera mejor que nadie cómo debía ser todo.

—Si soy tan rastrero, ¿por qué pierdes el tiempo hablando conmigo?

—Porque Cawti es valiosa para nosotros. Acaba de ingresar, pero podría llegar a ser una excelente revolucionista. Tiene problemas contigo, y está perjudicando su trabajo. Quiero una solución.

Me controlé con un esfuerzo.

—Yo también —dije—. Muy bien, te dejaré manipularme para ayudarte a manipular a Cawti para que ella pueda ayudarte a manipular a toda la población de Adrilankha Sur. Funciona así, ¿no? De acuerdo, colaboraré. Dime dónde está.

—No, no funciona así. No estoy haciendo ningún trato contigo. Acudiste a los

Guardias del Fénix para que nos manipularan a lanzarnos a una aventura que nos destruiría. Fueran cuales fueran tus motivos, no salió bien. No vamos a meternos en aventuras. Ayer convocamos una asamblea masiva en la que instamos a todo el mundo a permanecer sereno y a no permitir a los Guardias que provoquen incidentes. Estamos preparados para defendernos de cualquier ataque, pero no nos permitiremos correr peligros que...

—Oh, basta ya. De todos modos, estáis condenados. ¿De veras crees que podéis hacer frente a Herth? Tiene más asesinos contratados que Verra pelos en el..., la cabeza. Si no le hubiera obligado a entrar en acción, os habría destruido en cuanto se hubiera dado cuenta de que no ibais a echaros atrás.

—¿El número de sus asesinos a sueldo es superior a los orientales y tecklas que viven en Adrilankha?

—Eh. No conozco profesionales tecklas, y yo soy el único oriental que conozco.

—¿Asesinos profesionales? No, pero revolucionistas profesionales sí. Aquel jhereg mató a Franz, y movilizamos a la mitad de Adrilankha Sur. Mató a Sheryl y movilizamos a la otra mitad. Tú has traído a los Guardias del Fénix, quizá convencido de que habías forjado un gran plan capaz de solucionar todos tus problemas, cuando en realidad hiciste lo que el Imperio necesitaba, un pretexto para intervenir. Muy bien, aquí están, y no pueden hacer nada. En cuanto se excedan, ocuparemos toda la ciudad.

—Si tan fácil lo tenéis, ¿por qué no lo hacéis?

—Aún no ha llegado el momento. Oh, podríamos retener la ciudad un tiempo, pero el resto del país no está preparado, y no podemos enfrentarnos al resto del país. Pero si es necesario, lo haremos, porque servirá de ejemplo y, en consecuencia, el número de nuestros partidarios aumentará. El Imperio no puede aplastarnos, porque el resto del país se alzaría. Nos consideran sus representantes.

—¿Van a daros lo que queréis, así por las buenas?

Meneó la cabeza.

—No pueden investigar a fondo los asesinatos, porque eso pondría al descubierto los lazos estrechos que unen a los jheregs con el Imperio, y los jheregs tendrían que luchar y se produciría un caos total. Saben lo que podemos hacer, pero no saben lo que vamos a hacer, de modo que han de conformarse con enviar sus tropas, y esperar a que cometamos una equivocación y perdamos la confianza de las masas, para poder aplastarnos..., a nuestro movimiento y a los ciudadanos por igual.

Le miré fijamente.

—¿De veras te crees todo eso? Aún no me has dicho qué va a impedir a Herth enviar a seis o siete asesinos aquí y borrarle del mapa.

—¿No intentabas azuzar a Herth contra el Imperio?

—Sí.

—Bien, no será necesario. Casi tomamos la ciudad la última vez que los jheregs mataron a uno de los nuestros, y los jheregs saben muy bien que, si vuelve a ocurrir, el Imperio actuará contra ellos. ¿Qué efecto obrará en el tal Herth?

—Es difícil predecirlo. Se está desesperando.

Kelly meneó la cabeza y se reclinó en la silla. Le estudié. ¿A quién me recordaba? A Alieria, tal vez, con esa actitud de total seguridad. Tal vez a Morrolan, con esa presunción de que, bien, pues claro que podía destruir a cualquiera que se interpusiera en su camino, porque las cosas son así. No sé. No había duda de que el hombre era brillante, pero... No lo supe entonces, y no lo sé aún.

Intentaba pensar en mi siguiente réplica, cuando Kelly levantó la cabeza y, al mismo tiempo, Loiosh giró en redondo.

—Hola, Cawti —dijo Kelly.

No me volví. Loiosh empezó a sisear y oí la respuesta de Rocza. Loiosh abandonó mi hombro, y oí un batir de alas y muchos siseos.

—Hola, Vlad —dijo Cawti—. ¿Te recuerdan algo esos dos?

Entonces me volví, y tenía ojeras. Estaba demacrada y pálida. Quise abrazarla y decirle que todo estaba bien, pero no me atreví, y nada iba bien. Kelly se levantó y salió. Supuse que debía esperar mi eterno agradecimiento.

—Cawti —dije cuando se marchó—. quiero que abandones esto. Van a aplastar a este grupúsculo, y quiero llevarte a un sitio seguro.

—Sí, ya lo pensé anoche, después de irme.

Habló en voz baja, y no percibí dureza ni odio en ella.

—¿Cambia eso algo? —pregunté.

—No estoy segura. Me pides que elija entre mis creencias y mi amor.

Tragué saliva.

—Sí, supongo que es algo por el estilo.

—¿Estás seguro de que es preciso?

—He de ponerte a salvo como sea.

—¿Y tú?

—Ésa es otra cuestión. No es aplicable a la situación.

—El único motivo de que hicieras todo esto...

—¡Fue para salvar tu vida, maldita sea!

—Basta, Vlad. Por favor.

—Perdón.

—Lo hiciste porque estás tan convencido del poder de Herth que no ves lo débil que es, comparado con la fuerza armada de las masas.

Estuve a punto de decirle que olvidara aquello de «la fuerza armada de las masas», pero no lo hice. Reflexioné al respecto un momento. Bueno, sí, si las masas estaban armadas, y confiaban en sus líderes y todo eso, sí, podían ser poderosas. Si, si, si.

—¿Y si te equivocas? —pregunté.

Cawti se lo pensó un momento, lo cual me sorprendió.

—¿Recuerdas cuando aparecieron los Guardias del Fénix ante la puerta de la otra sede? —preguntó—. Herth se quedó quieto mientras la Señor Dragón le cortaba la cara. Herth la odiaba y deseaba matarla, pero tuvo que aguantarse. ¿Quién era más poderoso?

—Vale, la Señor Dragón. Continúa.

—La Señor Dragón se tuvo que aguantar, con soldados y todo, mientras Kelly exponía nuestras exigencias. ¿Crees que Kelly es más poderoso que un guerrero dragón?

—No.

—Ni yo. El poder era la fuerza armada de las masas. Tú lo viste. ¿Crees que tú, solo, eres más fuerte que eso?

—No lo sé.

—¿Admites que podrías estar equivocado?

Suspiré.

—Sí.

—Entonces ¿por qué no dejas de intentar protegerme? Es insultante, encima de todo lo demás.

—No puedo, Cawti. ¿Es que no lo entiendes? No puedo. No tienes derecho a tirar tu vida por la ventana. Nadie lo tiene.

—¿Estás seguro de que estoy tirando mi vida por la ventana?

Cerré los ojos, y sentí la insinuación de las lágrimas que no había conseguido derramar la noche anterior. Las reprimí.

—Déjame pensarlo, ¿de acuerdo? —dije.

—De acuerdo.

—¿Vas a volver a casa?

—Esperemos a que esto haya terminado, y luego veremos cómo está la situación.

—¿Terminado? ¿Cuándo se terminará?

—Cuando la emperatriz retire sus tropas.

—Ah.

Loiosh volvió y aterrizó sobre mi hombro.

¿*Todo arreglado, camarada?*, pregunté.

*Ya lo creo, jefe. No volaré muy bien durante unos días. Me atizó uno bueno en el ala derecha.*

*Entiendo.*

*Nada de qué preocuparse.*

*Sí.*

Me levanté y pasé junto a Cawti sin tocarla. Kelly estaba en la otra habitación,

sumido en una conversación con Gregory y otros. Ninguno levantó la vista cuando me fui. Salí, con cautela, pero no vi a nadie sospechoso. Me teleporté a casa, y decidí que, en aquel momento, Kragar se ocuparía mucho mejor de la oficina que yo.

Los peldaños que subían a mi piso se me antojaron largos y empinados, y sentía las piernas como si fueran de plomo. Una vez dentro, me derrumbé de nuevo en el sofá y miré al espacio durante un rato. Pensé en asear la casa, pero no era necesario y carecía de energías.

Loiosh preguntó si me gustaría ir a un espectáculo, pero no.

Dediqué un par de horas a afilar mi espada, porque pensé que lo iba a necesitar pronto. Después volví a mi contemplación del espacio, pero no me cayeron ideas del cielo.

Al cabo de un rato, me levanté y seleccioné un libro de poemas de Wint. Abrí el libro al azar, en un poema llamado *Asfixiado*.

*¿... acaso por nada me desangré por ti, desafiando a poderes omnipotentes?*

*La sangre era mía; la batalla, tuya, asfixiarse con flores de colores brillantes...*

Lo leí hasta el final, y le di vueltas en la cabeza. Tal vez estaba equivocado. En aquel momento, no me pareció nada oscuro.

«... y coser corte en lado izquierdo.»

Me desperté en la silla con el libro sobre mi regazo. Me sentía rígido e incómodo, lo cual es natural después de dormir en una silla. Me estiré para desentumecer los músculos, y luego me di un baño. Era muy temprano. Metí un poco de leña en la cocina y la encendí con un poco de hechicería. Después cocí unos huevos y calenté un pan de hierbas que Cawti había preparado antes de irse. Quedaba especialmente bueno con mantequilla de ajo. El klava colaboró, y me dio ánimos para lavar los platos y limpiar la casa. Cuando terminé, me sentía casi preparado para afrontar el nuevo día.

Escribí varias cartas con instrucciones a determinadas personas, en caso de fallecimiento. Eran sucintas. Me senté y pensé un rato. Odio, y lo digo muy en serio, cambiar un plan en el último momento, pero no había remedio. Cawti corría peligro. Además, existía la posibilidad de que Kelly estuviera en lo cierto. No, no había forma de lograr que mis enemigos se mataran entre sí y me dejaran en paz; tenía que hacer otra cosa. Repasé los acontecimientos de los últimos días y mis opciones de lidiar con la situación que yo mismo había provocado, y por fin se me ocurrió la idea de integrar a mi abuelo en el esquema general.

Sí, podría funcionar, siempre que no se presentara en plena batalla. Pulí la idea y le di los toques finales.

Me concentré en Kragar.

*¿Quién es?*, contestó al poco.

*Soy yo.*

*¿Qué pasa?*

*¿Puedes ponerte en contacto con Ishtvan?*

*Sí.*

*Dale la nueva dirección de Kelly en Adrilankha Sur, y dile que espere allí, escondido, esta tarde.*

*Muy bien. ¿Algo más?*

*Sí.*

Le di el resto de las instrucciones.

*¿Crees que picará el anzuelo, Vlad?*

*No lo sé, pero creo que es nuestra única posibilidad.*

*De acuerdo.*

Desenvainé el espadín y ejecuté unos pases en el aire, para «soltar» mi muñeca. Ágil pero firme, siempre decía mi abuelo.

Verifiqué todas mis armas con sumo cuidado, como siempre, organicé mis pensamientos y me teleporté. A menos que estuviera muy equivocado, hoy sería el día clave.

Un viento desagradable azotaba las calles de Adrilankha Sur. No es que fuera muy frío, pero el polvo que transportaba agujijoneaba la piel. Agitó mi capa cuando me apoyé contra una pared, cerca del cuartel general de Kelly. Me trasladé a un lugar resguardado del viento, que también era más discreto, aunque no gozaba de buena visibilidad. Vi que los Guardias del Fénix patrullaban en grupos de cuatro. Intentaban mantener el orden donde no había desórdenes, y algunos, sobre todo los dragones, se veían aburridos o irritados. Daba la impresión de que los tecklas se estaban divirtiendo. Podían pavonear por las calles y sentirse importantes. Eran los que, en todo momento, aferraban las empuñaduras de sus armas.

Lo interesante era la facilidad con que se adivinaba la filiación política de los transeúntes. No llevaban cintas en la cabeza, pero tampoco eran necesarias. Algunas personas caminaban por la calle con aire furtivo, o se dirigían con celeridad a su destino si tenían miedo de estar en la calle. Otras, parecían saborear la tensión que se palpaba en el aire. Caminaban con la cabeza erguida, y miraban a su alrededor como si algo fuera a suceder en cualquier momento, y no se lo quisieran perder.

A media tarde, Ishtvan ya habría llegado, pero no le veía. Quaysh también, supuse. Quaysh sabía que yo sabía que estaba por allí, pero confiaba en que desconociera la presencia de Ishtvan.

Me volví a poner en contacto con Kragar.

*¿Ha pasado algo emocionante?*

*No. Ishtvan está allí.*

*Estupendo. Yo también. Muy bien, envía el mensaje.*

*¿Estás seguro?*

*Sí. Ahora o nunca. No volveré a tener las agallas.*

*De acuerdo. ¿Y la hechicera?*

*Sí. Envíala a la farmacia que hay frente a casa de Kelly. Y que espere. ¿Me conoce de vista?*

*Lo dudo, pero es muy fácil describirte. Me ocuparé de que te reconozca.*

*Muy bien. Vamos a ello.*

*Bien, Vlad.*

La suerte estaba echada.



La nota que Herth iba a recibir era muy sencilla. Rezaba: «Estoy preparado para alcanzar un compromiso, si consigues que los Guardias del Fénix se retiren. Por culpa de los Guardias, no puedo salir de mi piso. Puedes venir cuando quieras. Kelly».

Su fuerza residía en su debilidad: era demasiado evidente para ser la falacia que era, pero Kelly y Herth no se conocían lo bastante para poder comunicarse psiómicamente, de modo que los mensajes eran necesarios. Herth debía despreciar a Kelly, lo cual era importante. Para que la treta funcionara, Herth debía creer que Kelly tenía miedo de los Guardias del Fénix, y Herth debía pensar que Kelly ignoraba la amenaza que los Guardias representaban para un jherreg. Yo sabía que Kelly sabía todo eso, pero imaginaba que Herth no.

Por lo tanto, las preguntas eran las siguientes: ¿aparecería Herth en persona? ¿Cuántos guardaespaldas traería? ¿Qué otras precauciones tomaría?

La hechicera llegó antes de que pasara algo. No la conocía. Era una jherreg alta, de cabello negro rizado. Tenía la boca severa y observé ciertas características que hablaban de algún antepasado athyra. Iba vestida con el gris jherreg. Entró en la tienda. La seguí con cautela. Me vio al entrar.

—¿Lord Taltos? —preguntó. Asentí. Señaló el edificio de Kelly—. Queréis un bloqueo que impida teleportarse fuera. ¿Eso es todo?

—Sí.

—¿Cuándo?

Saqué una moneda, la examiné con los ojos y los dedos un momento, y se la di.

—Cuando esto se caliente.

—Muy bien.

Salí de la tienda, con toda clase de precauciones. No quería que me atacaran todavía. Volví a mi anterior escondrijo y esperé. Pocos minutos después apareció un dragaerano con los colores de la Casa Jherreg.

*Muy bien, Loiosh. Lárgate.*

*¿Estás seguro?*

*Sí.*

*Muy bien, jefe. Buena suerte.*

Se alejó. Su partida ponía un límite de tiempo a la situación. La parte sangrienta del día tendría que haber concluido en unos treinta minutos. Extraje una daga y me adentré más en las sombras que arrojaba la casa alta en la que estaba apoyado. Después guardé la daga y acaricié el espadín, sin desenvainarlo. Toqué a Rompehechizos, pero la dejé ceñida alrededor de mi muñeca. Abrí y cerré las manos.

Sólo podía adivinar lo que estaba pasando en el piso de Kelly, pero no me cabía

duda de que el jhereg era un mensajero de Herth. Al entrar, habría dicho: «Herth viene hacia aquí». Ni Kelly ni el mensajero sabrían por qué, de modo que...

Natalia y Paresh salieron del edificio y se alejaron en direcciones opuestas.

... Kelly pediría ayuda. ¿A quién? A la «gente», por supuesto. Era un requisito de mi plan anterior, y después habría informado a los Guardias del Fénix, incitándoles a la destrucción mutua. No iba a hacer eso, porque Cawti seguía en el movimiento.

Cuatro jheregs aparecieron. Protectores, músculos a sueldo, mensajeros. Dos entraron a examinar la casa, mientras los otros dos escudriñaban la zona, en busca de gente como yo. Seguí escondido. Si Ishtvan estaba por allí, también lo hizo. Al igual que Quaysh. Estaba aprendiendo una lección sobre lo fácil que es esconderse en la calle de una ciudad, y lo difícil que es encontrar al que se oculta.

Unos siete minutos después apareció Herth, junto con Bajinok y otros tres guardaespaldas. Entraron en el piso. Me concentré un momento y realicé un conjuro muy sencillo. Una moneda se puso al rojo vivo. Un bloqueo antiteleportación se formó alrededor del piso de Kelly.

Más o menos en aquel momento, orientales y algún teckla empezaron a congregarse en la calle. Entró uno de los mensajeros, supuse que para informar de la circunstancia. Volvió a salir. Entonces los Guardias del Fénix empezaron a tomar posiciones al otro lado de la calle. En un espacio de tiempo sorprendentemente corto (unos cinco minutos, tal vez), se repitió una escena anterior: unos doscientos orientales armados a un lado, unos ochenta Guardias del Fénix en el otro. Va por ti, Kelly. Confrontación instantánea, cortesía del baronet Taltos.

El problema era que ya no deseaba aquella confrontación. Aquel plan suponía haber sacado a Cawti de enmedio, para que yo pudiera matar a Herth mientras Ishtvan mataba a Quaysh y los Guardias liquidaban a Kelly y su pandilla. Sin embargo, yo no había dado el soplo a los Guardias del Fénix. Se habrían enterado por otros medios. Mecagüen su madre.

Bien, ya no había forma de dar marcha atrás. A estas alturas, Herth ya estaría dentro, habría descubierto que el mensaje no procedía de Kelly y se habría dado cuenta de que un bloqueo antiteleportación rodeaba el edificio. Deduciría que yo merodeaba por las cercanías, dispuesto a matarle. ¿Qué haría? Bien, podía tratar de salir, confiando en que yo me abstendría de atacar a causa de los Guardias del Fénix. También podía llamar a más guardaespaldas, y salir de la casa rodeado de ellos. Hasta llegar a un punto en que fuera factible teletransportarse. Debía estar muy acojonado.

La teniente de la última vez no estaba a la vista. El comandante de los Guardias era un dragaerano viejo que exhibía el azul y blanco de la Casa del Tiassa bajo la capa dorada del Fénix. Tenía aquel porte tenso pero relajado del soldado veterano. De haber sido oriental, habría llevado un bigote largo del cual se tiraría. En este caso, se rascaba la nariz de vez en cuando. Por lo demás, apenas se movía. Observé que su

espada era muy larga, pero ligera, y decidí que no quería pelear con él. Después pensé que era un viejo tiassa al mando de los Guardias del Fénix, y comprendí que se trataba tal vez del mismísimo lord Khaavren, el general de brigada de la Guardia. Me quedé impresionado.

Seguían congregándose orientales y Guardias. Kelly salió y miró a su alrededor, acompañado de Natalia y un par más. No tardaron en volver a entrar. No deduje nada. Un poco más tarde, Gregory y Paresch salieron y se pusieron a hablar en voz baja con los orientales. Supuse que les estaban pidiendo calma.

Flexioné los dedos. Cerré los ojos y me concentré en el edificio. Recordé el vestíbulo. Vi la porcelana rota junto a mi pie derecho, pero no le hice caso. Podrían haber barrido los restos. Convoqué una imagen de unas manchas rojizas en el suelo y la pared, que debían ser de licor. Después recordé la escalera en mitad del vestíbulo, que debía llevar al desván, con una cortina en lo alto. El techo estaba sembrado de pintura descascarillada y carpintería astillada. Una cuerda deshilachada colgaba de él. En otro tiempo habría sujeto una araña. Recordé el grosor de la cuerda, la forma en que colgaba el extremo deshilachado y la forma de las deshiladuras. Recordé la capa de polvo que recubría la parte interna de la cortina, y la cortina en sí, tejida en zigzags de marrón oscuro y un azul feo y sucio, sobre un fondo que habría sido verde siglos atrás. El olor del vestíbulo, condensado, polvoriento y asfixiante. Noté el sabor del polvo en la boca.

Decidí que ya lo tenía. Retuve el punto exacto, activé mi vínculo con el Orbe y el poder surgió de mí hacia las formas que yo creaba, moldeaba y hacía girar, hasta que reprodujeron, de

una forma profunda pero inexplicable, la imagen, el olor y el sabor que retenía en mi mente.

Los absorbí, con los ojos cerrados, y supe que me había asido a algún lugar, porque empezó aquel movimiento torturante en mis tripas. Efectué el último tirón y abrí los ojos, y sí, estaba allí. Su aspecto y olor no eran tal como los recordaba, pero no había ido muy desencaminado. En cualquier caso, el escondite era perfecto.

Supuse que habría guardaespaldas en el pasillo, de modo que procuré guardar silencio. ¿Habéis tenido alguna vez ganas de vomitar en un momento que exigía absoluto silencio? Pero no abundemos en el tema. Lo conseguí. Al cabo de un rato, me asomé por detrás de la cortina. Vi a un guardaespaldas en el pasillo. Estaba tan vigilante como es posible cuando no pasa nada, o sea, nada. Eché la cabeza hacia atrás sin que me viera. Miré al otro lado, hacia la puerta trasera, pero no vi a nadie. Puede que hubiera uno o dos más ante la puerta, o dentro de la entrada posterior al piso, pero de momento decidí olvidarlos.

Escuché con atención y distinguí la voz de Herth, que hablaba en tono perentorio. Estaba dentro, por consiguiente. Mis alternativas parecían bastante limitadas. Podía

eliminar a sus protectores uno por uno. O sea, encontrar una forma de silenciar a aquellos dos sin alertar a los de dentro, esconder los cuerpos y esperar a que alguien investigara, y repetir el proceso tantas veces como fueran necesarias. Era una posibilidad atractiva, pero abrigaba serias dudas sobre mi capacidad de hacerlo sin miedo. De todos modos, Herth podía largarse en cualquier momento, si pensaba que era su mejor posibilidad.

Por otra parte, sólo existía una opción más, y era estúpida. Muy estúpida. El único momento en que se hace algo tan estúpido es cuando estás tan desesperado que no puedes pensar con lucidez, crees que vas a morir de todos modos, la frustración se está gestando desde hace semanas, hasta el punto en que deseas estallar y piensas que vas a poder llevarte a unos cuantos por delante y, por lo general, ya nada te importa.

Decidí que era el momento perfecto.

Comprobé todas mis armas, y después extraje dos cuchillos arrojadizos, delgados y extremadamente afilados. Dejé caer los brazos a los costados, para que los cuchillos, si no ocultos, estuvieran disimulados. Salí al pasillo.

El tipo me vio al instante y desorbitó los ojos. Caminé hacia él, creo recordar que con una sonrisa en los labios. Sí, de hecho, estoy seguro. Quizá fue eso lo que le paralizó, pero me miró fijamente. Mi pulso ya se había acelerado. Seguí caminando, y esperé a estar muy cerca o a que se moviera. Imagino, ahora que rememoro aquellos diez pasos, que me habría cortado en pedazos de haberme precipitado sobre él, pero como me limité a andar, sonriente, le desconcerté. Me miró como hipnotizado, inmóvil, hasta que me paré ante él.

Entonces hundí un cuchillo en su estómago, una de las heridas no fatales más eficaces. Se desplomó ante mis pies.

Saqué un cuchillo de mi bota, que servía para arrojar, cortar o apuñalar. Entré en la habitación.

Dos guardaespaldas tenían la vista clavada en la puerta y acercaron la mano a sus armas, vacilantes. El mensajero estaba sentado en un sofá con los ojos cerrados y aspecto aburrido. Bajinok se erguía al lado de Herth, que estaba hablando con Kelly. Yo veía la cara de Kelly, pero no la de Herth. Kelly estaba disgustado. Cawti se encontraba de pie al lado de Kelly, y me vio al instante. Paresh y Gregory estaban en la habitación, junto con tres orientales y un teckla desconocidos para mí.

Cerca de Herth había otro guardaespaldas, que me estaba mirando. Sus ojos se abrieron de par en par. Tenía un cuchillo en la mano. Preparado para lanzarlo. Cayó al suelo con mi cuchillo clavado en el lado derecho del pecho.

Mientras caía, logró arrojar su arma, pero me aparté y sólo me rozó la cintura. Después me volví para acabar con Herth, pero Bajinok se había interpuesto entre los dos. Me maldije y avancé unos metros más, en busca de mi nuevo grupo de enemigos.

Los otros dos guardaespaldas desenvainaron sus armas, pero fui más rápido de lo

que pensaba. Envié a cada uno un pequeño dardo impregnado en veneno que paralizó sus músculos, y también atravesé su cuerpo con otras cosas. Cayeron, se levantaron, y volvieron a caer.

Entretanto, había desenvainado el espadín y tenía una daga en la mano izquierda. Bajinok sacó un lepip de algún sitio, un instrumento desagradable, porque podía romper mi espada si la alcanzaba. Herth me miraba por encima del hombro de Bajinok. Aún no había sacado ningún arma. No sé, tal vez no llevaba. Esquivé una estocada de Bajinok y respondí: le atravesé limpiamente el pecho. Sufrió un espasmo y cayó. Tenía una daga en la mano y se incorporó a medias. Dejó caer la daga y volvió a sentarse, las manos bien apartadas de su cuerpo.

Habían pasado menos de diez segundos desde mi entrada en la habitación. Ahora tres guardaespaldas se encontraban en diversas fases de incomodidad e inutilidad (sin contar a los dos del vestíbulo), Bajinok debía estar agonizando, y el restante jhereg del bando de Herth se había declarado neutral.

No podía creer que hubiera funcionado.

Ni Herth tampoco.

—¿Qué eres? —preguntó.

Envainé mi espadín y saqué la daga del cinturón. No le contesté porque no hablo con mis víctimas. Causa malentendidos en la relación. Oí algo detrás de mí y vi que los ojos de Cawti se dilataban. Me lancé a un lado, rodé y quedé de rodillas.

Un cadáver (del cual yo no era responsable) estaba tendido en el suelo. Reparé en que Cawti había sacado una daga, que sujetaba pegada a su costado. Herth aún no se había movido. Eché un vistazo al cadáver para comprobar que no fuera otra cosa. Era Quaysh. Una púa corta de hierro sobresalía de su espalda. Gracias, Ishtvan, dondequiera que estés.

Me levanté y miré al mensajero.

—Largo —dije—. Si esos dos guardaespaldas de fuera pretenden entrar, mis muchachos les matarán.

Podría haberse preguntado por qué, si tenía gente apostada fuera, aún no habían matado a los guardaespaldas, pero no dijo nada. Se marchó.

Avancé un paso hacia Herth y alcé mi daga. En aquel momento, me daba igual quién me viera, o si me iban a entregar al Imperio. Quería terminar de una vez por todas.

—Espera —dijo Kelly.

Me detuve, sobre todo a causa de la incredulidad.

—¿Qué? —pregunté.

—No le mates.

—¿Estás chiflado?

Di otro paso. El rostro de Herth estaba completamente inexpresivo.

—Lo digo en serio —continuó Kelly.

—Me alegro.

—No le mates.

Me detuve y retrocedí un paso.

—Muy bien —dije—. ¿Por qué?

—Es nuestro enemigo. Hace años que luchamos contra él. No queremos que lo hagas por nosotros, y tampoco queremos que el Imperio, o los jheregs, investiguen su muerte.

—Tal vez te cueste creerlo —repliqué—, pero me importa una cagada de teckla lo que quieras. Si no le mato ahora, soy hombre muerto. Pensaba que ya no había remedio, pero las circunstancias han propiciado que pueda seguir vivo. No voy a...

—Creo que podrás llegar a un acuerdo con él sin necesidad de matarle.

Parpadeé.

—Muy bien. ¿Cómo? —dije por fin.

—No lo sé —contestó Kelly—, pero piensa en su situación. Has acabado con casi toda su organización. Para ponerla en pie de nuevo, necesitará todos sus recursos. Está en una posición de inferioridad. Puedes conseguir algo.

Miré a Herth. Seguía inexpresivo.

—A lo sumo, eso significa que tendrá que esperar —dije.

—Tal vez —repuso Kelly.

Me volví hacia Kelly.

—¿Cómo sabes tanto sobre nuestro funcionamiento y la situación en que se encuentra?

—Considerarnos fundamental conocer todo cuanto nos afecta a nosotros y a los que representamos. Hace años que luchamos contra él, de una forma u otra. Hemos de conocerle a él y a sus métodos.

—De acuerdo. Es posible, pero aún no me has explicado por qué he de perdonarle la vida.

Kelly me miró y bizqueó.

—¿Sabes que eres una contradicción andante? Naciste en Adrilankha Sur, eres un oriental, pero toda tu vida te has esforzado en negarlo, en adoptar la actitud de los dragaeranos, en ser casi un dragaerano, y aún más, un aristócrata...

—Eso es un montón de...

—En ocasiones, hablas como los aristócratas. Tu meta no es llegar a ser rico, sino poderoso, porque eso es lo que más valora la aristocracia. Al mismo tiempo, llevas bigote para proclamar tu origen oriental, y te identificas tanto con los orientales que, según me han dicho, nunca has aplicado tus talentos a ninguno, y rechazaste la oferta de asesinar a Franz.

—¿Qué tiene eso que ver con...?

—Ahora has de elegir. No te pido que abandones tu profesión, por despreciable que sea. De hecho, no te pido nada. Te digo que no mates a esta persona, por el bien de nuestro pueblo. Haz lo que quieras.

Apartó la vista.

Me mordí el labio, asombrado de pensar siquiera en ello. Sacudí la cabeza. Pensé en Franz, satisfecho de que su nombre se utilizara con fines propagandísticos después de muerto, y en Sheryl, que pensaría de la misma forma, y en todo lo que Kelly me había dicho durante nuestras conversaciones, y en Natalia, y recordé la charla con Paresh, que me parecía muy lejana, y en la mirada que me había dirigido al final. Ahora la entendí.

La mayoría de las personas no tienen la oportunidad de elegir su bando, pero yo sí. Eso era lo que Paresh me dijo, y Sheryl y Natalia. Franz pensaba que yo había elegido. Cawti y yo habíamos llegado a un punto en el que podíamos elegir nuestro bando. Cawti había elegido, y yo debía hacerlo ahora. Me pregunté si podría elegir quedarme en medio.

De repente, me dio igual encontrarme rodeado de extraños. Me volví hacia Cawti.

—Debería unirme a vosotros —dije—, lo sé, pero no puedo. O no quiero. Creo que todo se reduce a eso.

Cawti no dijo nada. Nadie dijo nada. En el silencio espectral de aquella fea habitación, seguí hablando.

—Aquello en que me he convertido es incapaz de ver más allá de sí mismo. Sí, me gustaría hacer algo por el bien de la humanidad, si quieres llamarlo así, pero no puedo, y es un problema de los dos. Por más que llore y gimotee, eso no cambiará lo que soy, lo que eres, o lo que sea.

Todo el mundo siguió en silencio. Me volví hacia Kelly.

—Es probable que nunca llegues a saber cuánto te odio. Te respeto, y respeto lo que haces, pero me has disminuido a mis propios ojos, y a los de Cawti. No puedo perdonarte.

Fue humano por un solo instante.

—¿Soy yo el responsable de lo que afirmas? Hacemos lo que debemos hacer. Todas las decisiones que tomamos se basan en la necesidad. ¿De veras soy yo el culpable?

Me encogí de hombros y miré a Herth. Apuremos el cáliz hasta las heces.

—A ti te odio más que a nadie —dije—. Mucho más que a él. Esto ya no tiene nada que ver con los negocios. Quiero matarte, Herth, y me gustaría hacerlo lentamente, torturarte como tú me torturaste. Eso es lo que quiero.

Seguía sin revelar la menor expresión, malditos sean sus ojos. Quería verle encogerse, como mínimo, pero no lo hizo. Tal vez habría sido mejor para él que lo hiciera. Tal vez no. Pero cuando le miré, casi perdí los estribos. Aún empuñaba el

estilete, mi arma favorita para un asesinato sencillo. Me moría de ganas de clavárselo, y no podía soportar que me mirara de aquella manera. Era demasiado para mí. Le agarré por la garganta y le tiré contra una pared, acerqué la punta de mi arma a su ojo izquierdo. Le dije algunas cosas que he olvidado, pero nunca sobrepasaron el límite de las maldiciones.

—Quieren que te deje vivo —dije después—. Muy bien, bastardo, vivirás. Por un tiempo. Pero no te quitaré el ojo de encima, ¿entendido? Envía a alguien a por mí, y estás acabado. ¿Comprendido?

—No enviaré a nadie a por ti —dijo.

Sacudí la cabeza. No le creí, pero pensé que había ganado un poco de tiempo.

—Me voy a casa. ¿Vienes conmigo? —pregunté a Cawti.

Ella me miró, con el ceño fruncido y dolor en sus ojos. Di media vuelta.

Cuando Herth se encaminó hacia la puerta, oí un entrechocar de aceros a mi espalda, y una espada pesada cruzó la habitación. Entonces apareció un jherreg, tambaleante. Tenía un espadín clavado en la garganta, y mi abuelo sujetaba el espadín. Ambrus estaba posado sobre su hombro. Loiosh entró volando en la habitación.

—¡Noish-pa!

—Sí, Vladimir. ¿Querías verme?

—Más o menos.

Aún quedaba algo de ira en mi interior, pero se estaba desvaneciendo. Decidí que debía salir antes de que estallara.

—Hola, Taltos —dijo Kelly a mi abuelo.

Intercambiaron cabeceos.

—Espera aquí —dije, a nadie en particular.

Salí al vestíbulo, y el guardaespaldas al que había herido seguía gimiendo y cogiéndose el estómago, aunque se había desclavado el cuchillo. Había otro a su lado que se sujetaba la pierna derecha. Vi heridas en sus dos piernas, los dos brazos y el hombro. Eran heridas pequeñas, pero seguramente profundas. Me alegré de ver que mi abuelo seguía siendo tan bueno como recordaba. Pasé al lado de los dos con cuidado y salí a la calle. Se había formado una sólida hilera de orientales armados, y otra igualmente sólida de Guardias del Fénix. Ya no se veían tampoco guardaespaldas jheregs.

Caminé entre los Guardias hasta encontrar a su comandante.

—¿Lord Khaavren? —pregunté.

Me miró y su rostro se tensó. Asintió.

—No habrá problemas —dije—. Todo ha sido un error. Esos orientales van a marcharse ya. Sólo quería deciros eso.

Me miró un momento, y luego apartó la vista como si yo fuera carroña. Di media

vuelta y entré en la farmacia. Encontré a la hechicera.

—Muy bien, ya puedes levantarlo —dije—. Si quieres ganar un poco más de dinero, Herth no tardará en salir a la calle, y creo que se sentirá agradecido si le teleportas a casa.

—Gracias. Ha sido un placer.

Asentí y volví hacia el piso de Kelly. En ese momento, Herth salió con varios guardaespaldas heridos, incluido uno al que ayudaban los demás. Herth ni siquiera me miró. Pasé de largo. Vi que la hechicera se acercaba a él.

Cuando entré de nuevo, no vi ni a mi abuelo ni a Cawti.

*Han ido al estudio de Kelly, dijo Loiosh.*

*Estupendo.*

*¿Por qué me enviaste en su busca, en lugar de llamarle psiónicamente?*

*Mi abuelo no lo aprueba, salvo en casos de emergencia.*

*¿Y no se trataba de una emergencia?*

*Sí. Bien, también quería que te quitaras de enmedio, para poder cometer una estupidez.*

*Entiendo. Bien, ¿la cometiste?*

*Sí. Hasta he salido bien librado.*

*Oh. ¿Significa eso que todo ha terminado?*

Miré hacia el estudio, donde mi abuelo estaba hablando con Cawti.

*Es probable que no, pero ya no depende de mí. Pensé que iba a morir, y quería que alguien estuviera presente para cuidar de Cawti.*

*¿Y Herth?*

*Prometió dejarme en paz delante de testigos. Eso le mantendrá aplacado durante unas semanas.*

*¿Y después?*

*Ya veremos.*

## «1 pañuelo bolsillo: lavar y planchar.»

Al día siguiente, me enteré de que las tropas se habían retirado de Adrilankha Sur. Cawti no había aparecido, pero tampoco lo esperaba.

Para distraer mi mente, fui a dar una vuelta por el barrio. Me empezaba a gustar la sensación de que ya no corría más peligro que antes de que aquella chorrada hubiera empezado. Tal vez no durara mucho, pero la disfrutaría mientras pudiera. Incluso me alejé un poco de mi zona, sólo porque la sensación de caminar era magnífica. Visité un par de posadas en las que no solía entrar, y fue estupendo. Procuré no emborracharme, aunque tampoco habría importado demasiado.

Pasé frente al oráculo que había consultado en una ocasión y pensé en entrar, pero no lo hice. No obstante, me pregunté qué iba a hacer con todo aquel dinero. Estaba claro que no iba a construir un castillo para Cawti. Aunque volviera conmigo, dudaba que lo quisiera. Y la idea de comprar un título más importante de la Casa Jhereg se me antojó ridícula. Sólo quedaba...

Entonces comprendí la solución.

Mi primera reacción fue reír, pero en aquel momento no me podía permitir reír de ninguna idea y, además, quedaría como un idiota si me ponía a reír en mitad de la calle. Sin embargo, cuanto más pensaba en ello, más sensato me parecía. Desde la perspectiva de Herth, quiero decir. Tal como había dicho Kelly, el tipo estaba casi arruinado, lo cual le había permitido seguir con vida y eliminado su necesidad de matarme.

Para mí, todavía era más sencillo. Provocaría muchos problemas administrativos, desde luego, pero no me importaban algunos problemas administrativos. Hummmm. Acabé el paseo sin incidentes.

Dos días después estaba sentado en mi oficina, ocupado en los detalles de que todo volviera a funcionar y otros asuntos. Melestav entró.

—¿Sí?

—Un mensajero de Herth acaba de llegar, jefe.

—Ah, ¿sí? ¿Qué ha dicho?

—Ha dicho «sí». Dijo que tú sabías de qué iba. Está esperando una respuesta.

—Que me aspen. Sí. Sé de qué va.  
—¿Instrucciones?  
—Sí. Ve a la tesorería y saca cincuenta mil imperiales.  
—¿Cincuenta mil?  
—Exacto.  
—Pero... De acuerdo. Y después ¿qué?  
—Se los das al mensajero. Encárgate de que le escolten hasta la oficina de Herth.  
—De acuerdo, jefe. Lo que tú digas.  
—Después vuelve aquí. Hay mucho que hacer. Dile a Kragar que venga.  
—De acuerdo.  
—Ya estoy aquí.  
—¿Eh? Oh.  
—¿Qué ha pasado?  
—Lo que queríamos. Tenemos la prostitución, que deberemos cerrar o limpiar, el negocio de los matones, que clausuraremos, y los garitos, peristas y demás cosillas, que dejaremos en paz.  
—¿Quieres decir que ha salido bien?  
—Sí. Acabamos de comprar Adrilankha Sur.

\* \* \*

Aquella noche llegué tarde a casa, y encontré a Cawti dormida en el sofá. La contemplé. Su cabello oscuro caía desordenado sobre su cara delgada y orgullosa. Sus pómulos sobresalían a la luz de la única lámpara, y sus finas cejas estaban fruncidas mientras dormía, como si estuviera perpleja por algo que un sueño le estaba comunicando.

Aún era hermosa, por dentro y por fuera. Mirarla dolía. La sacudí con dulzura. Abrió los ojos, sonrió y se incorporó.

—Hola, Vlad.

Me senté a su lado, pero no demasiado cerca.

—Hola —dije.

Parpadeó para ahuyentar el sueño.

—Tuve una larga conversación con noish-pa —dijo al cabo de un momento—. Supongo que era eso lo que querías, ¿no?

—Sabía que yo no podía hablar contigo. Confiaba en que él sabría decir las cosas que yo no podía.

Asintió.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunté.

—No estoy segura. Lo que te dije hace mucho tiempo, acerca de lo desdichado que eres y por qué, es cierto,

—Sí.

—Y creo que lo que hago, trabajar con Kelly, es correcto, y voy a seguir haciéndolo.

—Sí.

—Pero tampoco es la respuesta a todas las preguntas. Cuando decidí que lo haría, pensé que lo solucionaría todo, y te traté con injusticia. Lo siento. El resto de la vida no se detiene a causa de mis actividades. Trabajo con Kelly porque es mi deber, pero no se acaba ahí. También tengo un deber hacia ti.

Bajé la vista.

—No quiero que vuelvas porque lo consideres tu deber —dije.

Suspiró.

—Te comprendo. No, no es eso. El problema es que tenías razón, tendría que habértelo contado, pero no me decidí, por miedo a poner en peligro nuestra unión. ¿Me comprendes?

La miré fijamente. ¿Sabéis que nunca se me había ocurrido? O sea, sabía que me sentía atemorizado e inseguro, pero nunca pensé que ella sintiera lo mismo.

—Te quiero —dije.

Hizo un gesto con la mano, me acerqué y la rodeé con mi brazo.

—¿Vas a volver? —pregunté al cabo de un rato.

—No sé si debo. Aún hay mucho trabajo que hacer.

Pensé en mi última adquisición y lancé una risita.

—No tienes ni idea de cuánto.

—¿Hum?

—Acabo de comprar Adrilankha Sur.

Se sobresaltó.

—¿Has comprado Adrilankha Sur? ¿A Herth?

—Sí.

Sacudió la cabeza.

—Sí, creo que hemos de hablar largo y tendido.

—Cawti, eso ha salvado mi vida. ¿No te...?

—Ahora no.

No dije nada.

—Ahora estoy comprometida —dijo un momento después—. Con Kelly, con los orientales, con los tecklas. Aún no sé qué piensas al respecto.

—Ni yo tampoco. No sé si será más fácil o difícil averiguarlo si vuelves a vivir aquí. Sólo sé que te echo de menos, que es duro dormir sin ti.

Asintió.

—En ese caso, volveré, si quieres, y trataremos de averiguarlo.

—Quiero.

No lo celebramos, pero seguimos abrazados, y para mí era como una celebración, y las lágrimas que derramé sobre su hombro me sentaron tan bien como la risa de un hombre condenado, inesperadamente libre.

Lo cual, en cierta manera, me describía muy bien en aquel momento.